reseñas y debates

año 7
núme
•
dicie
2011

Instituto de Altos Estudios Juan Perón

El Instituto fue creado en 2004 como órgano de capacitación y formación del Partido Justicialista por disposición de su Congreso Nacional. En su Consejo Académico contiene a un extenso grupo de pensadores, investigadores, docentes y trabajadores de la cultura. Su objetivo es desarrollar un ámbito de capacitación, investigación y debate que permita jerarquizar la formación de dirigentes políticos y sociales.
En la actualidad, el Instituto, entre otras actividades, edita videos, libros y revistas, coordina seminarios y talleres presenciales y desarrolla cursos y conferencias de capacitación política a distancia. Cuenta con una biblioteca especializada y textos digitalizados de doctrina peronista. Además, ha celebrado convenios con otras instituciones de todo el país con las que impulsa acciones conjuntas de capacitación política e intercambia publicaciones.
El Instituto se propone realizar aportes para reformular y actualizar los principales contenidos de la doctrina peronista, a fin de que la misma pueda volver a servir como pilar fundamental del proyecto nacional.
Esta publicación está abierta a la colaboración de todos aquellos que deseen expresar en ella sus opiniones.
En la página www.ryd.org.ar se pueden leer enteros los artículos de los números anteriores y los datos acerca de sus autores.

Presidente
Antonio Cafiero

Vicepresidente
Silvio Maresca

Coordinación general
Carlos Hurst

Coordinación de Reseñas y Debates
Mariano Fontela

Adjuntas
Lorena Contartese
Paz Del Percio
Yasmin Hassan

Consejo de redacción de
Reseñas y Debates
Tomás Aguerre
Pablo Belardinelli
Hernán Brienza
Hugo Cortés
Enrique Del Percio
Fernando Duarte
Javier Fevre
Guillermo Piuma
Juan Terranova
Pablo Adrián Vázquez
Ana Zeliz

Dirección
Reconquista 46 - Piso 9 (C1003ABB) Buenos Aires
Teléfono/Fax: (011) 4348-9601/03
Email: ryd@institutojuanperon.org.ar
Sitio Web: www.institutojuanperon.org.ar

Los artículos y comentarios firmados reflejan exclusivamente la opinión de sus autores.
Su publicación en este medio no implica que el Instituto de Altos Estudios Juan Perón o la coordinación de Reseñas y Debates compartan los conceptos allí vertidos. La reproducción total o parcial de los contenidos publicados en esta revista está autorizada a condición de mencionar expresamente el origen y el nombre de los autores.

Aportes a la actualización doctrinaria

Por Enrique Martínez

El año 2003 fue el comienzo de un cambio de escenario en la política argentina. Casi exactamente 20 años participando en la democracia formal con un discurso conciliador, o de traición lisa y llana, colocaron al peronismo al borde de pasar a formar parte de la vitrina de un museo. De golpe, y con la ayuda de una coyuntura favorable al tener como principal contendiente electoral a una persona repudiada por la mayoría de los ciudadanos, se instaló en el vértice del Estado una figura que levantó un discurso acorde con el peronismo histórico, con el interesante valor adicional que proclamaba conceptos, y no referencias más o menos melancólicas al líder muerto hacía 30 años. Con esa mirada y con coherencia, mezcladas con la capacidad de identificar los ejes de mayor importancia y de mejor repercusión social, se llega a 2011 con un espacio político rotundamente hegemónico en las urnas. Enfrente tiene fuerzas poderosas pero de ninguna manera masivas, que insólitamente no pueden enarbolar, como alternativa al proyecto del Frente para la Victoria, una sola idea que no haya fracasado en el pasado reciente.

En ese escenario, la responsabilidad y la posibilidad de una actualización doctrinaria es de la conducción política del espacio nacional y popular, no en confrontación con otras fuerzas políticas, sino de cara a las necesidades de la sociedad argentina en el singular presente mundial. Este momento global se caracteriza por la caída del segundo muro en 20 años, que deja al planeta sin referentes ideológicos, sin construcción de utopías. Primero fue el Muro de Berlín y la evaporación del paradigma de una sociedad de iguales que a cada cual correspondería según sus necesidades. Ahora es el Muro del Sueño Americano, que postulaba que el esfuerzo puesto en la competencia construiría realidades venturosas para quienes tuvieran la inteligencia y el tesón necesario. La hegemonía de las finanzas sobre la producción de bienes y servicios, junto con la de las corporaciones sobre los Estados, fueron minando la credibilidad aun de los pueblos ganadores en ese reparto inequitativo de frutos, hasta llegar al actual estado de cosas, donde el ajuste se aplica a los que antes reclamaban la misma medicina para otras partes del mundo.

Latinoamérica es una región del mundo especialmente preparada para aguantar los cimbronazos, tanto por su dotación de recursos naturales como por el desarrollo alcanzado por sus instituciones y por los recursos humanos con que cuenta. Los atributos que faltan o que es necesario fortalecer son a la vez las asignaturas pendientes del proceso político argentino. A saber:

1. Asumir el continentalismo como una necesidad más actual que nunca. Sudamérica y Centroamérica, con una puerta abierta para sumar a México, deben tener una imagen común del mundo necesario y posible, de cómo conseguirlo y consolidarlo para bien de nuestros pueblos, y de quiénes y cómo debemos defenderlo.
2. Entender al desarrollo como un estadio a alcanzar con el protagonismo de los actores nacionales y regionales, cuya conducción no puede ser transferida a las corporaciones trasnacionales. Los vínculos de la globalización no deben establecerse de manera subordinada a factores externos a la región.
3. Buscar reducir la pobreza hasta eliminarla, con programas independientes de aquellos que estimulan el crecimiento general. Es necesario erradicar de nuestra ideología la más mínima concesión a suponer que la pobreza y la inequidad se reducirán por efecto del derrame de la mayor producción de bienes y servicios. El capitalismo es concentrador y no habrá manera de hacer justicia social plena si no es mediante soluciones que tengan a los que hoy son pobres como protagonistas de un tránsito superador de esa condición.
4. Entender que los adversarios globales son muy poderosos. Ahora su capacidad se expresa mucho más en términos financieros o de redes políticas casi mafiosas que en términos ideológicos, como sucedía hace medio siglo. A pesar de que aún quedan resabios de intentos de calificar de autoritarios a los gobiernos que no se alinean, esa tarea cada vez más queda a cargo de personajes de menor entidad política. Las campañas tildando de nazis –o más etéreamente de "populistas"– a los líderes populares han sido remplazadas por acciones de especulación financiera o de control espurio del comercio exterior, que pasan más desapercibidas para el público y permiten imputar los traspiés económicos a los gobernantes. Esta forma de socavar los proyectos populares sólo puede ser contrarrestada con lo que llamaría la participación inteligente, esto es: sumar y sumar militantes, pero a la vez sumar y sumar capacidad de entender, de debatir, de proponer. Todo eso en un marco de organización política que está pendiente de construcción. Hay muchas consignas de Juan Perón que mantienen vigencia, pero ninguna como "sólo la organización vence al tiempo".

La consolidación del kirchnerismo

2011 2015

Por Ricardo Rouvier

La victoria

Los votos fueron de Cristina. Exclusivamente de ella. Sin menoscabar la importante militancia que tiene el kirchnerismo, la presidenta fue la protagonista principal de la última etapa que culminó con un corolario exitoso el 23 de octubre. No se lo debe al aparato, al establishment, ni a los medios masivos, ni siquiera a los medios oficiales. Es cierto que esta rotunda conclusión se funda en una arquitectura de poder, bien peronista, concentrada, que ha tenido en su vértice superior los liderazgos de Néstor y CFK, y que desde ese diseño se producen decisiones que desde 2003 a la fecha han recuperado la política para todos los argentinos.

En las elecciones pasadas concluyó una etapa. Y tentados por la periodización, señalamos que Néstor atravesó la primera etapa hasta 2007, partiendo con baja legitimidad y un incremento incesante de popularidad, a despecho de innovaciones que no estaban en la agenda de la opinión pública. Kirchner fue la vanguardia de un pueblo que comprendía y acompañaba casi con indiferencia, pero que iba a identificarse después. En los comienzos, sus decisiones referentes a recuperar gobernabilidad, política y derechos humanos se daban en el marco de la ponderación de la trasversalidad, dejando al pejotismo en segundo plano. Con las legislativas de 2005 Néstor comprendió la importancia electoral del justicialismo y decidió efectuar un cambio táctico político para asegurar el proyecto de cambio.

La etapa de Cristina tropezó en los comienzos con el denominado conflicto con el campo, y la popularidad de los Kirchner cayó abruptamente. Las elecciones del 28 de junio del 2009 marcaron el final de una segunda etapa llena de escepticismo respecto del futuro. Casi siete de cada diez electores votaron por candidatos legislativos no kirchneristas. Con mal pronóstico, allí comenzó otro período, que finalmente sorprendió por su recuperación lenta pero segura con la enorme voluntad de ambos, que decidieron arremeter con la ley de medios, la nacionalización de los fondos de las AFJP, el matrimonio igualitario, la asignación universal, etcétera. La oposición, los analistas y los periodistas políticos quedaron consternados al ver pasar a un tren bala cuando se esperaba la morosidad de una capitulación. Dicha recuperación, que no alcanzaba porque, a pesar de que Cristina o Néstor obtenían el mayor número de votos en la primera vuelta, no evitaban la incertidumbre del ballotage, se aceleró a partir del fallecimiento de Néstor el 27 de octubre del 2010. Desde esa fecha hasta las elecciones pasadas, la candidatura de la presidenta resultaba ganadora sin segunda vuelta.

Las características del triunfo fueron varias desde el punto de vista de la sociología electoral y de la política. Desde el primer enfoque tenemos que en las primarias ya se observó que la composición del voto al oficialismo adoptaba el dibujo tradicionalmente peronista: a medida que descendemos por la pirámide social se incrementa el apoyo, siendo amplio y masivo en los sectores populares y acotado en los estratos medio altos y altos. Como se sabe, la presidenta ganó en todas las provincias, menos en San Luis. En las más pobres del Noroeste y Nordeste se registraron valores favorables muy superiores al promedio, también en los territorios pingüinos del Sur. El menor apoyo fue en la Ciudad de Buenos Aires y en las provincias de Santa Fe, Córdoba y San Luis. Si bien la cerril oposición de los productores agropecuarios fue quebrada, quedaron remantes opositores en los campos sojeros del interior.

Cristina F. de Kirchner superó las elecciones del 2007, y también a las primarias del 14 de agosto. Recuperó para el kirchnerismo el apoyo de amplios sectores medios. Y predominó ampliamente en el segmento de los jóvenes. En el distrito clave de la provincia de Buenos Aires, que significa un 38% del padrón, la presidenta superó su propio promedio na-

cional, y también el gobernador Scioli hizo una muy buena elección.

Desde el punto de vista político, el gobierno consolidó su poder, ganó ampliamente sobre la oposición y aumentó su fuerza legislativa, tanto en diputados como en senadores. Ratificó su poder territorial en las gobernaciones, intendencias y concejos deliberantes. La posibilidad de quórum propio en el Congreso Nacional le permite gobernar con mayor tranquilidad en la elaboración y aprobación de las leyes necesarias para la etapa de profundización que comienza (quedan por delante: reforma de las entidades financieras, participación en las ganancias, presupuesto 2012, régimen laboral de los peones rurales, etcétera). Si consideramos las medidas tomadas en la misma semana del triunfo respecto al papel de las cooperativas en las exportaciones de granos y a las prohibiciones para que las mineras y petroleras puedan realizar sus excedentes en el exterior, podemos decir que la profundización ya comenzó. Hubo claramente una prevalencia del peronismo, que era lo que se anticipaba en la configuración de las listas, por sobre alternativas más frentistas o trasversales. Esto no significa una reorientación táctica como descrédito de los sectores kirchneristas no peronistas, sino la decisión de privilegiar una acumulación de fuerzas que se estructuran en asociación movimientista, que supone una configuración heterogénea conducida por Cristina. Es la memoria histórica, la dinámica del relato del primer peronismo, del setentismo, del camporismo, de la emancipación latinoamericana, que encuentran hoy en el kirchnerismo su vigencia y su sentido.

El futuro

El kirchnerismo ha llegado para quedarse. No quiere ser un mero epifenómeno del peronismo, como lo fueron el menemismo y el duhaldismo, hoy en desaparición. El proceso iniciado en 2003 se caracteriza por la continuidad, la profundización y la sucesión. La continuidad ha sido asegurada por las urnas, la profundización depende de la gestión y la capacidad de poder del gobierno y la conducción de Cristina. Sabemos, por la propia presidenta, que la profundización se asocia con la equidad social. Este es el objetivo y esta es la lucha de lo que vendrá. Los intereses corporativos empresariales intentarán evitar una avanzada del Estado o de los intereses populares sobre sus ganancias y sus privilegios. Los grandes medios de comunicación evitarán la construcción de contenidos alternativos, nacionales y populares, a lo producido por la comunicación masiva actual. Un actor revalorizado de estos años: el Estado tendrá que seguir siendo protagonista.

Quedan preguntas sobre el futuro, que solamente la política en su lucha cotidiana tratará de responder. Hay una cuestión de orden institucional que asoma como necesidad y que consiste en darle sostén orgánico a las reformas y su continuidad y garantía. El PJ, como los otros partidos, es parte de la crisis de representación, no funcionan como debería ser, y su utilidad es sólo electoral. No organizan, no encuadran, no educan, no son usinas de ideas, no preparan ni forman cuadros. Algo habrá que hacer con ellos, pero nos parece que un proceso tan profundo en sus transformaciones debería tener reaseguros que involucren los cambios en una verdadera batalla cultural que todavía hay que librar.

En el entramado del tejido profundo de lo social, no en su epidermis, se reproducen cotidianamente las formas de explotación y subordinación, y el encadenamiento de la ausencia de libertad por imperio de la necesidad, con forma de estilos de vida, modos de pensar y del hacer propios del sistema hegemónico que ha calado en el sentido común. Tenemos por delante la batalla por la subjetividad. Algo se ha avanzado en este período, pasamos de la población que apoyaba al presidente Néstor Kirchner como un gobernante reparador, al involucramiento en la última elección, en que una gran parte del pueblo se identifica con las políticas del gobierno. Además, hoy hay una activa militancia que ocupa su lugar en el proceso histórico. Y no puede dejar de considerarse que la militancia en sus diversas formas toma los nombres y los rituales del peronismo: Movimiento Evita, La Cámpora, 17 de octubre, entre otros. Esta adopción apunta, sin duda, a una identificación con el justicialismo y con sus luchas históricas, si bien esta captura es recortada respecto a una lectura más compleja sobre el peronismo.

La sucesión de la presidenta no debería ser una cuestión de especulación política, pero lo va a ser, o lo es ya. Para nosotros es apresurado tratarlo ahora, pero no se puede evitar la circulación de las ambiciones de algunos. Políticamente es una cuestión importante, que hace a la vertebración de la conducción del peronismo-kirchnerismo, ya que la dirección doble del Estado y del conglomerado del movimiento existió, como excepcionalidad, con Cámpora-Perón y con Kirchner-Kirchner. En este segundo caso se logró una comunión personal y política inigualable. La posibilidad futura de que Cristina mantenga su carácter de conductora y otro dirigente cumpla el papel de presidente es de gran significación en el esquema de poder y de política, que constituye un aspecto sustancial en la garantía del proyecto. Cualquiera sea su resolución, no nos cabe duda de que la presidenta seguirá siendo la conductora del peronismo.

Un Estado al servicio del Proyecto Nacional

2011 2015

Por Claudia Bernazza

El proyecto nacional y popular que se inició en 2003, y que puso a la política por sobre la economía, recupera el rol protagónico del Estado como único garante de un desarrollo que incluya a todos. Pero para que el Estado cumpla con esta premisa debemos repensar el marco jurídico que lo organiza. A partir del golpe de Estado de 1976 se produjo un cambio de paradigma en relación con el rol y la organización estatal. Este cambio se acentuó en la década del noventa, y tuvo como eje la reducción de roles y estructuras públicas, con las consecuencias por todos conocidas. Resulta necesario explicitar que las recetas neoliberales que impregnaron los procesos privatizadores del período no se dieron aisladas, sino que afectaron a la gran mayoría de los países emergentes y fueron el resultado de las recomendaciones que organismos internacionales realizaron a partir del Consenso de Washington. Éstas no tuvieron en cuenta la idiosincrasia de cada país y respondieron a la avanzada del mercado y los capitales globalizados. Las decisiones soberanas de cada Nación en materia de organización estatal se vieron relegadas por los condicionamientos que los organismos de crédito pusieron al otorgamiento de préstamos. La necesidad de liquidez primó en las decisiones, y la dependencia económica y financiera de los Estados, así como su reducción y debilitamiento, fue un proceso que se observó en toda la región. En nombre de una mejor organización, se desmanteló la institucionalidad pública con que contaban las naciones latinoamericanas.

Cristina Fernández de Kirchner expresó durante el acto de cierre de campaña de cara a las elecciones del 23 de octubre último: "no soy neutral, yo voy a estar siempre del lado del combate contra la desigualdad". Es preciso remarcar, aunque resulte obvio, que el derecho administrativo tampoco es neutro. Por lo tanto, prevé la organización y el funcionamiento del Estado a partir de una ideología subyacente. Y precisamente debemos repensar las instituciones públicas desde un enfoque de justicia distributiva y solidaridad social. En términos generales, podemos decir que el Estado Nacional como organización tiene como fin la satisfacción del bien común. Su organización material debe sustentarse, entonces, en el Proyecto de Nación que anhelamos desde nuestras convicciones políticas. Los acuerdos a alcanzar son múltiples y complejos, y se encuentran permanentemente amenazados por la cooptación del aparato institucional por parte de grupos económicos o de poder para la satisfacción de intereses sectoriales. Debemos estar atentos a que los acuerdos que sustentan la organización estatal respondan a los intereses populares, diseñando organismos públicos al servicio de una Nación socialmente justa, económicamente independiente y políticamente soberana.

Decía Raúl Scalabrini Ortiz: "hasta el año 1929 la República Argentina vivió confiada en la ilimitada magnitud material de su porvenir. El futuro constituía una certidumbre que se cotizaba en el mercado de valores. Pueblo y gobierno flotaban en optimismo de opulencia, alejados de toda posibilidad de análisis. Nadie esperaba poseer los frutos del trabajo para gozarlos. Se los gozaba de antemano, mediante hipotecas, adelantos bancarios y préstamos de toda índole. Considerábamos que lo venidero era tan nuestro que nadie podía arrebatárnoslo y por eso le dábamos validez de actualidad. (…) Todas nuestras consideraciones se desplazaban en esa zona de credulidad fantástica. Respondíamos así al modo de educación implantado por los que poco a poco avanzaban en la dominación del país… Veíamos nuestro adelanto palpable: los grandes frigoríficos alzarse en los veriles de los ríos; los puertos extender sus malecones cordiales a los barcos del mar: las usinas punzar el cielo con sus agujas de humo. Veíamos las ciudades acrecentarse; multiplicarse las industrias. (…) A nadie se le ocurría pensar que esa exhuberancia visible podía no ser verdaderamente una riqueza argentina y menos aún, que ese enorme poderío, tan apresuradamente erigido, podía ser una muestra de flaqueza y no una energía de la Nación. Entonces esas dudas hubieran sido cavilaciones desdeñadas. A nadie se le ocurría investigar quiénes eran los dueños de esas usinas, de esos ferrocarriles. El capital era un detalle inimportante. Lo trascendental era esa ilusión de prosperidad en que nos mecíamos". (Política Británica en el Río de la Plata)

Un diseño institucional debe partir de la premisa de que son los pueblos los que toman decisiones sobre su destino, no el mercado. Desde nuestra perspectiva, aspiramos a una presencia protagónica del Estado en las actividades sociales y económicas para el logro de un desarrollo sustentable con inclusión social, así como a una organización institucional que

esté al servicio de los intereses de la Nación. La ética pública se basa, desde nuestras convicciones, no sólo en la "transparencia" y la ausencia de toda corrupción, sino en un compromiso con un Proyecto Nacional y con un Estado que es garante de la inclusión y el desarrollo. Este compromiso obliga a la excelencia en la gestión, a partir de la planificación estratégica y la administración por objetivos y resultados.

La mayoría de nuestras administraciones públicas no poseen una cultura organizativa previa cohesionada y configurada sobre valores públicos explícitos y debatidos. Las capas institucionales se suceden unas sobre otras, dejando de responder a los valores, intereses y objetivos que les dieron origen. Desde esta situación de debilidad cultural de lo público, la introducción de valores neoempresariales de la mano de las corrientes privatistas convirtieron los medios en fines, perdiéndose de vista los objetivos últimos de los programas públicos. A partir de las consecuencias aún vigentes de este modelo, tenemos la obligación militante de redefinir el campo político-ideológico en el cual se desarrolla la actividad estatal. Debemos recuperar el concepto de que el Estado es un actor clave a la hora de la definición del modelo económico y social, fundamentalmente como distribuidor de riquezas e ingresos, función que el mercado no puede ni debe cumplir.

Desde esta perspectiva, la argumentación de ineficacia e ineficiencia del Estado, utilizada para justificar el proceso privatizador, resulta cuanto menos pobre. Juan Perón, poco tiempo antes de su muerte expresaba: "la trascendencia del Estado en la actividad económica depende de su grado de injerencia en este campo, así como de la modalidad y calidad de su participación. En la función empresarial el Estado tendrá un papel protagónico o complementario de la acción privada, según las circunstancias presentes o futuras así lo aconsejen. Debe destacarse como un deber ineludible la idoneidad con que el Estado asuma dicho rol, materializado a través de la gestión empresarial. La empresa del Estado no es un vehículo para alimentar una desocupación disfrazada o para transformarse en fuente de trabajo o de ingresos de quienes detentan, circunstancialmente, el manejo de la cosa pública. Es el camino para satisfacer necesidades básicas de la comunidad. La experiencia indica que nadie critica a una empresa por el solo hecho de ser del Estado, sino por el resultado de su gestión. Nadie reaccionará contra el control y supervisión que el Estado realiza sobre el quehacer económico si éste es llevado a cabo no sólo con honestidad sino también con idoneidad, y si tanto el Estado como el sector privado se hallan plenamente identificados con un Proyecto Nacional, un fin superior en el que no caben mezquindades ni turbios manejos especulativos. De lo expresado surge como de imperiosa necesidad el intensificar el proceso de formación y perfeccionamiento del funcionario público. La función pública debe ser ejercida con idoneidad técnica y capacidad de decisión. Pero estas cualidades, necesariamente tienen que sustentarse en la adhesión plena por parte del funcionario a la idea de que él es parte integrante de una comunidad que busca perfilar un Proyecto Nacional, ante cuyos fines superiores quedan relegados los objetivos meramente individuales o sectoriales". (Modelo Argentino para el Proyecto Nacional)

Desde nuestro enfoque, la adscripción de los funcionarios y trabajadores públicos a un Proyecto Nacional es condición ineludible, lo que se contrapone con el concepto de neutralidad que se quiso imponer desde la "nueva gerencia pública". Ese Proyecto Nacional recepta, desde su concepción y durante su desarrollo, las demandas sociales, especialmente las de los grupos más postergados que exigen claramente una mayor presencia del Estado como garante de la provisión de bienes y servicios públicos. Resulta necesario promover una organización institucional centrada en la inclusión y la atención de todas las personas y grupos sociales, respetuosa de la diversidad de ideas y por hacer realidad el desarrollo, la justicia social y la integración. En este sentido, consideramos que se debe tener presente: a) el rol del Estado debe ser definido teniendo en cuenta el interés público y las prioridades estratégicas; b) la planificación de las funciones del Estado debe sustentarse en valores de inclusión y solidaridad social; c) redefinir el rol del Estado Nacional traerá aparejado una necesaria revisión de las funciones públicas asumidas por las provincias y los municipios, teniendo como meta una gestión planificada, con objetivos explícitos y evaluación de resultados; d) en el sistema económico confluyen potestades públicas y libertades individuales, en pos del bienestar público como objetivo principal; e) el objetivo por la cual el Estado asume un rol empresarial debe ser siempre el de intervenir en el mercado para corregir sus desviaciones, excluyendo la posibilidad de utilizar este rol para el financiamiento de la Administración Central; f) resulta necesario dejar de lado la premisa de que la intervención del Estado deforma al mercado y genera ineficiencia, para poder determinar cuáles son las actividades que reclaman regulación o intervención pública; g) el modelo neoliberal generó una progresiva restricción de los derechos de la ciudadanía y un escaso control de los servicios o bienes públicos, omitiendo además el análisis y la discusión sobre la distribución de las rentas obtenidas; h) se debe reformular la hipótesis que sostiene que el tamaño de la estructura burocrática del Estado determina su eficacia, y reconocer que un Estado presente requiere

de una organización acorde con sus funciones; i) la eficacia y eficiencia del Estado depende directamente del modelo de gestión, el que puede alcanzar estándares satisfactorios con modelos propios, sin necesidad de recurrir a modelos "empresariales"; j) un enfoque de gestión por resultados concebido al servicio de lo público reconoce que las fallas pueden ser detectadas y corregidas sin necesidad de recurrir a modelos privatizadores.

En los últimos años se ha iniciado un proceso de recuperación del Estado en actividades de interés nacional. Con el fin de poner en evidencia este nuevo rol del Estado, se pueden citar distintos casos de recuperación de empresas para el cumplimiento de objetivos estratégicos, entre ellas Aerolíneas Argentinas –donde con un claro giro respecto de la concepción predominante en los años 90, la ley establece que en ningún caso el Estado Nacional cederá la mayoría accionaria de la sociedad, la capacidad de decisión estratégica y el derecho de veto en las decisiones de la misma–; Agua y Saneamientos Argentinos Sociedad Anónima (AYSA) –como sociedad anónima estatal, la misma se crea en "la órbita de la Secretaría de Obras Públicas del Ministerio de Planificación Federal bajo el régimen de la Ley 19.550 de sociedades comerciales"–; Energía Argentina Sociedad Anónima (EARSA) –fue creada por la Ley 25.943, bajo el régimen establecido en la 19.550, Capítulo II, Sección V, referido a este tipo societario, además de las disposiciones estipuladas en la misma ley de creación–, Talleres Navales Dársena Norte Sociedad Anónima Comercial, Industrial y Naviera (TANDANOR) –se constituyó mediante la Ley 18.544 como sociedad anónima con participación estatal mayoritaria– y el Correo Argentino –por medio del Decreto 721/2004 se conformó la Sociedad Correo Oficial de la República Argentina (CORASA), cuyas acciones son propiedad del Estado Nacional en un ciento por ciento.

Para llevar a cabo la realización de sus fines, el Estado se organiza a través de estructuras centralizadas, descentralizadas, autárquicas, por medio de empresas o bajo cualquier otra forma que mejor colabore con la expresión del Proyecto de Nación que se pretende. Las formas organizativas constituyen herramientas que el ordenamiento jurídico ofrece como alternativas, mientras la decisión política es la que opta por una u otra, justificando la razonabilidad de la elección que se haga.

MÓNICA VIRASORO

Renacimiento de la política

Sudamericana-Copppal, 2011, 304 páginas

Mónica Virasoro es licenciada en Letras y Filosofía, y Magister en Ciencias Sociales. Actualmente se desempeña como titular de Estética y de Filosofía en el IUNA donde además dirige una investigación sobre Arte y política en las derivas posvanguardistas. Es autora de: De ironías y silencios, Los griegos en escena, Zaratustra, la experiencia del guerrero, Vida y sabiduría en el pensamiento de Nietzsche, y Trágico y Sublime, notas para una estética romántica, aparte de artículos en libros de varios autores y revistas nacionales y extranjeras.

Hay claves en el camino del pueblo

2011 2015

Por Alicia Pierini

El camino del pueblo tiene un sentido. No es errático ni arbitrario. Tampoco hay predestinación, ni destino manifiesto, ni estamos condenados al éxito. Hay un sentido que nunca es lineal, viene con avances y retrocesos. Y aún en períodos de avance, con sus sombras, y en los de retroceso, con su luz de aprendizajes. El objeto de estas reflexiones es tomar una clave –seguramente no la única– que permita significar una lectura sobre el largo proceso histórico nacional. Se toman algunos hitos –pocos– debido a la brevedad de este trabajo. La idea es rescatar la coherencia en el sentido, a través de algunas permanencias. Luego, sin maniqueísmo, aprendiendo del pasado, pensar hacia dónde deberían ir hoy los próximos pasos del peronismo, manteniendo la coherencia de sentido. Algunos opinan que los intelectuales realizan "la construcción de sentido" de los acontecimientos. Por mi parte creo que nuestro deber no es la construcción de un relato, sino "descubrir el sentido" de los acontecimientos, sus claves.

El movimiento federal fue una lucha de inclusión de los pueblos del interior en las políticas que se decidían desde el puerto. Tomémoslo como punto de partida, reconociéndolo arbitrario, puesto que elude las luchas virreinales, así como salteamos el proceso de emancipación colonial que también enfrentó a Buenos Aires con los pueblos del interior. Dejemos también constancia de que nuestro continente se incorporó a la historia occidental como proveedor colonial de riquezas a través de la explotación primaria y el genocidio indígena. Al promediar el siglo XIX los caudillos federales representaban al interior pobre y rural que había sufrido la colonización de manera más expoliada y sufrida, comparada con la sociedad intelectual y comerciante portuaria. Aunque el federalismo logró constitucionalizarse entre 1853 y 1860, el interior permaneció siempre en pugna con Buenos Aires, y su ciudad-puerto unitaria, culturalmente proeuropea. Durante las décadas de hegemonía británica, la economía se construyó alrededor del eje exportador de carnes y granos e importador de manufacturas e ideas procedentes de Europa y su Revolución Industrial. Argentina, productor primario, generó una oligarquía rural que amplió sus tierras agroexportadoras completando el genocidio indígena y la explotación del gaucho. La contradicción de época: civilización o barbarie, engendró una matriz cultural que ha ido variando contenidos, pero permanece viva, actualmente con categoría de prejuicio. Esa etapa, con su correlato social, cultural y educativo, tuvo su narración de sentido realizada desde la minoría hegemónica, la intelligentzia, diría Jauretche.

El yrigoyenismo fue el movimiento popular de los nuevos sectores sociales, luchando por su inclusión en la vida política y económica que estaba en manos de la oligarquía conservadora. Se inició con la revolución del Parque –que también fue violenta– a fines del siglo XIX. La lucha de inclusión entonces fue por los derechos políticos y civiles, protagonizada por el nuevo sector social emergente no conservador. Culminó con la Ley de voto universal, secreto y obligatorio y la Ley 1420 de enseñanza laica, obligatoria y gratuita. El enfrentamiento radicales-conservadores expresó –otra vez– la demanda social de inclusión: país para todos o país para pocos. Hegemonía de mayorías o de minorías. Esa puja generó sus violencias: Semana Trágica, Patagonia rebelde, asesinatos políticos. La derrota popular llegó por dos frentes: la alvearización interna y el golpe militar del 30. El radicalismo alvearizado ya no expresaba a las mayorías que quedaron inermes frente a la Década Infame. Los militares, que ya habían sido brazo armado para la hegemonía conservadora (conquista del desierto, despojo de tierras y reparto de Roca), volvieron a serlo de la mano de Uriburu (dentro del Ejército

también se organizaba un ala nacional, que eclosionará en el 43). Y dentro del radicalismo emergía una fuerza renovadora, FORJA, que marcará a ese sector social un camino de cambio y aportará conciencia nacional al próximo movimiento popular. Jauretche no "construye" sentido, sino que "descubre" el sentido colonizador de la cultura hegemónica y lo desenmascara. Inicia un revisionismo de los "relatos" vigentes y los estigmatiza para siempre.

El movimiento peronista surgió para incluir los intereses de las nuevas mayorías trabajadoras en las decisiones del Estado. Se correspondió con la expansión industrial y la revisión nacional. Ahí confluyen el ala nacional militar y los nuevos trabajadores industriales de manera revolucionaria. Con Perón se hizo masiva la inclusión de los intereses de los trabajadores a través de las leyes, de la gestión de Estado y de la acción social directa de Evita y la Fundación. Se retoman las raíces federales e yrigoyenistas de inclusión política, y también se suma el voto y la participación de la mujer. Fue un salto superador la redefinición del rol del Estado Nacional (proactivo, regulador, descolonizador y proteccionista) y la nueva política exterior de Tercera Posición en un mundo repartido entre dos imperios. Además, se institucionalizaron los intereses de los trabajadores, constituyendo a su organización en columna vertebral del Movimiento. Eras épocas aún de capitalismo industrial, por tanto incluirse en el mundo era incluirse en la producción industrial. El Movimiento nació como acción de masas no violenta (17 de octubre) y en términos generales mantuvo la no violencia durante su período gubernamental.

La coalición antiperonista reinició la violencia política en 1951 (levantamiento de Menéndez y bomba en el subte en un acto obrero). Ni la reelección de Perón por abrumadora mayoría en 1952 alcanzó a detener la revancha gorila que estallará en 1955 con el bombardeo del 16 de junio en Plaza de Mayo. Fue una coalición cívico-militar de "civilización" con apoyo externo que derrocó a Perón, líder de la "barbarie", quien emigró para que no se incrementara la violencia desatada contra el pueblo. La Junta Consultiva que avaló al gobierno de facto, los fusilamientos y el decreto 4161 de proscripción, estuvo integrada por conservadores, radicales y socialistas, con beneplácito de la embajada yanqui. El relato del "tirano prófugo" y el advenimiento de una "Revolución Libertadora" fue la "construcción de sentido" de esa minoría gorila que detentó el poder y hegemonizó culturalmente durante varias décadas.

La restauración oligárquica del 55 volvió a la exclusión política y social, deshaciendo lo logrado por Perón. Para ello necesitó proscribir al peronismo, porque era la identidad política de las mayorías. La restauración oligárquica también tuvo consenso de una buena parte del pueblo: clases medias urbanas, principalmente. Quizás Perón había dejado crecer en demasía la cizaña de la obsecuencia, el culto a la personalidad, la corrupción, el cercenamiento de libertades y la obscenidad de los nuevos ricos. El discurso gorila agigantó esas sombras y durante años fue denostado el peronismo por la intelligentzia fubista hegemónica en la Universidad y los medios. El movimiento de resistencia provino del peronismo proscrito, que interpretó a las mayorías desplazadas buscando nuevamente su inclusión. La Resistencia fue una lucha de inclusión y de rechazo al relato oficial. El apoyo peronista a Frondizi y su posterior derrocamiento en el 62 mostraron cabalmente que para la coalición gorila era inaceptable que el peronismo pudiera acceder nuevamente al poder. Con las elecciones del 63 se evidencia la mayoría excluida a través del voto en blanco. A la violencia proscriptiva (exclusión) todavía el pueblo no le oponía sino la fuerza electoral de su voto negativo.

La demanda popular de inclusión política y social devino más violenta ante el fracaso de la vía electoral. La violencia desordenada de caños y sabotajes de la Resistencia se fue convirtiendo en violencia organizada. Es la época del Cordobazo y la eclosión de organizaciones con formación militar, que habrán de cuestionar el monopolio de la violencia ejercida por un gobierno usurpador del poder. Se corresponden con la estrategia de Perón de la Guerra Integral, la que se da en todos los frentes, incluso el militar. La lucha de inclusión se expresaba en las consignas de "elección sin proscripción", "Perón vuelve" (símbolo de unidad nacional) y "Perón presidente". Con esas consignas el pueblo demandaba democracia, inclusión y justicia social. La fuerza política de Montoneros (que retoma raíces federales y nacionales), con su organización de cuadros y de masas, asumió el compromiso del "Luche y vuelve" –Perón presidente– e hizo dar un salto cualitativo a la resistencia organizada, que a partir de entonces deviene claramente masiva político-militar y también político-sindical. Así fue posible el retorno en el 72 y el triunfo electoral en el 73. La Guerra Integral conducida por Perón culminaba con dos millones de argentinos que lo iban a recibir y luego lo consagrarían por tercera vez presidente. Pero esa etapa triunfadora que daba fin a los 18 años de proscripción, al mismo tiempo tuvo sus propias sombras: se incentivaron contradicciones internas con el mismo vigor y antagonismo

que signaba la época. Y la inclusión de marxistas-leninistas "que optaban por el peronismo" sin serlo, llevó a muchos jóvenes a confrontar duramente con el sindicalismo peronista como "enemigo interno" del movimiento. La izquierda clasista nunca aceptó la conducción peronista de las masas populares, ni la Tercera Posición en el mundo bipolar, y operó activamente contra Perón y su columna vertebral. El ERP-PRT despreciaba nuestro proyecto nacional y popular por pequeño burgués y reformista. Luchaban por un modelo ajeno a nuestra identidad nacional, popular y federal. Al estallar el terrorismo desde el Estado todos quedamos pegados en el mismo destino, sin diferenciar entre peronistas nacionales, liberales o marxistas. Con la justificación de lucha contra el marxismo se hizo blanco contra todo el pueblo y las Fuerzas Armadas devinieron así en enemigas de las mayorías, las que quedaron excluidas de la política, del Estado y de toda libertad. Una nueva etapa de lucha por la inclusión habría de iniciarse. El mismo relato del 55 se reciclaba con "salvadores de la patria" uniformados que rescataban la civilización frente a la barbarie subversiva.

La llamada lucha antisubversiva fue lucha antidemocrática y sobre todo antiperonista, por ser el peronismo identidad de mayorías. El aniquilamiento es una fase superior de la proscripción. Su fase intermedia fue el aislamiento de sus núcleos combativos. Las propias contradicciones internas y los errores en nuestro campo popular cooperaron para ese aislamiento que hacía viable el objetivo de exterminio. Los miles de muertos y desaparecidos son mayoritariamente peronistas, aunque el discurso del Proceso Militar haya sido contra el "marxismo ateo", "trapo rojo", etcétera. El verdadero objetivo del golpe del 76 fue exterminar al peronismo y excluirlo definitivamente de la escena política. No era el peronismo sentimental de Hugo del Carril el que les molestaba, sino el activismo organizado. Por la falta de unidad luego de la muerte de Perón, todas las contradicciones internas debilitaron al peronismo, y todos –incluyendo al Perón anciano que nos legó a López Rega– contribuyeron al advenimiento del terrorismo de Estado. Sin embargo, insostenibles en sus propias masacres, Malvinas incluido, las Fuerzas Armadas debieron llamar a elecciones. La utopía de la democracia iniciaba su camino, y con esa democracia regresaba la inclusión.

Alfonsín interpretó mejor la demanda de inclusión civil en la política y el Estado, en la cultura y la democracia liberal, aunque excluyó al peronismo de la verdad histórica y al pueblo de la justicia social. El alfonsinismo lideró la inclusión de la civilidad a la conducción del Estado y movilizó a toda la sociedad contra las Fuerzas Armadas, develando las más aberrantes violaciones cometidas a los derechos humanos. Ante el fracaso político de las Fuerzas Armadas y con el peronismo diezmado y desorganizado, el radicalismo se hizo dueño del nuevo proceso de inclusión: la inclusión en el mundo de la social democracia. Y construyó su propio relato o construcción de sentido con los intelectuales fubistas de siempre y algunos nuevos. La verdad histórica quedaría afuera de la narración oficial acerca de los hechos vividos, a los que se convirtió en una pelea entre dos violencias iniciada en los 70 sin causales ni antecedentes, encubriendo complicidades varias y reduciendo la guerra civil soterrada a una cuestión de bandas delincuenciales. Se instauró el nuevo relato con dos demonios culpables de la tragedia y se le dio un escenario judicial para que tales "verdades" quedaran consagradas como inapelables. Se escondió la identidad política de los muertos y desaparecidos, convertidos en "víctimas inocentes" de una "cacería de conejos", y todo el peso del horror recayó sobre doce jefes militares y los jefes del movimiento peronista montonero. Los radicales se autoerigieron en jueces de la historia y paladines de la democracia, de la cultura y la no-violencia, omitiendo toda autocrítica a su pasado golpista y cómplice de la proscripción. Reinaron en los espacios culturales, en los medios, y crecieron en la universidad donde la tradición gorila los acogió sin problemas. Sin embargo, Alfonsín no pudo con la situación económica ni gremial, que lo arrastró al fracaso, y se fue seis meses antes de terminar su mandato, dejando una hiperinflación jamás vista antes. La etapa convirtió la lucha política en una cuestión jurídica a resolverse siempre dentro de los Tribunales, o en los medios de comunicación, poderes donde los radicales suelen colocar a sus mejores cuadros. El relato de época, aunque sufriera los cambios a los que obliga la obstinada realidad, se mantiene bastante vigente en esos sectores de la intelligentzia cultural.

Menem retomó el proceso de inclusión, pero a su vez produjo exclusiones graves. Incluirse en el mundo neoliberal tuvo inmenso costo interno. Esta inclusión de la Argentina en el mundo generó exclusiones en lo interno, sin embargo la mayoría apoyó esa inclusión a la revolución tecnológica y el mercado mundial. Seguramente no haberse incluido en el mundo hubiera sido peor y sin salida. La caída del Muro y la expansión del capitalismo en su nueva etapa financiera y global producto de la revolución

informática tomó de sorpresa al gobierno peronista que había asumido con una hiperinflación descontrolada. La década de gobierno 1989-1999 integró al interior (por sus raíces federales) y reivindicó la identidad nacional en plena globalización, pero no amortiguó los costos del proceso de cambio, ni transformó el Estado para que fuera la red de protección de los más vulnerables, ni desarrolló las condiciones para que la competitividad del país a nivel internacional le permitiera sostener la posición alcanzada. Menem no pudo contar con la clase dirigente necesaria para afrontar el cambio. Faltaban los miles de cuadros peronistas masacrados por la dictadura. Tuvo que recurrir a los cuadros liberales y así abrió las puertas por donde se colaron ultraliberales, oportunistas, mediocres y corruptos, todos gorilas disfrazados de neoperonistas. Menem también integró el país al continente, promoviendo el Mercosur y liquidando los conflictos limítrofes. Gobernar es integrar, repetía. Sin embargo, hizo crecer a un poder económico financiero voraz, negociando demasiado con algunos poderosos en pos de la estabilidad del gobierno. Al concluir su mandato dejó desprotegida a una masa de excluidos del mercado de trabajo al caer la producción nacional, y esta paradoja de la etapa es la cara negativa que hoy agigantan los nuevos conversos. Quizás el mejor perfil de esta etapa de inclusión, por lo estratégico, sea haber incluido a los nuevos derechos y a las convenciones internacionales de derechos humanos en el más alto nivel institucional, no haber prohijado ningún revanchismo, haber derrotado definitivamente la amenaza golpista y dejar el gobierno con reservas abundantes y estabilidad institucional.
La debilidad del sector intelectual peronista dejó que creciera el relato de la intelligentzia universitaria y su "construcción de sentido" liderada por la Alianza, nueva versión de la Unión Democrática, ahora con sus comunicadores estrella, sus transparency y sus human rights made in USA.

Las minorías que se aliaron para destruir la etapa peronista de Menem cayeron rápido y por sus propios errores. Una de las primeras medidas adoptadas por la Alianza De la Rúa-Chacho Álvarez fue atacar al Movimiento Obrero Organizado, con la ley de flexibilidad laboral lograda a balazos y sobornos. Luego recurrieron al capitalismo financiero internacional y designaron a Domingo Cavallo para adoptar medidas intolerables aun para su propio electorado de clases medias, y finalmente huyeron a los dos años en medio de la violencia y el derrumbe económico. Fue la coalición federal de los gobernadores peronistas la que logró reimponer la hegemonía nacional, no obstante la crisis profunda, y reencauzar la crisis hacia un nuevo acto electoral. No obstante ello, el discurso de la intelligentzia adjudica a la década de Menem el desastre del radicalismo delaruista, y exime de responsabilidad a quienes ejercieron el gobierno desde 1999, cuando se necesitaban políticas de inclusión social para revertir los errores anteriores y en cambio la coalición frepasoradical dio cabida al anti-sindicalismo y anti-federalismo, con discurso progresista y represión violenta.

Néstor Kirchner recompuso el poder y estabilizó la economía, iniciando un nuevo proceso de inclusión. Llegado al poder con un escaso 23% de los votos, su primer intento de inclusión política fue la búsqueda de la transversalidad, sumando por fuera del peronismo. Luego adoptó el método de incluir a los grupos más demandantes, organismos de derechos humanos, satisfaciendo su demanda de punición, así como agrupaciones de desocupados y piqueteros.
El peronismo se fue dividiendo. La lucha contra el campo por incomprensión de la nueva ruralidad, el aislamiento internacional, la crisis por Botnia y la actitud crispada continua no favorecieron los perfiles positivos de una gestión que se proclamaba peronista, pero con gestualidad y algunos acompañantes que no lo son, complicando la identidad al mismo tiempo que construían un relato autorreferencial, confrontativo, de una épica con escaso anclaje en lo real que fue alejando peronistas del calor oficial. Los intelectuales de siempre, más algunos peronistas desmemoriados, empezaron a crear las "construcciones de sentido" y modalidad comunicacional que eclosionaron en los festejos del Bicentenario. El relato de una nueva etapa que pretende ser inaugural exagerando logros es repetido por un aparato gubernamental publicitario de sí mismo y de la versión oficial de la historia y el mundo de manera obsesiva.

Es Cristina Fernández de Kirchner quien retoma la clave de la inclusión y la convierte en paradigma. Asignación Universal, matrimonio igualitario, gestos de inclusión continua, incluyendo inclusión en el mundo nuevamente, particularmente la reciente inclusión de los jóvenes, permiten ser optimistas respecto del futuro. Su reelección marcó una auténtica decisión de mayorías a favor del gobierno, que no tuvo Néstor Kirchner ni se daba desde hacía años. Los "constructores de sentido" continúan inventando personajes superhéroes y enemigos corporativos. Sin embargo ellos no le agregan ni le restan a la adhesión mayoritaria a lo auténticamente positivo de la

actual gestión presidencial. El peronismo comienza a recomponerse nuevamente en torno al paradigma principal enunciado por la presidenta, que es el de la inclusión. Y en el mismo marco: incluir en el diálogo a más actores, incluirse nuevamente en la diplomacia mundial. Posteriormente a la muerte de Néstor Kirchner, la reinclusión de peronistas que se habían alejado abre nuevas oportunidades, si bien la influencia de los que –sin serlo– nuevamente "optaron por el peronismo" y lograron ubicarse podría arrastrar desviaciones, incentivando contradicciones secundarias y convirtiéndolas en principales. A la vista de lo reseñado, sería deseable para un gobierno peronista estar más atento al accionar de los no peronistas que tiene sentados en el living.

Pensar lo que viene con el aprendizaje de lo que ya fue. Para este nuevo siglo nuestra inclusión en el mercado global tendría que contemplar fuertemente las necesidades, la identidad y los mecanismos locales para alcanzar la inclusión de las mayorías nacionales en el empleo decente. De la misma manera es necesario incluir a todos los jóvenes en un proceso de educación acorde a los tiempos que corren. Hace falta una revolución en la educación –y sus gremios docentes– para capacitar calificadamente a las nuevas generaciones para el tiempo que les tocará. La universidad es un rompecabezas ideológico que nos marca otro campo de trabajo inconcluso. Los derechos humanos mirados en tiempo real muestran las falencias en fuerzas de seguridad y penitenciarias, el narcotráfico y la trata de personas como graves problemas irresueltos, así como la brecha de la inequidad social.

Por vigorizar y liderar la nueva inclusión, junto con la Presidenta deberíamos encarar el fortalecimiento del Estado Activo para hacerlo eficiente y profesionalizado, y la reforma de la política para que genere cuadros de conducción idóneos para la etapa y que garanticen el futuro. Con las experiencias anteriores debiera ser evidente que una cohorte de obsecuentes no alcanza para gobernar, que inventando épicas no se cambia la historia y que quienes dividen el mundo en derechas e izquierdas encarnan la nueva modalidad de ningunear al movimiento peronista que desde siempre se declaró Tercera Posición, profundamente humanista y profundamente cristiano. Cristina ha tomado como paradigma de gobierno la principal clave histórica del movimiento nacional: la de la inclusión social, la inclusión generacional y la inclusión en el mundo con identidad propia, sudamericana y popular. Todo el peronismo tiene que encolumnarse para que alcance el éxito y sea una victoria para todos los argentinos.

Mario Casalla

América Latina en perspectiva

Dramas del pasado, huellas del presente

Buenos Aires, Instituto de Altos Estudios Juan Perón – CICCUS, 2011, 448 páginas

Esta obra sobre América Latina, del filósofo argentino Mario Casalla, es una lectura culturalmente situada de los dramas del pasado, cuyas huellas todavía están frescas en el presente. La conquista, la colonización, el emerger endeble de sus jóvenes nacionalidades, los sucesivos cambios del poder imperial en el área, sus recambios como periferia, sus reiteradas luchas por la libertad y la dignidad, constituyen los hitos de un ensayo que -además de sus fundamentos académicos y bibliográficos- se lee casi con la agilidad de una novela. Esta tercera edición -corregida y aumentada por el autor- prolonga esas reflexiones al contexto global en que hoy se desenvuelve la historia latinoamericana y a los nuevos desafíos regionales que deben afrontar en sus respectivos bicentenarios.

Tarea fina

2011 2015

Por Tomás Aguerre

"La política es, casi siempre, el arte de afrontar (y, en el mejor de los casos, resolver) los problemas creados por las opciones hechas previamente para resolver problemas en su momento acucioso". Con esa definición comienza un artículo publicado en 1999 por Vicente Palermo y Miriam Gomes Saraiva, titulado "Racionalidad política: Plan Real y crisis financiera en Brasil". El artículo analiza la creación e implementación del Plan Real brasileño y no nos interesa aquí tanto por ese caso específico como por su marco teórico, resumido en la frase anterior. Dicen Palermo y Gomes Saraiva que el propósito de su trabajo es explicar el desarrollo de ese plan "en términos de la estructura de incentivos y restricciones institucionales, así como de las oportunidades y amenazas políticas, a las que el elenco gobernante parece haber sido sensible en la formulación e implantación de la estrategia adoptada". Como análisis del Plan Real, el artículo es recomendable. Es, en cambio, imprescindible como ejemplo de un análisis que busca enfocar la explicación sobre la elección de una estrategia política en la estructura de incentivos a la que se enfrenta un liderazgo. La hipótesis teórica sobre la que trabaja el texto, y que quisiéramos tomar aquí, sostiene que el temperamento, la personalidad o la habilidad política de un dirigente no suelen crear circunstancias, sino todo lo contrario: que las circunstancias tienen los líderes que se merecen, podríamos decir.

Dicha hipótesis no niega, para nada, la importancia de la voluntad en la acción política, pero establece que la única variable explicativa del éxito o fracaso de un proceso político no pueden ser las características o los rasgos personales de un decisor, toda vez que los decisores están, también, condicionados por las circunstancias. Agrega Juan Carlos Torre, en "El proceso político de las reformas en América Latina", que en las reformas estructurales de la región "lo que importa no es sólo o apenas la voluntad política, sino el control por los líderes de gobierno de los recursos políticos e institucionales que les permitan iniciar las políticas de reforma y, luego, sostenerlas en el tiempo". Contexto y capacidad de movilizar recursos. Tenemos al menos dos variables más para aplicar y evitar caer en el análisis coyuntural que se vuelve demasiado psicologicista y explica fenómenos sociales por medio de actitudes individuales libres de influencias estructurales.

Más simple: en una entrevista televisiva, el gobernador de Chaco, Jorge Capitanich, fue consultado por "lo que falta" del proceso kirchnerista e, invitado a definir específicamente en qué materias es necesario avanzar, respondió: "la política es conducción en un escenario de oportunidades".

¿Qué cosas son las que faltan en la Argentina donde el Gobierno acaba de contar con el apoyo del 54% del electorado? En ese mismo artículo de Palermo y Gomes Saraiva, los autores sostienen en su conclusión que al análisis político le están vedadas las predicciones. Un consejo que debería servirnos más para afinar la rigurosidad que para vedarnos pensar el futuro. Es entonces que resulta necesario bosquejar, sin aventurar predicciones infundadas, cuál es la estructura de incentivos del escenario de oportunidades que viene.

Tenemos, por un lado, una circunstancia que ya hemos nombrado: un Gobierno con un amplio apoyo popular recientemente ratificado en elecciones libres y democráticas, que plebiscitó con éxito los lineamientos generales de un modelo político y económico.

Coincide la ciencia política –los textos citados anteriormente son ejemplo– en que no hay nada como la experiencia de una crisis para ventana de oportunidad de aplicación de grandes reformas. Con esta premisa, podríamos concluir que la estructura de incentivos no permite vislumbrar un golpe de timón muy abrupto, sino más bien –en tanto el escenario interno tiende a estabilizarse– un proceso de profundización dentro del marco del modelo político y económico propuesto por el oficialismo. La afirmación, por simple, merece algunos matices, y preguntarse por las características de lo que llamamos modelo.

Si bien es cierto que a corto plazo las probabilidades de enfrentar una crisis grave (definimos aquí "crisis" como las que sufriera el país en 1989 o 2001, es decir, aquellas cuya profundidad fueron el antecedente necesario para un proceso transformador como el menemismo o el kirchnerismo, respectivamente) parecen más bien escasas, la incertidumbre respecto del alcance de la crisis internacional arroja un primer condicionante que quizás explique los próximos cuatro años, más que las propias disputas internas al interior del gobierno y el peronismo. Los debates y las medidas –en la semana posterior a las elecciones– en torno a la retención de divisas, en principio con el decreto que obliga a mineras y petroleras a liquidar en el país, luego con regulaciones para la compra de dólares, y finalmente con la resolución que obliga a las aseguradoras a repatriar fondos del exterior, son una parte de esta discusión. Medidas que, leyendo el kirchnerismo, tal vez sean el preámbulo de un nuevo avance. ¿Será la modificación de la ley de inversiones extranjeras? La misma, resabio de la dictadura militar, permite a las empresas extranjeras transferir ganancias y repatriar capitales sin límite, y explica una enorme parte de la fuga de divisas. Con la nueva composición del Congreso a partir de diciembre son muy altos los incentivos para avanzar en este proyecto, como forma de frenar alguna de las correas de transmisión de la crisis mundial, amén de que en un mundo globalizado no puede pensarse en economías aisladas, impermeables a los bruscos vaivenes internacionales.

Este contexto genera las condiciones estructurales suficientes como para pensar en el escenario político argentino signado por el rol que pueda cumplir la Argentina en la región y, desde ahí, en el concierto de naciones. Difícilmente pueda el paso de Cristina Fernández de Kirchner por la cumbre anual del G-20 convertirse en una anécdota. Aunque entre en el terreno de las predicciones, es dable pensar un nuevo escenario donde la política exterior, no sólo de Argentina, asuma un inédito protagonismo. Pasó un tanto desapercibido, pero fue una declaración a la altura de Reagan o Thatcher anunciando una nueva época: Angela Merkel dijo, a propósito del intento griego por pasar a referéndum el rescate europeo, que la conclusión de Cannes fue "la sensación de que no hay más algo así como políticas públicas domésticas". Tiene un sentido político específico, el de encuadrar a los países de la Eurozona, pero la declaración, aunque exagerada, bien puede estar retratando un nuevo clima de época. Los mecanismos institucionales que se dio Europa, tantas veces elogiados desde estos lugares del planeta, hoy son el salvavidas de plomo de países como Grecia, que delegaron parte de su soberanía decisoria. América Latina, con instituciones más flexibles, tiene allí una enseñanza y la posibilidad de continuar avanzando en la integración sin cometer esos errores.

Ninguna política exterior puede pensarse, sin embargo, aislada del escenario interno de un país. Un escenario un tanto inédito para la Argentina. Por primera vez en la historia, un mismo proyecto político consigue un tercer mandato consecutivo en elecciones democráticas, con el agregado de un contexto de crecimiento económico y estabilidad democrática en toda la región. No podríamos hacer aquí un listado exhaustivo de los temas que quedan por abarcar (una lista ontológicamente imposible, por cierto), pero sí diremos que el Gobierno enfrenta un desafío acorde a lo extraordinario de la situación que vive. Toda una discusión fue, durante estos años, la definición de qué significaba lo que el kirchnerismo ha denominado el modelo. A la luz de los hechos, diríamos en principio que se trata de un modelo que ha logrado una serie de éxitos económicos, que ha permitido la recuperación del país aprovechando lo que el contexto mundial le pedía y que ha sido premiado electoralmente luego de los ajustes políticos, económicos y sociales de 2009. Comienza, a partir de ahora, una nueva etapa, que exige tareas distintas, acomodar el modelo a un país que tiene por delante los enormes desafíos de un país normalizado que debe encarar el largo proceso del desarrollo. En palabras del economista Miguel Bein: "el modelo no está agotado. El modelo llegó. Llegó adonde tenía que llegar, que era llegar al pleno empleo de los factores productivos, pero el camino del desarrollo es una cosa totalmente distinta. Argentina no va a crecer al 8, ni siquiera al 7 en los próximos cuatro años. Porque su tasa de inversión no le permite crecer arriba del 4 y medio, 5, y crecer al 5 es maravilloso después de tener un país normalizado. Sería importante saber a partir de ese diagnóstico cómo reacciona el gobierno, para qué lado va a ir".

¿Qué podemos definir entonces por modelo? Que más que una enumeración de políticas públicas, lo que el kirchnerismo define como modelo es un sentido político y una serie de objeti-

vos son trazados a corto, mediano y largo plazo, y que sólo en función de esos objetivos las políticas públicas cobran valor como herramienta y no como fines en sí mismas. Adivinar qué medidas seguirán de aquí en adelante es una predicción infundada, y cada quien tiene sus preferencias. Estos años de kirchnerismo demostraron que la esperanza que depositamos quienes formamos parte de este movimiento, de la manera que hemos podido encontrar, consiste en compartir las líneas generales de ese horizonte de sentido trazado a partir del año 2003.

Hemos comenzado este artículo intentando realizar un análisis que tuviera en cuenta algunos factores estructurales, como manera de escapar de la pura coyuntura que pone el eje exclusivamente en las capacidades de liderazgo, como si la política fuera un espacio de libre arbitrio. De tal manera, suponemos además, resulta más permeable aventurar los posibles escenarios y desafíos a futuro para el peronismo en el gobierno.

En la mitología escandinava, existen unos diosas denominadas nornas, una colectividad de seres divinos femeninos que habitan las raíces del fresno Yggdrasil, el árbol del mundo donde se tejen los destinos del cosmos. Las tres nornas principales se llaman Urd ("lo que ha ocurrido"), Verdandi ("lo que ocurre ahora") y Skuld ("lo que debería suceder, o es necesario que ocurra"). Éstas, sin embargo, no son las responsables de los sucesos en los distintos períodos del tiempo: están entrelazadas de tal modo que no pueden ser separadas. Sucede, en la política, alguna cosa similar que obliga a ponderar el pasado, el presente y el futuro como si fueran un solo escenario. Un proyecto político que apunta a los doce años ha construido, ya, incluso hasta su propio pasado. Hay una tarea fina, por delante, que implica seguir reconstruyendo el Estado para ponerlo al servicio de un modelo de desarrollo determinado. Exige llevarlo a los lugares donde todavía no llega y, entonces, obliga a formar los cuadros necesarios para esa gestión. No se puede pensar el peronismo si no es vinculándolo necesariamente con esta tarea que tiene algo de pasado, mucho de presente y casi todo de futuro. Una tarea entrelazada, como las nornas.

Juan Carlos Torre dijo en una entrevista que el gobierno enfrenta la disyuntiva de las fuerzas que apoyaban a Salvador Allende, quienes se dividieron entre los que proponían consolidar para avanzar y quienes bregaban por avanzar para consolidar.

Un viejo general argentino solía repetir que todo en su justa medida. Y armoniosamente.

JULIÁN LICASTRO
ROBERTO MAGLIANO
ANA MARÍA PELIZZA

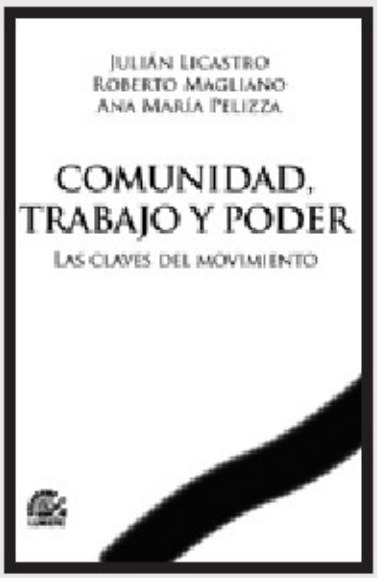
Julián Licastro, Roberto Magliano
y Ana María Pelizza han escrito

COMUNIDAD, TRABAJO Y PODER

esta pequeña obra esencial, que

Las claves del Movimiento reúne, al mismo tiempo, el sustento académico y la expresión sencilla y directa. Convergen en este ensayo tres perspectivas: la filosófica, la política y la estratégica. Por un lado, analizan el concepto central y armónico de la comunidad organizada. En segundo término, las distintas visiones del trabajo en el mundo contemporáneo y su comparación con la concepción justicialista. Y por último, el poder como categoría fundamental de la política y la estrategia. Junto con la precisa exposición de los principios del justicialismo en lo ideológico y doctrinario, el libro plantea las nuevas reivindicaciones del movimiento nacional y popular y –dentro de éste– el papel que les toca cumplir a los trabajadores encuadrados en la representación institucional del sindicalismo. Un libro de imprescindible lectura, para comprender (como reza su subtítulo) "las claves del Movimiento".

Buenos Aires, Lumiere, 2011, 150 páginas



Gobernar es crear trabajo

2011 2015

Por Guillermo Pérez Sosto y Gabriela Agosto

Juan Perón, desde la doctrina y las políticas económicas, políticas y sociales fundadas en ella, comprometió socialmente al capitalismo de su época, humanizándolo y provocando una revolución en términos de inclusión ciudadana. El movimiento peronista, desde su irrupción en la escena nacional, centró el debate y la práctica en torno a grandes desafíos: la justicia social, la soberanía política y la independencia económica. En la actualidad, la "evolución" del capitalismo industrial al capitalismo financiero, con sus sucesivas crisis, presenta un panorama diferente que requiere diversas estrategias pero el mismo desafío: incluir con justicia social, revalorizando el rol del trabajo.

En algún momento preciso de la década del setenta, entre la crisis del petróleo y el nacimiento de las monedas autorreferenciales, comenzamos a transitar el oscuro laberinto donde el universo de la racionalidad parece separarse del universo de los actores, y abandonamos la explicación de los fenómenos sociales por el lugar que ocupan en la historia. Durante los últimos treinta y cinco años hemos venido asistiendo al cambio de régimen del capitalismo. El capitalismo industrial tendía a acumular por redoblamiento de la explotación del "trabajo humano vivo" (plusvalía), en cambio del capitalismo post industrial o financiero –rompiendo con el denominado "compromiso social del capitalismo industrial"– acumula a partir de la destrucción de las instituciones sociales conquistadas por los trabajadores y desplegadas en la denominada "sociedad salarial". La actual acumulación se realiza por un lado sobre la precarización de millones de trabajadores (pérdida de protección, de derechos, etcétera), y por el otro por el desplazamiento de trabajadores hacia la desocupación de largo período o definitiva (acumulación sobre "trabajo muerto"). Cuantos más trabajadores quedan fuera, más se acumula o más se equilibra el sistema. La variable de ajuste no es sólo el salario, sino la existencia misma del asalariado. Estas manifestaciones actuales de la cuestión social están vinculadas a la existencia de la precarización laboral, cuya persistencia alimenta la doble sensación de una pérdida de identidad y una incertidumbre creciente sobre el futuro. Al mismo tiempo, se percibe claramente que el fenómeno es más profundo y complejo. Lo que se quiebra, secretamente, es tanto la misma organización social como el imaginario colectivo. Estos fenómenos son consecuencia de un largo proceso de descomposición y desocialización.

En la actualidad, el peronismo, con una gestión relegitimada por las urnas con casi un 54 por ciento de apoyo electoral y 4 años de gobierno por delante, tiene como desafío valorizar el lugar del trabajo, desprecarizándolo y reposicionándolo en la centralidad de la puja por la redistribución del ingreso y en su rol de garante de la cohesión social. Una de las características esenciales del período que atravesamos es lo que se ha dado en llamar el nuevo "auge de la incertidumbre", donde se producen simultáneamente discontinuidades en tres campos: en las instituciones que hace funcionar el vínculo social y la solidaridad (crisis del Estado Social), en las formas de relaciones entre la economía y la sociedad (crisis del trabajo) y en los modos de constitución de las

identidades individuales y colectivas (crisis del sujeto y de los sistemas de representación colectivos). Esta etapa del sistema capitalista requiere de una mirada socializadora, integradora y comprometida con la organización social, tal como el general Perón alertó en La Comunidad Organizada. Al tiempo que plantea un reto para la acción de gobierno, ya que por detrás de los indicadores de crecimiento se van cristalizando formas subyacentes de vulnerabilidad social y precarización laboral, con sus consecuentes cuotas de desprotección e inseguridad social.

Las desigualdades persistentes, que ponen en evidencia las estadísticas sobre la distribución de los ingresos, la pobreza, etcétera, corresponden a la visión clásica que se tenía de la desigualdad, cuando se construyeron esos sistemas estadísticos. Esas desigualdades persisten y en algunos casos se profundizan. En lo sucesivo se agregan a ellas nuevas formas de desigualdad, individualmente experimentadas, por encontrar poco eco en el resto de la sociedad: desigualdades ante el trabajo y la condición asalariada, e incluso ante las consecuencias de la implosión del modelo familiar y las nuevas formas de violencia.

Las políticas destinadas a la liberación de las fuerzas productivas y financieras de las regulaciones de los Estados han dado por resultado una acentuación del desarrollo desigual entre los segmentos más dinámicos de la sociedad y aquellos que –cada día en mayor número– corren el riesgo de convertirse en irrelevantes desde la perspectiva de la lógica última del sistema. De esta manera, las sociedades vuelven cada vez más contra sí mismas el filo de las prácticas excluyentes. Bajo estas circunstancias, el mercado queda convertido en el principal actor regulador de las potencialidades de la sociedad a través de la asignación de recursos (acumulación, distribución y redistribución), dejando al "Estado mínimo" el rol de "regulador de la pobreza" a través de las llamadas ambiguamente "políticas compensatorias". Estas herramientas y estrategias de intervención sobre lo social resultan insuficientes y especialmente inapropiadas, dado que no logran disminuir la vulnerabilidad ni la precariedad. Las denominadas "políticas compensatorias" no sólo no han detenido la vulnerabilidad como proceso, sino que han instalado a cientos de miles de personas en la precariedad, a través de la "salarización" de la exclusión. La "institucionalización de la precariedad", en este sentido, deviene inadaptada y termina advirtiéndonos sobre las falsas opciones que presentan los procesos de "descolectivización" e "individualización": las sociedades modernas son cada vez más sociedades de individuos, pero estos individuos están cada vez más aislados, puestos en competencia los unos con los otros y, por lo tanto, no están inscriptos en las formas de regulación colectiva del capitalismo industrial, ni en las formas de solidaridad de cercanía en sociedades más concretas, es decir, que pueden llegar a estar no inscriptos en ningún lado. Debemos señalar que a raíz de la última crisis se ha estancado la inversión productiva como porcentaje del producto bruto, la fuente de generación de empleo. En cambio, la proporción de ganancias provenientes de operaciones con derivados financieros, cuya capacidad de creación empleo es casi nula, ha aumentado. Por otra parte, el crecimiento mundial de los salarios se ha reducido a la mitad.

El desafío de los próximos cuatro años del gobierno peronista es revertir la vulnerabilidad y la precariedad de la condición de trabajador, generando una verdadera redistribución del ingreso a través del trabajo. Frente a los fenómenos descriptos es fundamental desarrollar políticas que garanticen la gobernabilidad (eficacia y legitimidad de ejercicio), reposicionar el lugar del Congreso y la institucionalización de las políticas públicas desde una concepción de derechos reafirmados por leyes consensuadas, y avanzar en las reformas financieras y tributarias que tiendan a la cohesión social. El federalismo es un aspecto a revalorizar en el modelo, desde una necesaria y efectiva participación aun en el debate centrado en la reforma a la ley de coparticipación federal. Todo esto debe hacerse sobre la base de la legitimidad de origen dada por las urnas y la necesaria y continua rendición de cuentas y transparencia de la información pública. El legado de Perón es claro y sigue siendo pertinente: "gobernar es crear trabajo". Sus herederos deben estar a la altura de su herencia, generando un modelo de desarrollo para esta etapa del capitalismo que tenga como fin que "cada argentino tenga un espacio de trabajo para fecundarlo con su inteligencia y un pedazo de cielo donde anide sus ansias de perfección moral".

Más que una declaración de principios

2011 2015

Por Mariano Fraschini y Nicolás Tereschuk

La presidenta Cristina Kirchner afirmó en su discurso de cierre de campaña, a pocas horas de lograr la reelección, que su responsabilidad es "articular los intereses de 40 millones de argentinos". Al mismo tiempo, advirtió que "siempre" estará "del lado del combate a la desigualdad, en la defensa de los sectores más vulnerables y la integración social". "Esta no es una lucha entre imparciales y yo no soy neutral", enfatizó la jefa de Estado, al dejar planteado un compromiso electoral que va más allá de un programa de gobierno y que apunta al centro de cómo interpretan la vigencia de la democracia un conjunto de gobiernos sudamericanos luego de la crisis en la que entraron los postulados del Consenso de Washington. De todos modos, no deja de ser una incógnita a develar, una que probablemente pueda ser respondida sólo en forma colectiva, cómo conjugar esas dos pretensiones. La de gobernar "para todos" pero no ser neutral frente al sufrimiento de "algunos" y, en el mismo sendero, cómo enfocar las energías políticas para sostener el respaldo de las mayorías, dando cuenta también de los "sectores" que "obviamente tienen intereses", como lo planteó también la jefa de Estado.

En principio, no hay ruta prefijada para dar cuenta de esa idea paradojal de la democracia, como ámbito donde todos tienen un lugar pero en el que las máximas autoridades plantean un espacio de incertidumbre en el que puede emerger "lo nuevo", lo que "no tendría por qué ocurrir" si se siguiera al pie de la letra una supuesta "neutralidad" vinculada a cierto ideario liberal. Se trata de una visión según la cual la presidenta articula los intereses del conjunto pero a la vez tomando "parte", y que recupera y actualiza de manera bastante concreta ideas presentes en el primer peronismo. La visión expresada por Cristina difícilmente pueda conjugarse con la noción de que el movimiento político que integra es capaz de mutar para "tomar cualquier forma", o que se trata de una fuerza que puede "encolumnar" a sus dirigentes tanto para producir exclusión social como integración en un marco democrático y solidario.

Definido ese contexto, ¿qué políticas públicas deberían ser asumidas como prioridad por el gobierno en los próximos cuatro años? ¿Qué políticas deberían reformularse? ¿Con qué recetas buscará la presidenta cumplir con ese objetivo? En primer lugar, debemos indicar que no es fácil responder a esa cuestión con un panorama político que presenta características inéditas. El que iniciará la presidenta a partir del 10 de diciembre de 2011 es el tercer período de gobierno liderado por el sector político que encabeza, con el mayor respaldo electoral registrado en los últimos cuarenta años (hay que remontarse a la elección de Perón de septiembre de 1973 para tener medida del tamaño del apoyo popular). A su vez, Cristina superará entre otros récords históricos el de ser la única mandataria en el país que pudo recuperarse electoralmente de una derrota legislativa de "medio término", o haber sido también la primera presidenta en ser reelegida con semejante ventaja respecto a la primera minoría. En ese sentido, la incorporación de la jefa de Estado al conjunto de dirigentes reelegidos muestra a las claras la relevancia que ha logrado el kirchnerismo en los últimos años de la vida política nacional.

Un activo de enorme importancia para el gobierno ha sido la construcción de una esperanza de futuro para millones de argentinos a lo largo de estos ocho años. Los antecedentes históricos (crisis internacional 2008-2009) revelan que la actual gestión fue buscando en la práctica mecanismos para que una situación externa adversa no pesara en forma directa sobre las espaldas de los sectores populares. En ese sentido desde el Poder Ejecutivo Nacional se marcó una línea macroeconómica que apuntó a la ampliación de los niveles de gasto público (lo que incluyó obras de infraestructura y servicios sociales), la actualización de la discusión salarial a partir de paritarias (que beneficia a los trabajadores "en blanco" y sindicalizados) o la reformulación periódica de los niveles de Salario Mínimo (que impacta de manera positiva en los puestos de trabajo informales), entre otras medidas que tienen como denominador común una lógica que se aleja del recetario ortodoxo. En esa línea, el primer capital político para el gobierno será el de mantener la estabilidad económica ante el impacto que pueda tener en el ámbito local la nueva etapa de la crisis financiera internacional. Se trata de superar obstáculos importantes si se tiene

en cuenta que el entramado productivo nacional es más sólido y vital que al inicio de la etapa kirchnerista, pero, como ocurre también en otros países de Sudamérica, aún sigue mostrando rasgos de "primarización" y "extranjerización", lo cual requiere de más esfuerzos para sumar valor agregado y evitar la vulnerabilidad ante shocks externos.

Por otra parte, el gobierno nacional ya hizo explícitas sus metas en materia productiva tras anunciar el Plan Estratégico Agroalimentario y Agroindustrial, que apuntará a lograr que en diez años la Argentina alcance una producción de granos superior a los 157 millones de toneladas (frente a los 100 millones actuales) y que la producción de carne se incremente en un 70 por ciento. En el mismo sendero, el anuncio del Plan Estratégico Industrial 2020 es otra de las estrategias que el gobierno intentará apuntalar, con metas que incluyen la creación de un millón de nuevos puestos de trabajo y la elevación del superávit comercial en 28 mil millones de dólares. Sin lugar a dudas se trata de grandes desafíos en el marco del mandato por una "profundización del modelo".

En materia social, la administración kirchnerista tendrá en el horizonte continuar reduciendo la desigualdad mediante políticas sociales activas que redunden en una mayor disminución de la pobreza y en el achicamiento de los niveles de trabajo precario. Durante estos ocho años de gobierno, la pobreza y la desocupación han disminuido sustancialmente por intermedio de políticas orientadas claramente a ese fin: la creación de puestos de trabajo (en buena medida "en blanco"), la política jubilatoria y la Asignación Universal por Hijo (AUH) se convirtieron en medidas centrales de este proceso político. Así, las mejoras en la calidad de vida de las capas más pobres de la sociedad resultan palpables, pero convertir esos avances en reducciones significativas de la brecha de desigualdad constituye una tarea de gran dificultad, como lo demuestran las marchas y contramarchas que en este aspecto se registran en toda Sudamérica. Sobre la base de la mejora de la situación de empleo y alimentaria de la mayoría de la población durante los últimos períodos de gobierno, es probable que las demandas de la comunidad se orienten a obtener una mayor calidad de los servicios sociales (educación y salud, en particular). De igual modo, todos los aspectos que hagan a la mejora del hábitat urbano en cuanto a vivienda y acceso a servicios públicos básicos estarán también, de seguro, entre la agenda de demandas de una sociedad que apunta a que sus hijos tengan una perspectiva más estable y con mejor calidad de vida. Es posible que dar cuenta de estas demandas implique más bien una "sintonía fina" en las políticas públicas y en la capacidad estatal, antes que "grandes medidas estructurales" como las que se registraron en la década posterior a la crisis de 2001. Sin embargo, las capacidades estatales en cuanto a su potencia, eficacia y extensión territorial volverán a ponerse a prueba.

El kirchnerismo atesora en sus manos un poder que supo construir ubicando a la política como herramienta central de la transformación económica y social de nuestro país. Como aprendimos a lo largo de estos años, el poder no sólo se encuentra en manos del Estado, sino que se despliega entre muchos actores con poder de veto. Y también está presente en una sociedad que renueva sus reclamos y necesidades y exige para ello diferentes respuestas. De la solución que pueda dar el gobierno ante ese panorama y de la posibilidad de mantener el complejo equilibrio que implica llevar adelante al Estado con la mirada puesta en "todos", aunque sin ser "neutral", surgirá un paisaje del próximo mandato de Cristina, el primero de una mujer reelegida en este continente.

COPPPAL Argentina - Editorial Sudamericana
Colección América Latina y Democracia

Mariano Fontela
Peronismo y Ciencias Sociales

Buenos Aires, Sudamericana, 2010, 288 páginas

"El objetivo de este libro es revisar los ideales del peronismo a partir de conceptos de las ciencias sociales habitualmente usados en el debate público. Más que aportar a un enfoque estrictamente científico, estas páginas contienen la estructura de una propuesta conceptual que podría servir para la práctica política, analizando alternativas para vincular aportes del mundo académico con los principios de justicia social y soberanía popular".

Enrique Del Percio (compilador)
Prejuicio, crimen y castigo

Buenos Aires, Sudamericana, 2010, 352 páginas

"No hay mejor indicador del fracaso de una sociedad que la cantidad de policías que se le reclama al Estado. Por eso en este libro se habla muy poco de la policía. Se analiza en cambio el problema de la seguridad integralmente, desde las condiciones sociales para evitar la delictividad hasta la prisión como su castigo, pasando por el lavado de dinero, la inteligencia criminal, la violencia y el perdón, el papel de los medios o la crisis del derecho penal, entre otros temas".

El Estado perturbador

2011-2015

Por Carlos Caramello

"La política se hace
o se padece"
(George Bernard Shaw)

Convengamos: la matriz del "Estado Mínimo" ha sido derrotada. Primero en los hechos, luego en el discurso. El estallido de la burbuja hipotecaria se llevó puesto algo más que algún banco de "segunda" y a las economías de unos cuantos países considerados "ídem", más allá de pertenecer a la Unión Europea. Y si no provocó otros desastres fue precisamente porque el Estado salió al rescate de un montón de entidades bancarias, empresas y hasta economías regionales que bailaban en la cubierta del Titanic, al son de una orquesta llamada "Sobregiro", y pagaban la adición con tarjetas de crédito. Los consultores, por su parte, han tenido que revisar rápidamente sus papeles y empezar a adecuar su prédica. Ya no hay "fin de la Historia" (síntesis del pensamiento de Francis Fukuyama: "podríamos resumir el contenido del estado homogéneo universal como democracia liberal en la esfera política, combinada con un fácil acceso a video caseteras y estéreos en lo económico"), ni mito tecnológico (Fukuyama no puede entender que ni la historia se terminó, ni la tecnología va a acabar con el hombre), ni muerte de las ideologías, ni mercado regulador que valgan. El liberalismo no resultó ese Estado homogéneo de Fukuyama. Y la cuestión de clases finalmente no fue resuelta, sino mudada a otras desintegraciones más profundas, entre las que la xenofobia aplica como eje de las discusiones que hoy se dan entre los países expulsores y los inclusivos.

Pero… Pero… algunas palabrejas, determinados vocablos, ciertas voces parecen no haber perdido vigencia. Se han salvado del derrumbe, como esos enseres innecesarios que suelen mostrarnos las cámaras noticiosas cuando filman lo que ha quedado luego de un terremoto. Accountability, gobernanza, sunshine act –y tantos otros– son términos o expresiones rémoras de un tiempo que, sin lugar a dudas, fue. Pero al que los nostálgicos no quieren abandonar del todo. Entonces, esas vetustas voces aparecen a cada rato salpicando el discurso para-estatal: en los papers, en los congresos, en los diagnósticos y hasta en las notas de los medios de comunicación cómplices, que tampoco quieren que el cambio se produzca del todo. Y, detrás de ellas, la idea rectora, la construcción insignia, la madre de todos los apotegmas: "una ética de Estado". Ríos de tinta han corrido (y aún lo hacen) en nombre del derrocamiento de los males deformantes del Estado: clientelismo, patrimonialización de lo público, corrupción y desconfianza social (sólo por nombrar los más comunes). Días de seminarios se gastan en alimentar aquella desconfianza solapada que merece el Estado, una mirada torva dirigida a esa administración pública que no termina de profesionalizarse y que depende "demasiado" de la política (léase del gobierno de turno). Un Estado ético, sentencian. Y uno siente algo así como que el Estado es juzgado desde la óptica de ese neoliberalismo que soñó con su desaparición. Que los veredictos y recomendaciones reproducen la matriz de un diagnóstico con fecha de vencimiento que, sin embargo, es consumido con delectación, aun a riesgo de empacho.

Lo que le molesta a Fukuyama –y a todos los que aún hoy apañan sus teorías– es que a "esa visión histórico finalista que tiene, no le sienta muy bien que el Paradigma Paternalista de Dominio sobre el que se ha basado la expansión económica occidental, ese paradigma que él cree es la culminación de la Historia Humana, empiece a estar en peligro por una nueva visión cooperativa y 'femenina' de las relaciones sociales, políticas y personales", como sostiene Fernando García Hernández. Si esto es como dice este joven investigador español –y yo creo que es así–, la mirada crítica hacia los Estados débiles no debe intentar formalizarlos, tornarlos más estructurados, más solemnes de toda solemnidad, más lejanos… sino todo lo contrario.

Hay que dejar atrás la pretenciosa llamada a pensar una Ética del Estado y pensar en construir una Erótica del Estado. Abandonar esa traza de acartonamiento y formalidad a la violeta, que sólo consigue espantar a propios y ajenos, y ponerse más a tono con una sociedad que ha mudado de los arcaicos paradigmas de la Modernidad y, aunque no lo haga conscientemente, abraza con fervor las nuevas propuestas de satisfacción y gozo que la posmodernidad le alcanza. "La hipótesis central, es la de que, más allá de la ética y la moral, y de su evidente desdibujamiento en el mundo contemporáneo,

el sujeto actual traza los lineamientos de conducta desde sí mismo, amparándose más que en la ética o en decálogos de comportamiento, en la conquista de derechos individuales y colectivos, donde la vivencia erótica adquiere un lugar privilegiado de conquista y respeto. El sujeto moderno, más que ético, será un sujeto erótico, que desplegaría su vida. Entre la vivencia de su más recóndita intimidad y la frontera protectora del derecho, delimitando a su paso un sendero que se cubre con las huellas de su propia cotidianidad", explica Gustavo Barona Tovar, psicólogo de la Universidad Nacional de Colombia y Magíster en Filosofía de la Universidad del Valle.

Entonces, si el objetivo es mayor participación de la sociedad en el Estado, en lugar de trabajar sobre la culpa de sus agentes, la Administración Pública debe trabajar sobre el deseo de los ciudadanos. Aceptar su costado "femenino". Es más, hasta abusar de él. Seducir, conquistar, generar un deseo tan intenso que haga que el Estado vuelva a ser parte integral de la vida de los ciudadanos. Ya no como Estado protector sino como Estado provocador… y hasta perturbador, si se pudiese.

Un Estado que se parezca más a la época que gestiona y controla que a los propios padres que lo engendraron. Maleable, dúctil, fascinante, incluso algo caprichoso… pero tan encantador como para que los propios empleados públicos que lo habitan vuelvan a sentirse orgullosos de trabajar en el Estado… Casi tanto como si bailaran por un sueño.

La hora de las mayorías

Por María Belén O'Brien

"No hay que creer que estamos organizados. Todavía no lo estamos. Una fuerza política no se organiza en cinco años, porque la tarea de persuasión, de educación, de infiltración de la doctrina en el espíritu de los hombres no puede realizarse en tan corto tiempo". (Juan Domingo Perón)

Argentina inicia por primera vez en la historia un tercer ciclo de gobierno nacional y popular consecutivo, liderado hoy por Cristina Fernández de Kirchner. No hay mejor aporte que se pueda hacer desde un lugar militante que una visión crítica y constructiva desde y para la propia militancia.

En estos últimos ocho años hemos asistido a un proceso de reconstrucción de la Nación que no tiene precedentes desde la recuperación de la democracia. Nosotros, los jóvenes, nos hemos sentido convocados desde el poder político y desde las organizaciones a participar activamente en la construcción de una Patria Justa, Libre y Soberana. En ese trajín, la reivindicación, defensa y apuesta por el reconocimiento de los derechos de las minorías de nuestro país fue una experiencia ineludible y enriquecedora. La ley de matrimonio igualitario, emblema de esta etapa, llevó al espacio público una vez más a compatriotas cuya voz había sido silenciada durante largo tiempo.

Pero los desafíos continúan, y para ello es necesario reflexionar acerca de la profundización que tanto ansiamos. En ese sentido, la pertenencia a un espacio colectivo no puede seguir postergada. Que determinadas políticas públicas nos convoquen y que la identificación con un sector de la sociedad nos genere ansias de participación es importante. Pero más aún debe ser reconocernos en la colectividad, en un proyecto que exceda ampliamente aquello que nosotros consideramos necesario, identificándonos una vez más con los intereses del resto de la Nación. Sentirnos herederos de la historia de la Resistencia, la recuperación de la democracia y los 70, implica la responsabilidad de trabajar codo a codo con los sectores más desfavorecidos, con las mayorías. Sí, luchemos para la profundización, pero seamos conscientes de que nuestros enemigos, aquellos que nos quieren desunidos, atomizados, no buscan destruirnos a nosotros particularmente. Al gorila le molesta la masa. Al gorila le molesta que sean los sectores populares los verdaderos destinatarios de las políticas públicas de este gobierno nacional. Junto a ellos debemos situarnos siempre, incluso a veces postergando nuestro propio beneficio individual. Nuestras conquistas liberales no signifiquen nada para nosotros frente a la posibilidad abierta de la dignificación de los humildes, nuestro proyecto individual se funda una vez más, como alguna vez lo fue, en el destino de la Patria toda. Los derechos conquistados son y van a ser celebrados. Pero es fundamental avanzar en una segunda etapa, aquella en la cual los verdaderos protagonistas de esos derechos, aquellos que efectivamente necesitan del Estado, puedan empezar a ser conscientes de los mismos y, fundamentalmente, a defenderlos. Y para ello lo esencial es la promoción de la organización comunitaria a partir de la militancia política.

Uno de los mayores desafíos debe ser el de la militancia integral, en la academia y en territorio. Porque de nada sirve la formación por la mera necesidad de formarse intelectualmente, si no acompañamos nuestras ideas con proyectos, nuestras reflexiones con "patear la calle", nuestras convicciones con el trabajo cotidiano mano a mano con nuestros vecinos de los barrios más marginados de los grandes centros urbanos. Creemos en este proyecto nacional, popular y latinoamericano. Ya lo dijo Juan Perón en Conducción Política: "no es suficiente conocer la doctrina, lo fundamental es sentirla, y lo más importante es amarla". Pero ese sentir colectivo, sudoroso, guerrero, pasional y, por sobre todas las cosas, responsable y comprometido, debe estar acompañado del hacer. Esa convocatoria que vino desde arriba, ingeniosa y arriesgada, debe ser replicada con un llamado a la organización desde abajo. Ser parte de la voluntad popular requiere que dejemos nuestras convicciones individuales, para formar parte de los compromisos de y para el pueblo.

Más allá de las elecciones, opciones por un proyecto

2011 2015

Por Carlos Campolongo

Luego de un año electoral intenso, que culminó con una contundente reelección de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, la sugerencia acertada de Debates y Reseñas convoca a construir un eje vertebrador: contribuciones sobre (el deber ser) temas y problemas para la acción política del gobierno y el peronismo en los cuatro años próximos. Y para que no se licue en el laberinto de la letra desplegada, quisiera destacarlos desde un principio:

a) Organización. En el justicialismo, su fundador, el general Juan Perón, insistió siempre en la organización. A distintos niveles. En lo nacional, en lo partidario y en representaciones sociales, productivas o culturales. Diferenciando entre la conducción política y la burocracia, tomada muchas veces como "botín de guerra" de la facción ganadora de una elección, y perdiendo profesionalidad.

b) Lucha contra la pobreza. La matriz, la razón de ser de nuestro movimiento fue, es y será la integración social modelada a través del principio de la justicia social. Como valor supremo para la paz, la convivencia, el despliegue de la iniciativa y el esfuerzo de cada persona, el cuidado de la vida y la defensa de la sociedad.

c) Autoconciencia de nosotros, los justicialistas, que desde 1983 hemos sido actores –con distintos grados de responsabilidad– de gran parte de la dominancia política a lo largo de estas casi tres décadas. Y con sinceridad preguntarnos: ¿hemos hecho lo necesario y suficiente conforme a nuestro ideario político?

d) Proyecto estratégico de país, no solamente en cuanto a su hipotético lugar en la región y en el mundo, sino también a cuestiones internas. La distribución demográfica de polos (polis) urbanos, el examen de las reales posibilidades de viabilidad de la actual división política del territorio y, en su caso, el coraje para encarar un proyecto paulatino de regionalización equilibrada y sustentable.

e) Lo anterior implica todos los aspectos básicos de un Estado organizado para la planificación concertada, en comunicaciones y transporte (especialmente ferroviarias), infraestructura, previsión de proyecto energético, protección de los recursos naturales y condiciones ambientales.

f) Promoción de grandes usinas de ideas políticas, atentas a las nuevas condiciones urbanas y su evolución, dando respuestas a los nuevos malestares de interacciones cotidianas, servicios públicos, impactos ambientales, esperas, convivencia, etcétera, al mismo tiempo que con otras cuestiones, como las situaciones de riesgo, especialmente de ciertos grupos vulnerables y extendidos de adolescentes y jóvenes a las situaciones por adicciones y desenfreno en los necesarios procesos de identificación, y una creciente violencia pública y privada.

g) Mayor conocimiento aplicado a la producción creadora de fuentes laborales para el aprovechamiento integral de las materias primas, en lo que un autor muy interesante que viene del mundo empresarial (Gunter Pauli) denomina la "economía azul", que son iniciativas innovadoras que aprovechan el conocimiento acumulado durante millones de años por la naturaleza, transfiriendo esa lógica del ecosistema al mundo empresarial.

h) Reforzamiento de las funciones básicas del Estado en cuanto al aseguramiento de la salud y educación, en el marco de una creación de puestos de trabajo genuinos, y definitivamente y sin espejismos, el acceso a la vivienda propia.

i) Desarticulación del crecimiento incesante del clientelismo y de las formas de tipo mafiosa y camorrista que tienden a prevalecer sobre la pertenencia al sistema nacional como tal. El narcotráfico es un grave problema que no tiene la represión adecuada. Bajo nuevas condiciones, en nuestro país no solamente creció el consumo de droga en toda la escala social, sino que nos hemos convertido en país exportador y elaborador de droga sintética.

j) Cambio profundo de la matriz educativa, para que el aula no resulte un espacio aburrido frente a las presiones y proposiciones externas que van a contramano de los objetivos de escolarización. No nos conformemos con mayor matriculación y menor calidad educativa. Hasta aquellos que defienden apreciablemente la educación pública deberían examinar sus propias actitudes, algunas veces intransigentes.

Estos vectores, de insuficiente enumeración por cierto, deberían ser las llamadas políticas de Estado. No entraré en una vana discusión semántica. La cuestión para otorgarle sentido es claro: la comprensión, por parte de la sociedad, sus gobiernos, sus sectores

dirigentes y sus instituciones, de que nada se logra sin un proceso sostenido en el tiempo. Sin rigideces, pero sí con esa idea estratégica que mencionábamos arriba. Esta fue en buena medida la puesta en práctica de la concepción justicialista del Estado, el poder y los valores. Y que con aciertos y errores, con los cambios a todo nivel registrados con las revoluciones tecnológicas, las formas globales de producción y comercio, el peso del sistema financiero y otros factores, siguen estando vigentes como principios.

Durante la campaña electoral nacional, de la cual fui partícipe activo dentro del Peronismo Federal, presencié un sinceramiento absolutamente inesperado. Un debate entre la nueva élite de consultores políticos. Uno de los participantes, bastante allegado al gobierno, confesó ante una pregunta: "este gobierno (por el kirchnerismo) no tiene proyecto. Gobierna en el día a día". Amén. Es difícil escribir con las reverberaciones de la contundente reelección de la presidenta. Digo, al menos, para quienes venimos teniendo desde hace varios años –por lo menos desde 2006– crecientes diferencias con el gobierno. Pero aun así, y aunque no suele muy razonable –o como suele decirse ahora, políticamente correcto–, creo sinceramente que esa proyección, ese pergeñar el tiempo por venir en la acción política, no puede separarse de lo ya actuado, lo realizado desde 2003 hasta hoy. Tan aceptable como la cifra del 54% afirmativo es la conocida volatilidad y los espasmos de la opinión pública en estos tiempos de rápidos contagios colectivos. La opinión pública no connota organización.

Durante la campaña electoral insistí, reiteradamente, que era falso el dilema de profundizar o no el "modelo" planteado por el oficialismo. Nuestro país no tiene un modelo y este gobierno se basó en un razonable esquema económico que pudo funcionar aproximadamente hasta 2006. Pero una obviedad: "esquema" no es "modelo". En su última alocución ante el Parlamento Nacional fue el propio Perón el que bosquejó el siempre mencionado y nunca instrumentado Proyecto Nacional para el Modelo Argentino. Y en esa pieza, la economía era un capítulo que se articulaba en esa visión integradora –de temas y problemas– que debe tener la Política (así escrita, con mayúscula).

El esquema, como era previsible, se agotó, y en el presente muestra sus debilidades. Otra vez, como siempre, enamorarse del instrumento implica el riesgo de perder la perspectiva. Supimos de "la tablita" (Martínez de Hoz), el "1 a 1" (Menem, Cavallo, De la Rúa… y hecatombe). Un ex ministro de Economía me confesó que alguna vez le dijo a Néstor Kirchner: "cuidado con las medidas del seudo progresismo, pueden ser la apertura para la derecha económica". Lejos de la hermana Casandra, en estos días estamos asistiendo a un giro evidente de ajustes necesarios, pero me temo que tardíos. Con el agravante de una baja intensidad institucional democrática y mucho tiempo perdido. Lo digo claramente: no estoy augurando ninguna crisis explosiva, estoy advirtiendo sobre el traslado inexorable de los conflictos a la arena social. Pero en un marco de débil organización social y política. Esa es la cuestión.

Arriba mencioné el tiempo. La representación que tenemos del tiempo, cómo experimentamos y vivimos la temporalidad, es un componente simbólico importante que influye en nuestras interacciones y proyectos como sociedad. En el psicoanálisis hay una proposición para interpretar el tiempo al revés de lo que la razón propone. Quiero decir, la posibilidad discursiva de referirnos bien diferenciadamente al pasado, al presente y al futuro. Mi sendero en esta ocasión va a parecerse a lo que técnicamente se llama en la clínica de esa disciplina el apres coup que aborda la dimensión de la temporalidad y la causalidad específica de la vida psíquica. Puede ayudarme en la claridad de lo que quiero expresar. Consiste en el hecho de que hay impresiones o huellas mnémicas que pueden no adquirir todo su sentido, toda su eficacia, sino en un tiempo posterior al de su primera inscripción.

Sin hacer indebidas mixturas de política y psicoanálisis, sólo para ser lo más fielmente posible a mi pensamiento, puede decirse que las huellas de la continuidad hasta el presente insisten, activan, una y otra vez, la crisis de finales de 2001. De allí la transición hasta la elección de Néstor Kirchner por abandono del entonces humillado ex presidente Carlos Menem, que a su vez, fue denostado y hasta con toques testiculares para conjurar la mala suerte que se le endilgaba al imperecedero riojano. Y como en política se dice que todo es posible –ya no es el arte de lo posible–, los disvalores como la deslealtad, la traición y el engaño deben ser reconocidos, a riesgo de ser tildados de ingenuos, idealistas o medio idiotas. Por aquellos acontecimientos empiezan las condiciones de posibilidad para unos cambios profundos que no alcanzarán a ser ejecutados en un período de cuatro años. Pero no sería honesto intelectualmente si no señalase que esas huellas son más extendidas en la memoria política colectiva. Al menos por las distintas generaciones hoy vivientes. Desde una guerra perdida, el terrorismo del Estado, las hiperinflaciones, la crisis de 2001. Experiencias catastróficas. ¿Se borran con mucha propaganda, discurso prometedor, afirmación de que estamos mal pero vamos bien, o que hay que profundizar el modelo? No es este el lugar para extenderse más sobre eso. Pero que esas catástrofes, miedos, histerias, están latentes en la proyección sobre el futuro, creo

que es innegable. Aunque en la superficie parezca que el tiempo lo hizo olvidar. Estas y otras cuestiones de incertidumbre y falta de horizonte de vida –sobre todo para los jóvenes– son, para todos, regresivas hacia conductas individualistas, consumistas, egoístas, que no podemos mitigar fácilmente como sociedad. Desarrollando el estado de situación de algunas de las cuestiones ya señaladas que se proponen como prioridades para los próximos cuatro años, dejo en claro que no son responsabilidad total de este gobierno.

La investigación reciente sobre las "Deudas Sociales del Bicentenario 2010. Una etapa de esperanza y oportunidades para superar la pobreza", realizada por Caritas y una universidad privada, prueba empíricamente lo que cualquiera que tenga preocupaciones o circunspección frente a problemas graves intuye por experiencia y lectura de esa fragmentación informativa que solemos llamar noticias. No podemos ni debemos "naturalizar" esas "deudas", y tampoco seguir sólo con la política del asistencialismo y el clientelismo, o "colonizarlas" con anuncios espasmódicos y palabras vacías, olvidando las interacciones concretas de individuos y grupos. Dice textualmente el informe: "en la actualidad –según datos del Censo de Población del INDEC de 2010–, el Área Metropolitana de Buenos Aires ocupa una superficie total de 2.590 kilómetros cuadrados y reúne 12,8 millones de habitantes, lo cual representa una concentración cercana al 32% de la población total del país; asimismo, produce alrededor del 40% del PBI nacional. Debido a esta destacada participación económico-demográfica, el área metropolitana se ha constituido en el centro productivo, comercial, financiero y político más importante del país. Mientras que el 23% de toda su población reside en la ciudad Capital (2,9 millones de habitantes), el 77% lo hace en el Conurbano Bonaerense (9,9 millones de habitantes)". ¿Cuánto de influencia tiene en esta densidad demográfica el "fondo de reparación histórica del Conurbano", que fue pan para hoy y hambre para mañana? Al menos revela la imposibilidad de pensar políticas estratégicas, en conjunción con la ilusión de la "teoría del derrame", de la cual no está exenta este gobierno. Y sigue la investigación con esta consecuencia: "en lo que refiere a inseguridad ciudadana, si bien quienes declaran haber sufrido delitos son en mayor medida las personas con inserciones socioeconómicas, laborales y residenciales más favorables, se confirma que el problema está mucho más generalizado que otros indicadores de desarrollo humano e integración social. Un resultado de ello se observa en el hecho de que el miedo a ser víctima de un delito alcanza a todos los sectores por igual, poniendo de manifiesto que la inseguridad es un tema que atraviesa a toda la sociedad". En sus picos emocionales hubo quienes cedieron al oportunismo de las soluciones fáciles: aumentar las penas, sin tener la valentía de un discurso que escapase a las dicotomías simplificadoras de la "mano dura", "gatillo fácil", etcétera, y sin preocuparse por desactivar la multicausalidad que tiene el problema grave y complejo de la inseguridad. Otra vez: no sirven los parches y las improvisaciones, ni presentarse frente a la televisión cuando aparece el cadáver de una niña de once años asesinada. Dramático y contundente, el informe sobre la "deuda social" es un inventario mucho más extenso.

Sólo me pregunto si es posible el cambio social continuando con el status quo. El que forjan diversas causales. Me pregunto si en la ecuación costo-beneficio, cuantitativa y cualitativamente, no vale la pena encarar una desacumulación de pobreza y hacinamiento con un compromiso de arraigo inducido, antes que negocios sobre cloacas y aguas potables a paso de hormiga y siempre atrás de los acontecimientos. No me conformo con los diagnósticos. El peronismo, los peronistas de verdad, queremos una nueva "revolución" social. No la de la "caja" y el "contrato". La del compromiso y la entrega.

Es necesario tener como objetivo la organización, la vertebración sistémica, gobernar articulando consensos, con menor individualismo en la toma de decisiones. El personalismo no puede ser sino una solución transitoria, adaptada a la existencia de un hombre o mujer de Estado de clase excepcional, raramente disponible. En definitiva, se debe influir en cambios de los significados vividos por los actores sociales, individuales y colectivos, y por lo tanto acotar una alta probabilidad de situaciones de oposición-aceptación, ya sea de tipo activo (conflicto, rebelión, instrumentalismo, oportunismo) o de tipo pasivo (desviación, rutina). Se requiere una redefinición de las bases generales de la solidaridad, de los vínculos sociales, frente a las fuerzas opuestas de tipo particularista o individualista, rediseñando las bases mismas de nuestra convivencia social.

Esa convivencia debe tener gestos muy fuertes de parte de quienes cumplen funciones políticas. ¡Ejemplaridad! Esto no es moralina. Es ética en el comportamiento. No se trata de una moralidad negativa de defensa (al estilo de la doctora Elisa Carrió), porque no alcanza. Al contrario, es una incitación positiva, que apoya poderosamente la modelación de la sociedad. Es una condición, no la única por cierto, que funciona como un potente motor constituido por el sistema de valores de la comunidad. Este sistema de valores es capital en cuanto tiende a definir y a promover una "rebelión", y no una "deserción", de

los sectores dirigentes como factor de progreso. No quiero entrar aquí en la discusión sobre la necesidad de las élites como una realidad de la organización y muy distante de una posición de privilegio, sino –por el contrario– la necesidad es de esfuerzo, de servicio, de austeridad… de creatividad. Toda civilización se caracteriza por su concepción de las élites (cuando calzan verdaderamente con el sentido positivo de la palabra), por su capacidad de reflejar y reforzar los comportamientos correctos, para reconocerles autoridad en los cursos de acción que deciden a través de instituciones. Así se generan estímulos que poco a poco influyen en toda la sociedad y le imprimen una traza particular.

El Estado, demonizado exageradamente en los 90 pero actualmente impotente en un antifaz que no cubre su esclerosamiento, fue objeto de ciertas críticas justas. Pero el peronismo no fue capaz de diseñar una alternativa que modernizase, ordenase y diese inteligencia y eficacia a sus funciones reguladoras. Tampoco lo hizo el kirchnerismo. No solamente eso, sino que el cuadro dislocado de privatizaciones no fue modificado sustancialmente. Ni en la normalización de gran parte de los organismos reguladores, ni en sus potestades, y tampoco en los marcos regulatorios. Aquel Estado ineficiente de los 90 fue pródigo en subsidios, mucho más allá de la crisis de 2001. Eso que expresa el "capitalismo de amigos" extendió su beneficio a los capitalistas del juego.

Como se acaba de ver, las transformaciones previsibles son considerables en todos los dominios. Ninguna fórmula específica es inevitable, pero habrá seguramente un cambio profundo a mayor o menor plazo. En este hervidero de proyectos, podemos distinguir lo que sólo puede realizarse por etapas y ajustes progresivos –los conceptos fundamentales, la moral y las estructuras económicas– de aquello que debe resultar de decisiones conscientes en el orden gubernamental: confirmar, siempre y bajo cualquier circunstancia, el deber de construir un porvenir.

"Desvaída en ciertos grupos sociales urbanos, discutida o negada por algunos intelectuales, [la identidad cultural latinoamericana] –para nosotros innegable– ha alcanzado un alto grado de autoconciencia, reconocible en propuestas teóricas y orientaciones políticas originales. Su impronta inconfundible se hace evidente en la cultura popular y en las artes, pero también puede ser estudiada –como lo ha sido por una valiosa corriente de pensamiento e investigación– en los comportamientos históricos grupales e individuales, lenguaje, cultos, tradiciones, instituciones, leyes, jurisprudencia y modalidades concretas de la vida.

La identidad, flexible y en proceso, de América Latina, se obtiene también por comparación con otros grupos o países, como los de la propia Europa, que proveyeron fuertes bases a tal identidad, o con América del Norte, fruto de otra colonización también europea. Enfoques no prejuiciados, desde diversas disciplinas, nos permiten reconocer esa identidad criolla desde la época indiana hasta la actualidad, sin que eso arrastre complejos de inferioridad ni rechazos al mundo. La nueva Cristiandad latinoamericana se diferencia netamente del pragmatismo, el racismo y el fragmentarismo que prevalecen en los países europeos, donde se ha llegado a predicar la tolerancia como última ratio de una sociedad sin valores. En contraste, el hombre de estas regiones se muestra –no en forma pura ni intangible– todavía ligado a la naturaleza, la vida, el sentimiento de pertenencia cósmica, el habitar, la solidaridad, las utopías.

América Latina, sociedad mestiza, multiétnica, pertenece a Oriente y a Occidente. Eso dispone a sus integrantes a recoger la herencia ancestral y sapiencial de pueblos no occidentales, y aceptar parcialmente, en función de su identidad, las propuestas del mundo altamente tecnificado. [El] perfil mestizo del subcontinente [no] podrá ser reconocido desde una sola vertiente de su formación, ni con prescindencia de alguna de ellas. América Latina se revela como encuentro casi excepcional de Oriente y Occidente. Señalamos también que ese perfil de identidad, variado en los países que componen el todo, alberga distintas lenguas indígenas y africanas, pero ha adoptado como lenguas generales las lenguas latinas, el español y el portugués –en menor medida el francés– matizados de distintos modos y con diferentes acentos americanos de Norte a Sur. De modo análogo, cultos ancestrales se sincretizaron y hasta cierto punto amalgamaron bajo el predominio del humanismo católico, que es otro gran factor unificante de pueblos. Estas son realidades que sólo fuertes prejuicios ideológicos contrarios a la evangelización pueden ignorar. (...)

La integración latinoamericana se está cumpliendo ya en diversos campos y niveles. Lo deseable es que sus avances, lejos de realizarse sobre cartillas abstractas o modelos ya dados en otras latitudes, tengan en cuenta la identidad de sus pueblos, proclamada por sus pensadores, políticos y escritores".

Graciela Maturo: La opción por América
Rosario, Fundación Ross, 2009

Esperanzas y desafíos del peronismo para el siglo XXI

Por Guillermo Justo Chaves

Ante la convocatoria de la coordinación editorial de Reseñas y Debates para seguir reflexionando acerca del peronismo, surgen rápidamente los mismos interrogantes que aparecieron luego de la desaparición física de Juan Perón, en aquel julio de 1974. ¿Qué es el peronismo hoy? ¿Cómo interpretarlo? ¿Hacia dónde va? Mi propósito en este breve aporte a la revista será intentar encauzar algunas cuestiones, como para poder empezar a buscar las respuestas que muchos de nuestros compañeros y compañeras no quieren, no pueden o no se animan a encontrar. De modo que, en definitiva, este artículo viene a ser la continuidad del publicado en el número 66, donde la propuesta que emergía era la del necesario debate y actualización doctrinaria. Concluía en aquel escrito con el deseo de que frente a un proyecto nacional victorioso en lo electoral se consolidara la identidad de nuestra fuerza y su perfil ideológico.

La conducción no se discute

Durante el pasado mes de noviembre, en el día de la militancia, representantes del movimiento nacional se encontraron en Río Gallegos a fin de tributar un sentido homenaje a quien fuera además de presidente de todos los argentinos, del Partido Justicialista y responsable de la formidable recuperación de nuestro país, un modelo de militante político. Néstor Kirchner fue reconocido por gobernadores y autoridades del Consejo Nacional Justicialista como la persona a emular. Esa instancia, a su vez, sirvió para ratificar en la conducción –lo que en los hechos era y es una realidad– a nuestra presidenta Cristina Fernández de Kirchner. Es importante remarcar esto porque es el punto de partida para los posteriores análisis que hagamos. El conductor desde la génesis de nuestro movimiento adquiere una importancia superlativa, máxime cuando –como en este caso– ha sido ratificada en las urnas por más del 54% de los votos. Los ocho años de transformación política, económica, social y cultural que hemos vivido con la impronta indiscutible de un gobierno justicialista la legitiman a Cristina más allá de cualquier formalidad.

El tiempo dirá, entonces, si asumirá la presidencia del Consejo o no, según el criterio político que se imponga oportunamente. El presidente Néstor Kirchner, en una situación similar, optó por asumir el cargo partidario como parte de una decisión táctica que fue objetada en ese momento por algunos aliados del proyecto nacional. El tiempo terminó demostrando lo acertada de esa medida. Pero lo que queda absolutamente claro en este punto es lo siguiente: la conducción no se discute. Cristina, como líder del movimiento, cuenta con la autoridad dada por el pueblo en las urnas y sintetiza las cualidades que ostentaba Juan Perón y que luego tuvo Néstor Kirchner. Al carisma y ascendencia como virtudes personales, se le suman las habilidades para ejercer ese liderazgo hacia adentro del espacio. Esas habilidades las podemos resumir en tres: la primera es cómo administra el conflicto; la segunda, cómo hace justicia hacia adentro; y la tercera, cómo interpreta la doctrina. Veamos.

Administración del conflicto. Las tensiones ocasionadas en un espacio político como el justicialismo son moneda corriente. Mantener en equilibrio sectores que muchas veces contraponen intereses, personas o puntos de vista, es una prueba de habilidad importante que Cristina demuestra cotidianamente.

Hace justicia. En el marco del proyecto, distintos actores y protagonistas cumplen diferentes roles y funciones que deben ser llevadas adelante con lealtad, formación política y solvencia técnica. Ella maneja

con firmeza esa habilidad a partir de las designaciones, la asignación de funciones y premios, y también marcando errores y dando por terminados algunos ciclos.

Interpreta la doctrina. En cada intervención pública la presidenta ha ratificado su condición de compañera peronista y militante de la causa popular, y fundamentalmente ha pasado por el tamiz del ideario justicialista todas y cada una de las políticas públicas que lleva adelante su gobierno, preocupándose por remarcar cómo, muchas veces, bajo la máscara de un seudo-peronismo se traicionaron sus principios más sagrados: la defensa de los más necesitados y la búsqueda de la justicia social. Cada uno de sus discursos termina siendo una pulida pieza de doctrina peronista.

Pragmatismo, significante vacío o saturado

Habiendo avanzado con la cuestión de la conducción, llega el momento de introducirse en la definición del peronismo. Los problemas empiezan a partir del año 1955. Antes, la praxis política de los gobiernos de Perón, sumada a los cuerpos de doctrina elaborados fundamentalmente a partir del Congreso Internacional de Filosofía, tenían ordenada la cuestión. Luego del golpe y desde el exilio, el líder pasó a ocupar el centro en la representación de muchas cosas diversas dentro del movimiento. Entre la "burocracia sindical", la "juventud peronista" o "las formaciones especiales", no había nada en común. Cada uno tenía su propia interpretación del discurso de Perón. Había una diferenciación antagónica y de contenidos contradictorios entre los grupos, y según Ernesto Laclau, siguiendo a Freud, el "amor al padre" era lo único que unía a los hermanos. Aparece esta idea del peronismo como "significante vacío". Ferdinand de Saussure decía algo así: los signos componen la lengua, y de los signos abstraemos dos aspectos diferentes, el significante y el significado. El "significado" sería el contenido o el concepto del signo. El "significante", la imagen acústica. Laclau traslada este concepto al peronismo y dice que con Perón exiliado ocurre algo así. El peronismo es un significante sin significado, un "significante vacío". Cada sector le da su propia visión. Pero también podríamos hacer otra interpretación y sumar todos los "significados" que cada uno le da al peronismo, y concluiríamos –con perdón de Laclau– en que es un "significante saturado". En definitiva, llegaríamos al mismo resultado. Ya que si el peronismo es todo, finalmente termina siendo nada.

Todo esto por supuesto ha dado lugar a innumerables análisis, algunos más científicos que otros y no por ello menos valiosos. La definición de Lorenzo Miguel –"el peronismo es comer ravioles con la vieja los domingos"– encierra un componente cultural, popular y sentimental importante. O como alguna vez un gobernador experimentado me confesó: "el peronismo es tener plata y gastarla para hacer obras por la gente". También hay versiones del peronismo como maquinaria electoral, es decir, un dispositivo que se activa durante la faz agonal de la política y cuando se pone en marcha es muy difícil enfrentarlo ("el aparato").

Partido político o movimiento de masas, lo cierto es que la explicación más peligrosa es su calificación de "pragmático". Reflexiono sobre esto porque en nombre del pragmatismo está todo permitido. Bajo la apariencia de lo práctico y eficiente, se dejan de lado principios rectores que en este caso dieron origen a una doctrina política, y bajo el paraguas de la desideologización se terminan justificando acciones y medidas que se encuentran en las antípodas de los valores fundacionales, en este caso del peronismo. Fue lo que pasó en los noventa. Se justificó la desigualdad, la ausencia del Estado, el abandono de los sectores más desprotegidos, el ajuste, todo en aras de la eficiencia y el "pragmatismo" del peronismo. Esperemos haber aprendido la lección. Ya sabemos lo que no somos. Ahora vayamos por lo que somos.

Doctrina y políticas públicas

La doctrina entonces es lo que nos da identidad. Siguiendo con algo de lo anterior, nos aporta "significado". Es nuestra "cosmovisión", nuestra concepción del mundo, de la región y de Argentina. El punto de partida para la discusión consiste en distinguir, en primer lugar, los aspectos esenciales de los secundarios o coyunturales. El objetivo es revalorizar los primeros, y en función de ellos deben derivarse las políticas públicas y su diseño para los próximos años. En el artículo anterior realizaba un paralelo entre las políticas públicas implementadas en los últimos ocho años y los valores de la doctrina. Con relación a los aspectos secundarios o coyunturales, el criterio es otorgarles su dimensión histórica, pero que no obstruyan la revalorización de los esenciales y su realización en el plano de la realidad. En síntesis, que un árbol no impida ver el bosque.

Los aspectos esenciales son indudablemente las famosas tres banderas: soberanía política, independencia económica y justicia social. Hoy, en mi criterio, a los fines de esa revalorización se ubican en dos grandes ejes. El primero es el del valor sustancial del peronismo: la justicia social. John Rawls decía que la justicia social es a las sociedades como la verdad a los sistemas de pensamiento. Esto significa que la justicia social es la columna vertebral de una sociedad, por lo que todas las acciones de gobierno deberían tener como

fin último este valor. Algunos citan como sinónimos a la equidad o la igualdad de oportunidades. No está mal, pero el eje puesto en la justicia social nos ayuda a no desviarnos del camino del verdadero peronismo. Para que haya justicia social tiene que haber universalidad en la titularidad de los derechos, esto quiere decir que el punto de partida es que todos tengamos los mismos. La profundización de las políticas de Derechos Humanos ha de ser una herramienta para lograr este objetivo en los próximos años. El avance en los mecanismos de igualación a partir del reconocimiento de los derechos de las minorías no es más que una continuidad de las políticas implementadas durante las primeras presidencias de Perón, como la patria potestad compartida, el voto femenino o el divorcio, por ejemplo. La profundización en las políticas de redistribución de la riqueza tiene en vista este valor (la justicia social). La reducción de la brecha de desigualdad es otro desafío. Estamos en camino. La búsqueda de la universalidad a través de un sistema solidario, tanto en las áreas de salud como de seguridad social, es un recorrido en marcha pero aún no terminado. Vamos bien. La incorporación de mecanismos de acción afirmativa o discriminación positiva son herramientas que se pueden utilizar a los fines de acelerar los procesos de igualación y de justicia social. Pero el objetivo central es el camino del desarrollo. Donde hay desarrollo (a diferencia del crecimiento) es muy probable que se concrete el ideal de justicia social. Desarrollo es igual a infraestructura más educación. Durante el primer peronismo –y aún hoy es así– el trabajo fue generador de dignidad y por supuesto de subjetividad. Hoy, en el siglo XXI, la puerta de entrada al trabajo digno es la educación. Ella es la verdadera emancipadora de los sujetos. En suma, profundización de las políticas de Derechos Humanos, avance en los mecanismos de igualación, universalización de políticas de salud y seguridad social, mecanismos de discriminación positiva y desarrollo. La profundización del modelo es ni más ni menos que el avance hacia una mayor justicia social.

El segundo eje está integrado por la soberanía política y la independencia económica: son las herramientas al servicio de la justicia social. La actitud proactiva del Estado, ocupando la centralidad de la vida política, tomando las decisiones con autonomía y orientando estratégicamente el rumbo de una Nación integrada a una región consciente de su potencialidad en materia de recursos naturales estratégicos (tierra, agua, alimentos y energía), es la expresión cabal de nuestra soberanía política revalorizada día a día. Y la independencia económica está plasmada en el espíritu de las políticas de desendeudamiento y en las balanzas de pagos fiscal y comercial, así como en la insistencia en la generación de un modelo agroindustrial, con la economía volcada a la producción y con el sector financiero acompañando a la economía "real". Pero, en definitiva, siempre con el objetivo de poner la economía a servicio del pueblo –y no el pueblo al servicio de la economía–, del desarrollo y de la justicia social.

Los aspectos coyunturales o secundarios son los que quedan y no son relevantes. Sería interesante, en un eventual encuentro de debate doctrinario, analizar la vigencia de las veinte verdades. Si la relación del peronismo es con la Iglesia, con algunos ideales del cristianismo (si cristiandad y cristianismo son lo mismo), o eso tenía que ver con el momento histórico de aparición del movimiento nacional. En fin, temas que hoy no influyen en las políticas públicas, pero que muchos consideran parte del peronismo.

Objetividad, certezas e interrogantes

Quienes hayan seguido la lectura hasta aquí y reflexionado sobre las ideas expresadas concluirán que no soy objetivo. Estas líneas están teñidas de una visión generacional diferente de la que disfrutó al primer peronismo o conoció a Perón en vida. Pero tengo la certeza de que es necesario pensar al peronismo desde nuevos lugares, reivindicando los ejes centrales de su ideario a fin de profundizar las políticas públicas en ese sentido, dejando para el folklore o la liturgia lo secundario. Es importante seguir trabajando por la renovación dirigencial, para que el justicialismo sea un movimiento dinámico que esté a la altura de las circunstancias para darle respuestas a la gente, fundamentalmente a los más necesitados. Estamos frente a una buena oportunidad –luego del contundente respaldo popular al proyecto nacional– de generar un ámbito de debate y discusión doctrinaria que nos afirme en nuestra identidad y aleje la posibilidad de que el movimiento vuelva a ser cooptado por la ideología del conservadurismo, la desigualdad y el ajuste. Está en nosotros promoverlo. Es nuestra esperanza y nuestro desafío. Termino confesando que la intención de estas líneas no fue decir verdades, tampoco dar certezas, sino sólo generar interrogantes. Si realmente fue así, entonces valió la pena. El pequeño aporte al peronismo está hecho.

Una agenda para los estados provinciales 2011-2015

Por Eduardo Bustelo y Horacio Cao

A modo de prefacio, digamos que en un país tan heterogéneo –que además presenta la forma federal de gobierno– es imposible hablar de una agenda para "todas" las provincias. En este caso, y más allá de que puede haber elementos comunes a todas las jurisdicciones, esta agenda está pensada para aquellas jurisdicciones que conforman el área extrapampeana y, dentro de éstas, aquellas que han logrado construir un piso de gobernabilidad, un escenario político-económico-social-fiscal que les permite plantearse cambios cualitativos (estamos pensando en provincias como Salta, Chaco, Tucumán, Neuquén o San Juan, en donde se verifican procesos de rápido crecimiento y modernización y estabilidad política, lo que abriría la puerta a plantearse cambios cualitativos en su morfología, inclusive en su secular posición periférica). Ahora bien, estos cambios requerirán profundizaciones más allá de acomodamientos epidérmicos. De eso trata esta agenda.

Agenda y contexto

La perspectiva contextual más amplia, la que involucra el escenario mundial, tiene como elemento más notorio una situación de intenso dinamismo combinado con inestabilidad general. Un escenario móvil con elevados niveles de imprevisibilidad. Esta volatilidad hará necesaria altas dosis de flexibilidad y una extrema astucia para no extraviar el proyecto estratégico en el marco de turbulencias y mutaciones constantes.

En el entorno nacional aventuramos una situación paradojal: el espacio K, sin dejar su esencia plural –peronistas, "progresismos" variopintos, republicanos radicales y emergentes de los movimientos sociales–, empezará a dibujar un perfil más definido a partir del triunfo abrumador del pasado 23 de octubre, pero la inestabilidad que citamos en el párrafo anterior impedirá, al mismo tiempo, establecer ortodoxias demasiado cerradas. Se trata entonces de ampliar el espacio de maniobra, lo que requiere una estrategia política de geometría variable. La construcción de esa "amplitud" supone una supremacía continuada de la política. Ahora, cuán amplia debe ser esa amplitud en una coyuntura en donde la promesa es profundizar el modelo, es una pregunta difícil de responder.

Por último, del contexto local queremos destacar que los microclimas de alta gobernabilidad –que son los que dan plafond para desplegar la agenda que vamos a describir– serán amenazados por la tensión entre sectores modernizadores y un conservadurismo tradicional que atraviesa casi todo el arco político, y que tienen un poder y una capacidad de operación política que es muy difícil de comprender para la visiones que se originan en las áreas metropolitanas (en particular cuando este conservadurismo se articula con el activismo católico). Este microclima tiene una triple dimensión potencialmente muy confrontativa, pues articula tres dimensiones de mucha densidad: conservadorismo cultural, neoliberalismo en lo económico y autoritarismo en lo político.

La agenda del Estado provincial

En cuanto a contenidos concretos de la agenda del Estado provincial, no se espera una ruptura similar a la de 2003, cuando el Estado dejó de ser funcional a la acumulación financiera y pasó al vigente modelo neodesarrollista. Habrá algunas variaciones temáticas en términos de matices, pero lo realmente importante estará en el modo y la intensidad de la intervención estatal. Para quienes se lancen al desafío del cambio cualitativo, la etapa estará cruzada por una exigencia de una mayor sofisticación en la tarea del Estado, que se traducirá en mayores necesidades de institucionalidad y de apertura a la participación. Mayor sofisticación implica profesionalizar el Estado, construir información, incorporar tecnología informática y de gestión. Supone, también, nuevas formas de relación con la sociedad, lo que igualmente tensionará formas tradicionales de construcción política.

Estas ideas parecieran colocarse en línea directa con la profundización de nuevas experiencias de planificación. Ya no "sólo" planes estratégicos –que detallan objetivos y grandes líneas de acción–, sino empezar a vincular metas de actividades, metas y presupuesto, etcétera, que articulen y coordinen el accionar del Estado. Claro está que estamos pensando en un proceso que seguramente se iniciará con pautas indicativas y en el que se irán generando respuestas e instrumentos incrementales sobre la base de la experiencia que se vaya acumulando (estrategias del tipo "muddling through"). En este contexto, varias provincias co-

mienzan a desarrollar ministerios de coordinación, como forma de viabilizar una manera más ordenada, sistemática y convergente de desplegar el trabajo estatal para darle más "responsividad" a las demandas sociales. Serán tareas centrales la implementación de sistemas de información, con recolección sistemática y desagregada de información y publicidad de las mismas, conjuntamente con capacitación del personal del sector público. En este último caso y sólo para dar una idea, el personal del sector público recibe actualmente en promedio tres días de capacitación cada 10 años laborales, y se trataría de pasar a siete días de capacitación por año. Ello redundará en una mejor definición de objetivos estratégicos compartidos, apoyados por adecuados indicadores de "benchmarking" y "social reporting" como hoy día se demanda.

En cuanto a la participación, más allá de un necesario cambio en el "tono" general, podría pensarse en que los legislativos –ampliamente hegemonizados por el oficialismo– se transformen en ámbito de ingreso de la sociedad civil a las políticas públicas. En este sentido, es capital transformar, a partir de su organización, el masivo apoyo electoral de los sectores populares en fuerza política transformadora. Elegir los parlamentos es, además, una buena forma de encontrarle un lugar estratégico a un poder estatal que necesita continuamente legitimarse. Aquí, al tema de la validez de la democracia representativa indirecta (hoy ampliamente cuestionada), deberá buscar responderse con formas más directas, creativas y amplias de participación como modo de legitimación política.

En términos de la gestión concreta, el mayor desafío estará puesto en los tres grandes sistemas que son el corazón de la Administración Pública Provincial –educación, salud y seguridad– y que precisan de un salto de calidad. Las inversiones en infraestructura y el incremento del gasto "de gestión" –por ejemplo, mejoramiento de dotaciones y sueldos, equipamiento hospitalario, pedagógico o policial– han permitido dar una respuesta al rendimiento de estos ítem que podríamos catalogar de aceptable… pero ya se precisan herramientas y propuestas ligadas a estrategias de mediano plazo y a la puesta en funcionamiento de tecnologías de gestión –como se dijo– más sofisticadas, eficaces y abiertas a la población. La educación es un caso especial, dado su rol crucial especialmente en la generación de cuadros para un empleo de mayor calificación. Aquí se necesita avanzar fuertemente en doble escolaridad, en la dimensión crucial de la educación inicial y en el componente de formación técnica del nivel secundario.

La política económica también requerirá de mayor preciosismo. No sólo tomando más y mejores acciones dirigidas a establecer una atmósfera proclive para los negocios y la seducción de inversores. Habrá que pensar con mayor audacia para trabajar sobre la distribución de la renta y los niveles de inversión. En esta dimensión, el papel del Estado es crucial, ya que la base económica es casi toda extrarregional y lo que pudo ser una burguesía provincial tiende a promover políticas prebendarias.

Otro reto estará en la siempre crítica cuestión fiscal: hemos aprendido que una importante porción del poder político y de la capacidad de gestión reposa sobre la fortaleza financiera del Estado. Será importante mantener este aprendizaje tan duramente asimilado. Dentro de este rubro, la cuestión impositiva: las provincias deben asumirla como lo que es, uno de los elementos centrales de la estatalidad, y el que les puede dar alguna autonomía relativa ante las turbulencias que puedan presentarse.

La obra pública seguirá siendo una política central de gobierno, aunque creemos que irá rotando paulatinamente hacia una mayor importancia de la inversión social, con eje en la vivienda que es intensiva en generación de empleo. En particular, y sin dejar de apostar a la construcción de casas para sectores de menores recursos, será necesario comenzar a desplegar políticas de vivienda para la clase media.

Conflictividad social

Este tema tiene una "presencia" insoslayable en la sociedad argentina, consistente con una visión de la política basada en la acción y el antagonismo. Lo que hoy se plantea en el nivel macro provincial es una convivencia entre una política económica neodesarrollista modernizante y la supervivencia de una dimensión cultural tradicional y conservadora. Hay una tensión entre una sociedad que acepta la innovación tecnológica, formas de gestión "modernas" y la incorporación al consumo sofisticado, pero que convive simultáneamente con formas culturales y adhesión a valores "tradicionales". Una sociedad, por ejemplo, que "mira" en los medios masivos de comunicación una propuesta transgresora en el ámbito de muchos valores, pero que en su cotidianidad permanece adhiriendo a formas de organización social hoy seriamente desestabilizadas. Esta polaridad –por adjetivarla de algún modo, como "lo novedoso versus lo tradicional"– permanecerá como una cuestión central en los modos de plantear la política y continuará como una forma de representar una lucha constante entre el cambio y la resistencia. Las implicancias de este antagonismo en el plano del sector público no son menores, particularmente en el educativo. En ese marco, las provincias vivirán y procesarán muchos conflictos que les serán transferidos del nivel nacional, o conflictos de origen nacional que tendrán un impacto directo en el nivel provincial. Por

ejemplo, una huelga en la empresa de transporte aéreo tiene un impacto directo con la suspensión de vuelos que llegan a las provincias.

El tema social tendrá fuerte prioridad en la agenda. Las provincias deberán enfrentar un escenario complejo, en donde un deterioro social no es descartable, ya que el crecimiento económico tendrá menor dinamismo y estará concentrado en actividades de menor impacto en la generación de empleo. La política de ingresos será crucial, particularmente en su relación con el equilibrio fiscal. Las áreas de salud y educación estarán fuertemente presionadas. La cuestión de la tierra y la vivienda colocarán agudas tensiones sobre la gestión social.

Áreas especificas como la minería continuarán generando un clima de controversias políticas y debates de alta intensidad, creando turbulencia social. Esto requerirá un replanteo de la ecuación económica y la dimensión ambiental, particularmente de la mega minería. Este es el mayor desafío para lograr a mediano plazo la viabilidad económica y política de las economías regionales periféricas. Y ciertamente, más allá de esto, está la discusión de un modelo de desarrollo nacional que fuera de toda disquisición deberá implementar una salida hacia el Pacífico, en búsqueda de aproximación e intercambio con el emergente mercado asiático que es hacia donde se traslada la dimensión más dinámica del capitalismo.

"[Desde la segunda mitad de la década de 1950] la imagen del peronismo se hizo doble, y el movimiento proscrito se volvió soporte de lo fáctico y de lo virtual o, para ponerlo en otros términos, del peronismo verdadero pero virtual y exilado, y el peronismo empírico, privado de verdad aunque no de poder. (...) El peronismo verdadero ha sido y es una expectativa real, así como una forma real de ser y de estar en el peronismo desde hace casi cuatro décadas. Para escapar a las dificultades de la definición mejor sería proceder por rodeos, empleando los términos de peronismo fáctico, o empírico, o reinante, únicamente como señales para trazar el contorno de su contraparte, el peronismo verdadero. Hasta el fin de la proscripción, evocar el peronismo verdadero era remitir a una ausencia: la de Perón expatriado o la del pueblo excluido del juego político. El retorno fue en ese tiempo la figura dominante, pero no exclusiva, del rescate. Si se atribuía a los trabajadores la representación del peronismo verdadero, esa representación rara vez se extendía a los dirigentes sindicales. Estos, como la mayoría de los dirigentes políticos locales del movimiento, pertenecían al orden del peronismo empírico, por decirlo así. Ocasionalmente, por lo general en los comienzos de sus carreras, habían sido depositarios del fulgor del peronismo verdadero, pero antes o después terminaban por caer en el peronismo fáctico. El relato de la trayectoria de Eleuterio Cardozo o la de Augusto T. Vandor, para recordar a dos grandes caudillos sindicales del peronismo, era el relato de esa caída. El peronismo verdadero nunca tiene el poder, de modo que la caída en el peronismo empírico ha sido con frecuencia el complemento y la contraparte de un ascenso: sobrevenía cuando el portador ocasional de los signos de las virtualidades del peronismo ocupaba el mando.

A lo largo de esos años, incluso el propio Perón no fue, siempre y en todo momento, el depositario del peronismo verdadero. Al menos no lo fue siempre para todos los peronistas verdaderos (hay que recordar que el peronismo verdadero no tiene una sola versión, ni diacrónica ni sincrónicamente). A veces Perón mismo era colocado en el registro del peronismo empírico y entonces el evocador de lo virtual era otro: el pueblo (el peronismo-pueblo como solía decir el doctor Oscar Alende), la clase obrera, Evita.

Podría pensarse que fueron la proscripción y el exilio los que le proporcionaron su estructura básica al desdoblamiento. De ahí puede provenir, al menos, uno de los temas del peronismo verdadero –el del rescate–, así como las tareas de los peronistas verdaderos, que no es sólo la de rescatar sino también la de expresar la esencia momentáneamente eclipsada por la proscripción y las inconsecuencias del peronismo reinante. Esta es apenas una hipótesis, contra la cual se podría aducir que el tema del rescate pertenece a los comienzos mismos del peronismo y está inscripto en el acontecimiento fundador, el 17 de Octubre. Como quiera que sea, lo formidable es que el doble registro perduró –y perdura hasta nuestros días, aunque alicaído– tras el fin de la proscripción. El retorno al gobierno y el del propio Perón no pusieron término al desdoblamiento que, entre 1973 y 1976, conoció nuevos avalares. Vistas las cosas con la distancia que da el tiempo, puede decirse que el regreso de Perón hizo patente que el presente no es nunca el tiempo del peronismo verdadero.

En efecto, el presente no le pertenece y está en oposición a su vigencia. El presente es el tiempo de la exclusión y del testimonio, de la proscripción y de la resistencia. La actualidad es, en cambio, el dominio por excelencia del enemigo y de esa versión más sutil de enemigo que suele tomar la forma del peronismo empírico o reinante. (...) El peronismo verdadero es inactual. Este juicio no debe confundirse con el de los que sostienen que sus ideas están desactualizadas, que son anacrónicas. Me refiero a una inactualidad de otro tipo, a una inactualidad constitutiva podría decirse, a la inactualidad de lo que es siempre, en el presente, sólo virtual. Se trata de la inactualidad de una expectativa: el peronismo verdadero es una expectativa sobre las virtualidades del peronismo que constituyen su verdad. Si esa verdad hoy no se manifiesta (o se manifiesta sólo por el testimonio de los peronistas verdaderos), reprimida y extraviada por obra del peronismo fáctico, ella, sin embargo, se ha mostrado plena en el pasado. El tiempo de la expectativa –el del retorno o el rescate– y el del pasado son los dos dominios temporales del peronismo verdadero. El presente es el tiempo que consume el peronismo empírico, cuyo reinado, aunque contingente, impide que la verdad del peronismo se consume".

Carlos Altamirano: Peronismo y cultura de izquierda
Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2011

La alianza estratégica Argentina-Brasil

2011-2015

Por Mario Rapoport

Las relaciones entre Argentina y Brasil se estrecharon en forma notable en las últimas dos décadas marcadas por la creación del Mercosur, después de casi un siglo de vaivenes de distinto tipo donde jugaron, sobre todo, rivalidades y recelos con fugaces acercamientos de corta duración. Ahora, como socios, nuevas contingencias en torno a intereses concretos hacen nacer o renacer problemáticas que son esenciales para nuestro país. Al referirnos al Mercosur, y a la más ambiciosa pero todavía incipiente UNASUR, de los cuales los dos países constituyen el eje, debemos comprender que la Argentina y Brasil precisan construir de manera activa una visión común del escenario internacional, una percepción razonable de sus posibilidades de acción y un sistema que promueva cierto equilibrio de costos y beneficios entre ambos.

En ese sentido, la idea de una alianza estratégica debe contemplar, al menos, tres cuestiones. La primera es que los desequilibrios de poder, y principalmente la diferente dimensión de las respectivas economías, generan inquietudes en cuanto a posibles aspiraciones de liderazgo en la región, lo que se refleja casi siempre en la búsqueda de contrapesos externos, como ocurrió en el pasado en la forma de alianzas privilegiadas con los Estados Unidos. Una muestra de ello fueron los explícitos acercamientos a Washington de Cardoso o Menem en los años 90. La segunda se refiere a la importancia del empeño de los gobiernos, y de sus líderes en particular, por superar distanciamientos y desconfianzas. Existe un elemento de voluntad política que constituye el nudo de esta opción estratégica. La tercera cuestión tiene que ver con la situación actual del Mercosur, afectado por la evidente disparidad entre sus miembros y su falta de institucionalización. El énfasis en su reactivación constituye uno de los elementos más visibles de la nueva concertación argentino-brasileña.

La consolidación de la alianza implica una significativa elevación del status internacional de ambas naciones. En ese sentido, la suma de esfuerzos comunes debe estar vinculada a fortalecer la inserción de los dos vecinos en el mundo, potenciar el desarrollo conjunto y lograr una mejor distribución de los ingresos en ambas economías. Para esto se deben superar aún algunos obstáculos, sobre todo desde el ángulo de las políticas macroeconómicas. Argentina apostó a la recuperación de su economía, apuntando a tener las más altas tasas de crecimiento posible, con un tipo de cambio competitivo, sector externo positivo y superávit fiscal también alto, dejando en un segundo plano el tema inflacionario. Brasil, por el contrario, buscó una solución más ortodoxa: dejó apreciar su moneda, tratando de mantener bajos índices de inflación a través del manejo de las tasas de interés. Y confió en su capacidad productiva, especialmente de su sector industrial, que no sufrió los embates ortodoxos que habían perjudicado al mismo en el país vecino.

Por otro lado, debemos tener en cuenta las tendencias que resultan de los vínculos comerciales y económicos. El balance comercial entre los dos países, favorable al Brasil, y la compra de empresas argentinas por capitales brasileños, han creado en los últimos años un clima de inversiones que va en una sola dirección. A estas cuestiones se añade que el esfuerzo de negociación conjunta en la formación de coaliciones internacionales –como el que dio origen al G20– no ha cubierto las expectativas generadas y Brasil fue más allá, estrechando su vinculación con países emergentes, como China e India, e incluso con el club de las grandes potencias, como lo demostró en la OMC.

Un elemento indispensable para la construcción de una alianza estratégica es el reconocimiento mutuo de las identidades nacionales de cada uno. La manera como un país se desarrolla moldea en gran medida sus instituciones y la mentalidad de gobierno. En muchos casos, los principales obstáculos para la convergencia y la cooperación son los recelos heredados del pasado. Pero otras veces existen visiones e intereses de difícil conciliación, que no son percibidos como tales por falta de comprensión y conocimiento mutuo. Aunque hay fuertes elementos culturales comunes, debemos reconocer que los dos países evolucionaron de manera diferente, adoptaron modelos de desarrollo que no son idénticos y presentan visiones distintas sobre variados temas, como los factores del crecimiento económico, la participación del Estado en la economía y el tipo de inserción en el escenario internacional. Toda alianza consiste en la identificación y articulación de las diferencias, y por ese motivo es indispensable comprender la evolución no sólo de sus políticas externas, sino también de sus políticas internas.

Para ambos países, el centro de una estrategia de largo plazo debe ser la construcción paciente y gradual de la unión política de Sudamérica y una actitud común frente a la crisis económica mundial, que ya tiene características de depresión. El Mercosur y la UNASUR son dos instrumentos esenciales para alcanzar ese objetivo dado que, en la medida en que Brasil y la Argentina ejerzan políticas externas aisladas o contradictorias, no podrán desempeñar un papel internacional efectivo en un mundo cada vez más endeble. Pero esto requiere, ante todo, establecer una relación de iguales entre ambos países y una serie de mecanismos efectivos para reducir las asimetrías con los otros socios del Mercosur y con las demás naciones sudamericanas.

"Los populismos (...) tienen una relación incómoda con la política representativa, pero no con la democracia. Puede objetarse que desde hace por lo menos dos siglos la única manera de hacer más o menos efectiva la democracia es recurriendo a sistemas de representación política. Esto es cierto, pero también lo es que el modo en que la democracia representativa ha funcionado y aún funciona por estos rumbos no es mucho lo que tiene que ver con lo que la teoría plantea, y esto cabe tanto para el populismo como para regímenes más convencionales. Gran parte de las confusiones respecto de esta relación se debe a que las disquisiciones tienden a circular por las amplias avenidas de una abstracción carente de polos a tierra, más que por los meandros pantanosos de la política realmente existente. De tal modo que para entender estos fenómenos la pregunta relevante que habría que tratar de responder, o el asunto a discutir, es por qué los regímenes considerados populistas plantean estos tensionamientos 'por arriba' y 'por abajo' con los formatos teóricos de la democracia representativa, y qué matriz de relaciones se teje, en determinados escenarios y en ciertos momentos, entre procesos sustantivos y explicitaciones formales. Los 'populismos radicales', como el populismo en general, plantean una situación ambigua respecto de la política representativa: son producto de su crisis pero al mismo tiempo los mecanismos de la democracia les permiten llegar al gobierno; participan de la dinámica de partidos pero la incorporan a una matriz formal tanto como informal de articulaciones con organizaciones sociales que, por la dinámica de los acontecimientos, adquieren un notorio protagonismo público (sindicatos, organizaciones de desocupados, movimientos de identidad étnica, ecologistas, de mujeres, y todas sus combinaciones posibles) y que reivindican y ejercen autonomía respecto del poder político en una variedad de cuestiones. Recurren a las elecciones para ratificar liderazgos que ya existen en los hechos, sumando a la legitimidad sustantiva del demos la legitimidad legal de las instituciones. Las disonancias que se registran se deben tanto a algunas concepciones ideológicas o doctrinarias de quienes conducen el proceso como a los condicionamientos planteados por los escenarios en que esos procesos se desarrollan; es en estos escenarios que se generan oportunidades para poner en práctica aquellas ideas. En sociedades fragmentadas por profundas desigualdades socioeconómicas, regionales, étnico-lingüísticas y de género, no es suficiente ponerse de acuerdo sobre las 'reglas del juego', como usualmente se dice. Debe existir también y sobre todo un acuerdo sobre cuál es el juego en el que estamos participando: la preservación de una extraordinaria concentración de recursos que sectores grandes de la ciudadanía consideran injusta y ciertamente lo es, o las transformaciones sociales y políticas en consonancia con las aspiraciones de esas mayorías; escenarios en los que, ya se vio, esas aspiraciones encontraron cauces de expresión por las vías de los hechos más que de los procedimientos institucionales, y fueron encaradas por los actores del poder de la misma manera. Cuando las inequidades sociales alcanzan la profundidad y la magnitud de los niveles que se registran en la mayoría de nuestras sociedades, es inevitable que quienes han sido forzados a cargar con los costos de la reestructuración capitalista del pasado reciente adhieran con entusiasmo a las perspectivas que se les abren de mejorar las cosas sin preguntarse mucho respecto de la compatibilidad de esas perspectivas con determinados formatos institucionales, del mismo modo que quienes preservaron o incrementaron su participación en los beneficios están determinados a defenderla con dientes y uñas sin hacerle asco a determinados procedimientos. (...)

La tensión manifiesta entre la democracia representativa y los populismos radicales no refiere únicamente a los gobiernos y sus dirigentes, a sus organizaciones políticas o sociales y al modo en que observan los procedimientos institucionales. Lo mismo cabe para quienes actúan como fuerzas de oposición. Perdida o reducida su gravitación institucional por efecto del ejercicio mismo de la democracia representativa, sin fuerzas para competir por mayorías parlamentarias o para disputar los cargos del ejecutivo, los grupos negativamente afectados por las transformaciones en curso ponen el acento en el despliegue de poderes fácticos: el golpe de Estado, la desestabilización económica, la manipulación informativa. Las organizaciones que expresan intereses corporativos y las cadenas de multimedios desempeñan el papel que en escenarios más convencionales correspondía a los partidos políticos conservadores. (...)

Las disonancias entre populismos y política representativa pueden ser vistas también como efecto del formalismo y las limitaciones de la segunda para dar cuenta de la dinámica de la política en momentos en que lo que se discute es la titularidad efectiva del poder también efectivo, y no ya, o no todavía, las formas en que ha de administrárselo. Los conflictos que el populismo 'radical' de nuestros días expresa y a los que busca dar solución son de esta índole: no se trata de reformar el Estado sino de crear un Estado a partir de una nueva constelación de relaciones de fuerza que aún está en proceso de consolidación".

Carlos M. Vilas: Después del neoliberalismo: Estado y procesos políticos en América Latina
Remedios de Escalada, Universidad Nacional de Lanús, 2011

Desarrollo sustentable: políticas públicas para una civilización en crisis

2011 2015

Por Mario Rabey

En 1972, Juan Perón, en su Mensaje a los Pueblos y Gobiernos del Mundo, escribía: "ha llegado la hora en que todos los pueblos y gobiernos del mundo cobren conciencia de la marcha suicida que la humanidad ha emprendido a través de la contaminación del medio ambiente y la biosfera, la dilapidación de los recursos naturales. (...) A la irracionalidad del suicidio colectivo debemos responder con la racionalidad del deseo de supervivencia. (...) Para poner freno e invertir esta marcha hacia el desastre es menester aceptar algunas premisas: son necesarias y urgentes: (...) una modificación de las estructuras sociales y productivas en todo el mundo, en particular en los países de alta tecnología donde rige la economía de mercado. (...) La modificación de las estructuras sociales y productivas en el mundo implica que el lucro y el despilfarro no pueden seguir siendo el motor básico de sociedad alguna, y que la justicia social debe erigirse en la base de todo sistema".

Cuando Perón escribió su Mensaje recién comenzaba la reflexión sobre los límites que la naturaleza impone al crecimiento de la producción y el consumo de bienes. Una fuerte contribución al debate y la toma de conciencia se debió a un grupo de científicos que con el apoyo de algunos dirigentes de empresa formaron el Club de Roma y produjeron su informe Los límites del crecimiento. El tema pasó a la agenda de los organismos internacionales y dio lugar en 1972 a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Ambiente Humano, en Estocolmo. El Mensaje de Perón sobrepasó la perspectiva del Club de Roma, que se centraba en el freno del crecimiento económico, al enfatizar en las relaciones existentes entre justicia social y lo que años más tarde comenzó a denominarse sustentabilidad. La declaración final de la Conferencia de Estocolmo tuvo esta tesitura, defendida por muchos de los países "en desarrollo", y en su "Principio 1" afirmaba que "el hombre tiene el derecho fundamental a la libertad, la igualdad y el disfrute de condiciones de vida adecuadas en un medio de calidad tal que le permita llevar una vida digna y gozar de bienestar, y tiene la solemne obligación de proteger y mejorar el medio para las generaciones presentes y futuras". Casi cuarenta años han pasado, pero no se ha avanzado en la dirección propuesta, tanto por el Mensaje de Perón, como por aquella declaración de la ONU. En realidad, la situación ha empeorado. Conviene entonces preguntarnos qué sucedió en la historia que nos ha traído a esta difícil situación.

Hasta hace siete mil años, los seres humanos habíamos convivido en pequeñas sociedades, instaladas en territorios pequeños y con escasa o nula diversidad intercultural en cada sociedad. Entonces comenzó a operarse una gran transformación. Algunas de esas pequeñas sociedades conquistaron otros territorios, sometiendo a sus poblaciones y estableciendo complejas sociedades pluriculturales, que llamamos civilizaciones porque sus instituciones centrales (Estado, mercado) suelen tener su sede en una ciudad. A lo largo de milenios, en distintas regiones del mundo se establecieron civilizaciones que entraron en crisis y desaparecieron por motivos diversos. Muchas de ellas fueron derrotadas o conquistadas por enemigos exteriores, como los Inka y los Azteca cuando llegaron los españoles. Otras veces, la crisis se debió a dificultades para mantener su modelo tecno-económico de manejo de recursos naturales, como los Maya antes de la llegada de los europeos. Pero en todos los casos, cada una de esas civilizaciones ocupaba un fragmento del territorio total del planeta. En cambio, por primera vez, hoy existe una civilización mundial entrando en crisis: si desaparecemos, no hay ninguna sociedad exterior que pueda hacerse cargo de la tarea de seguir construyendo civilización.

Afrontamos entonces la novedosa tarea de construir, desde adentro, la formación social que reemplace a la actual civilización. Como la historia de la humanidad es la historia de las innovaciones, podemos hacernos cargo de esa tarea. Ninguna transformación puede producirse sin que los innovadores tengan claro en qué consiste el problema a resolver. Contamos con la ventaja de saber cuáles son las amenazas que se ciernen sobre la civilización. La primera es la falta de equidad y justicia social, pues la mayoría de los seres humanos no disfrutan plenamente de los logros civilizatorios. Mil millones de personas sufren hambre, y más de la mitad de la población carece de adecuados servicios de salud. La gran mayoría no tiene ingresos como para disfrutar de viajes de recreación, no tiene una vivienda apropiada ni recursos para protegerse de las inclemencias climáticas. La segunda amenaza es el deterioro ambiental. Diversos recursos naturales –como los que proveen la mayor parte de la energía que utilizamos– se van agotando, mientras desaparecen especies a un ritmo acelerado e incluso ecosistemas completos están al borde de la desaparición. Es el caso de algunas formaciones boscosas en la región chaqueña –que Argentina comparte con Bolivia y Paraguay–, sobre las cuales avanza velozmente la frontera agrícola. Por otro lado, el ambiente humano se degrada también aceleradamente en las grandes ciudades y regiones metropolitanas donde habita un porcentaje cada vez más alto de la población mundial, que sufre de aire y agua muy contaminadas y una gran deprivación social y cultural. Desde hace más de veinte años sabemos que el clima está cambiando, las temperaturas aumentando y los hielos derritiéndose, en un proceso que se agravará en las próximas décadas, a menos que se reduzca drásticamente la emisión de gases con efecto invernadero. Los efectos ya se están sintiendo, especialmente en las áreas costeras, donde ha aparecido el fenómeno de los "refugiados por el cambio climático", como sucede en las catastróficas costas de Bangla Desh.

Esta doble crisis, social y ecológica, se expresa de manera diferencial en los distintos bloques de naciones. Europa Occidental y la América al Norte del Río Grande, bloque al cual se ha incorporado la gran franja urbano-industrial costera de China, son los grandes emisores de gases con efecto invernadero. Aunque han logrado sostener estándares ambientales aceptables en sus países, en el campo social la crisis se expresa con especial nitidez, como producto de la acumulación de ingresos por parte de pequeñas minorías y la desprotección de las mayorías, una situación que ha sido expuesta en forma muy dramática hace poco por el movimiento Occupy Wall Street, al afirmar: somos el 99%.

África es el continente-catástrofe, donde residen las poblaciones más hambreadas, en un paisaje que se creía superado en la segunda mitad del siglo XX, con la "revolución verde" de los paquetes tecnológico-agroindustriales de semillas híbridas, pesticidas y abonos, pero que no cumplió su promesa de eliminar el hambre en el mundo: solamente generó inmensas ganancias para las corporaciones. Los paquetes tecnológico-agroindustriales de segunda generación, a partir de la década de 1990, no mejoraron la situación, como lo ponen en evidencia las cifras que da la FAO sobre el persistente incremento de la población con hambre en el mundo, sino que parecen estar colaborando en su empeoramiento. Incluyen herbicidas, ingeniería genética para lograr variedades resistentes a los herbicidas y la expansión de la frontera agrícola en tierras que nunca fueron antes utilizadas para el cultivo, excepto por parte de pequeñas sociedades con agricultura trashumante, un sistema que en lugar de sustituir al bosque nativo por praderas agrícolas artificiales, se instala en el bosque, adaptándose a él. Los últimos relictos de este importante invento de la historia cultural humana están siendo víctimas de una fragmentación territorial, social y cultural que hará inviable su supervivencia en muy poco tiempo. Así, la reinstalación catastrófica del hambre en África es el producto del reemplazo de esos y otros conocimientos agrícolas tradicionales –como las variedades de cultivos adaptadas a diversas condiciones ambientales– por los paquetes de tecnología intensiva.

En Suramérica, en los últimos diez años se ha instalado un conjunto de gobiernos que lograron organizar una verdadera coalición continental. Siguiendo el modelo de Ernesto Laclau en La razón populista, esta coalición se puede explicar por dos grandes conjuntos de factores: por un lado, la capacidad de construcción articulada de demandas sociales, económicas, culturales y ambientales; por otro lado, la emergencia de liderazgos capaces de atender a los conjuntos de demandas populares en sus países y de fortalecerse coligándose con otros gobiernos. En el actual escenario, el bloque regional de naciones con mejores condiciones para construir un nuevo modelo de desarrollo es el sudamericano, lo que debe darse en escala regional y no nacional, puesto que se trata de problemas que no están delimitados por las fronteras entre países.

En el ejemplo mencionado antes de la región Chaco, concurren tres países en forma directa –Bolivia, Paraguay y Argentina–, que además comparten los problemas con las naciones que poseen territorios dentro de la región del Amazonas. Así,

los principales problemas que se deben resolver en ambas regiones incluyen: avance de la frontera agraria, destrucción de ecosistemas, pérdida de biodiversidad y deterioro de sistemas culturales de los pueblos originarios y de los campesinos. Un problema crucial, relacionado con el deterioro cultural, es la pérdida de conocimientos que constituyen un capital para el futuro de la humanidad, como el conocimiento etnobotánico y etnoagrícola, que ha permitido grandes avances en la producción de sustancias farmacéuticas y alimentarias. Entonces, no solamente es necesario el acuerdo entre países para la planificación y la gestión del desarrollo sustentable de las eco-regiones, sino que deben incorporarse los principales actores que poseen conocimientos, intereses y capacidades de valor crítico. Se debe incluir a los pueblos originarios y los campesinos que las habitan: como sus conocimientos van a ser un recurso para el desarrollo, y además vienen siendo víctimas de la construcción y consolidación del actual modelo, es necesario por elementales razones de justicia que los beneficios, la planificación y la gestión del desarrollo los tengan como protagonistas. Otro actor que ineludiblemente debe participar en este contrato socioambiental para el desarrollo sustentable de las eco-regiones, junto con los Estados nacionales y las comunidades locales, son las corporaciones empresariales, que orientan la transformación socio-ambiental generada por la expansión de la frontera agraria, pese a que los actores concretos que operan en el territorio son los productores rurales. Las corporaciones lideran el comercio internacional de alimentos, y esa posición se refleja en la capacidad logística, comercial y operativa que tienen en nuestros países, así como en la porción de la renta del sector que concentran. Entonces, en esta y otras regiones con presencia corporativa importante en el territorio, como es el caso de los Andes, donde operan grandes corporaciones mineras, el desarrollo sustentable requiere aplicar esquemas de articulación público-privada.

El año que viene se cumplen 40 años de la Conferencia de Estocolmo y se realiza una nueva conferencia, en Río de Janeiro, llamada Río+20, en conmemoración de la que se hizo en 1992 en la misma ciudad, la Conferencia de Naciones Unidas sobre Ambiente y Desarrollo conocida también como Eco 92 o Cumbre de la Tierra. Participaron 172 gobiernos nacionales, con la presencia de 108 jefes de Estado o gobierno, así como 2.400 representantes de ONGs. Enfocó, como temas principales: la promoción de fuentes alternativas de energía para reemplazar a los combustibles fósiles, cuyo uso es el principal responsable del cambio climático global; el transporte público para reducir las emisiones vehiculares de gases con efecto invernadero y contaminantes del aire urbano; y la escasez creciente de agua. Eco 92 fue un éxito, tanto desde el punto de vista de la participación gubernamental y no gubernamental, como de la importancia de los temas tratados. También lo fue si consideramos los logros concretos alcanzados: la apertura para su firma de dos normas internacionales: la Convención sobre Diversidad Biológica y la Convención sobre Cambio Climático, que más tarde condujo al Protocolo de Kyoto. También se aprobaron dos documentos importantes: la Declaración de Río sobre Ambiente y Desarrollo y la Agenda 21.

Diez años después de Río 92, en 2002, se realizó una nueva Cumbre de la Tierra, esta vez en Johannesburg, Sudáfrica. Se la llamó coloquialmente Río+10 y tuvo un nivel de logros mucho menor que aquélla, incluyendo la ausencia de una representación de alto nivel por parte de Estados Unidos. Si por otro lado consideramos que gran parte de las metas definidas en Río 92 están lejos de ser logradas actualmente, resulta crucial el desafío para nuestro bloque suramericano, que puede aprovechar el estímulo que proporciona esta nueva conferencia internacional para promover un arco de políticas públicas para el desarrollo sustentable, que incluyan como ejes fundamentales: 1) la planificación y gestión del desarrollo en territorios definidos por su identidad ecológica y no por los límites entre jurisdicciones político-administrativas; 2) la acción concertada entre Estados nacionales y subnacionales; 3) la articulación público-privada como núcleo del necesario compromiso por la sustentabilidad por parte de las estructuras de integración productiva lideradas por las corporaciones; 4) un protagonismo activo de las poblaciones locales, incluyendo la valoración de sus conocimientos y prácticas.

El desafío político cultural por el sentido común

2011 2015

Por Pablo Rodríguez Masena

Hasta la aparición de Kirchner, para los menores de 40 años el peronismo se presentaba como una extraña combinación entre los días más felices de los trabajadores y el pueblo, frescos aún en el imaginario de nuestros padres y abuelos, y la defección de dirigentes que, apelando a aquella identidad, la traicionaban impulsando políticas antipopulares y liberales. Mezclando biblias con calefones, la resistencia y las formaciones especiales, junto a la burocracia sindical, el nacionalismo reaccionario, la Triple A y estructuras territoriales cuasifeudales, el peronismo post-dictadura mostraba una identidad desdibujada y contradictoria, subsistiendo como una mística casi religiosa de redención, aunque en realidad poco o nada decía en términos de construcción política concreta. Aquel peronismo perdía atractivo entre la propuesta de amnistía a los genocidas de los candidatos del PJ y la reaccionaria actitud de los mariscales de la derrota. La renovación vino a dar un soplo de aire fresco, aunque su pretensión seudo-socialdemócrata moría ante el caudillismo nacional-popular conservador de un Menem que prometía salariazo y revolución productiva. Cruel paradoja de la historia, que un peronista haya desarmado los logros de los gobiernos de Perón, arriara cada una de las banderas históricas, nos llevara al neoliberalismo y a una forzada "reconciliación nacional" sin justicia. Fue un abuso, un tiro en la nuca para la memoria del proyecto emancipador. La traición menemista le propinaba al movimiento nacional y popular su más feroz crisis de identidad, algo que ni la dictadura había podido hacer.

Para los más jóvenes, para los que nacieron a la política luego del 83, para los que seguían creyendo en la justicia social y hasta para los que se emocionaron durante la primavera camporista, parecía que el peronismo después del menemismo no tenía retorno en términos ideológicos. Vacío de contenido, domesticado, se rindió ante los poderosos, transformándose en intérprete de los intereses más concentrados. El menemismo transformó a una Evita revolucionaria en una Madonna postmoderna. La militancia política para el proyecto nacional, fragmentada, resistía en los márgenes, sin poder ir más allá del aguante. La política era una mala palabra, la militancia un recuerdo nostálgico y el peronismo perdía hasta la fuerza del insulto. Su estructura dejaba de contener y de tener sentido, agrupándose los resistentes en movimientos sociales, sindicatos y hasta en espacios políticos marginales, elaborando múltiples estrategias defensivas que permitieron capear el temporal. Eso no quería decir que el movimiento nacional y popular estuviera muerto, sino que como un topo seguía su camino desde un lugar distinto del que estaba en el repliegue.

La aparición de Kirchner expresa la crisis de representatividad política propia del agotamiento del modelo neoliberal, como Perón en un cuadro similar de crisis del modelo oligárquico tradicional. Otra vez, como en el 45, el subsuelo de la patria encontraba cómo y con quién realizar sus expectativas frustradas anteriormente. Constituyendo un frente nacional por composición social y objetivo político, al estilo de lo que fue el liderazgo de Perón, construyó articulando en el movimiento a diferentes sectores sociales y actores políticos en la medida en que los oponía a grupos conservadores (con un capital social menguado por la responsabilidad ante el neoliberalismo) y les proponía un proyecto alternativo al dominante: la revalorización de un modelo nacional y popular de desarrollo con inclusión social, o sea volver al peronismo. Para ello intentó una trasversalidad diferente al frentismo peronista. Coqueteó con la idea de reconstruir el sistema partidario bajo el criterio izquierda-derecha clásico, ocupando el peronismo el centro articulador del espacio de la izquierda, lo que le valió el rechazo del justicialismo conservador, que aún contrariando a los que dicen que los peronistas no tienen más ideología que la búsqueda del poder, habían aceptado la transformación al liberalismo y ahora se oponían enérgicamente a la vuelta a los orígenes. En la medida en que el peronismo era como una abstracción identitaria que poco decía, ir por él, resignificarlo, recuperar sus tradiciones e identidades y hacerlo liderar la reconstrucción del movimiento nacional, se transformó en una acción fundamental para darle sentido a la práctica política que el gobierno de la reconstrucción planteaba.

Esa recuperación implicó la conjunción de un discurso y una práctica que ponía en valor referencias a un pasado glorioso con realizaciones concretas del hoy, que desandando el camino neoliberal mejoraron la calidad de vida de la población en general, recuperaron soberanía nacional y devolvieron dignidad al pueblo. La política volvió, la discusión ideológica dejó de ser una charla de trasnochados, la militancia se revalori-

zó, las flores florecieron. El peronismo se redimía a si mismo al rescatar tradiciones que parecían perdidas: un discurso de progreso social junto a realizaciones que en la misma línea amplían y consagran derechos y democratizan la sociedad, junto a la participación y movilización popular, tanto para la defensa del proyecto como para la introducción de demandas colectivas y políticas nuevas. Así, gracias a las realizaciones profundizadas bajo el gobierno de Cristina, el peronismo volvía a enamorar (y en consecuencia también a generar odios).

Néstor y Cristina recuperaron el peronismo no como estructura político partidaria sino como movimiento de masas, y así constituyeron el Kirchnerismo, no como un espacio de culto a las personas, ni como superación del peronismo, sino como un proyecto político de índole colectivo que desde el principio apeló a la militancia y encontró en los trabajadores, las organizaciones sociales y los jóvenes a sus principales intérpretes. El 54% de los votos que le dieron a Cristina la reelección es mucho más que un dato de la coyuntura, es una oportunidad histórica que marca para el movimiento nacional y popular un enorme desafío: el de la institucionalización del cambio a través de la profundización del rumbo para encarar las transformaciones pendientes y la construcción de una fuerza organizada.

En términos políticos, hay tres grandes actores que son sostén del proyecto: el peronismo institucional, el movimiento obrero organizado y la juventud con las organizaciones sociales. Si bien todos forman parte del movimiento nacional, cada uno de estos sectores tienen una relación particular con la conducción política, en el sentido que tienen referencias políticas e intereses particulares. Los referentes del poder territorial (municipal, provincial) suelen tener una vinculación con la conducción y el proyecto nacional de alianza (más allá de que estén o no comprometidos ideológicamente con él), ya que su poder se construye desde el territorio y ellos se consideran "dueños" de su propio espacio, negociando "para arriba" en la medida en que obtengan beneficios en el nivel local, y considerándose casi pares de la conducción nacional. Por ende, si la referencia principal es local más que nacional, la disputa política más trascendente para ellos será la local y no la nacional, lo mismo que sus conducciones, dando paso a la existencia a tantos PJ (por ejemplo) como distritos.

Por otra parte, el movimiento obrero organizado tiene intereses objetivos que son necesariamente diferentes al de la conducción política del movimiento nacional, aunque no hay duda de que ahora esos intereses coinciden, puede –y es lógico que suceda– que a veces entren en confrontación. En ese sentido el movimiento obrero tiene otros liderazgos y conducciones: los secretarios generales de los sindicatos y de las centrales, que no tienen por qué subordinarse a los del movimiento político, aunque formen parte de él.

Los sectores sociales encontraron en Néstor y Cristina un proyecto que los incluyó, pero cada uno de ellos tiene su propia conducción intermedia. Sin embargo, la juventud que con fuerza importante se incorporó a la vida política durante este proceso –y que especialmente se estructura en La Cámpora– tiene una gran particularidad: no reconocer otros liderazgos intermedios más que el de Cristina. Definidos como soldados de Néstor y de Cristina, saben que hoy son la herramienta perfecta de la presidenta para lograr incidir con mayor grado de perdurabilidad en las estructuras tradicionales. En este contexto, que la propia Cristina haya incidido en la decisión de las candidaturas en las provincias y que el resultado electoral haya demostrado que los votos eran de ella demostró lo acertado que era dar pasos sobre las estructuras tradicionales. Ahora va a poder contar en el Congreso con legisladores propios, sin referencias intermedias con las que negociar. Eso fortalece su poder y a la vez abre un panorama interesante de cara a los desafíos del futuro. La consolidación del proyecto requiere la unidad del peronismo, ya sin discusiones sobre su identidad, habiendo quedado en el camino las resistencias a que el peronismo se identifique con el kirchnerismo. Hoy el kirchnerismo es el peronismo del siglo XXI. También requiere de la unidad de acción y convicción entre los diferentes actores que conforman el movimiento en el acatamiento de la conducción de la presidenta.

El momento que se avecina supone en el movimiento nacional una necesidad de estructurarse como fuerza política organizada, y allí esta juventud cumple un rol central, siendo los más legítimos y puros cristinistas su garantía de continuidad. El proceso transformador está entrando en fases definitivas. Ya el pueblo decidió su continuidad en la elección de octubre, ahora hay que lograr que todos los cambios estén tan internalizados en el colectivo que no se pueda volver atrás. Y este es el principal desafío del futuro: actualización doctrinaria y trasvasamiento generacional.

El peronismo fue la respuesta a la crisis de representación, en el 45 y en el 2000 también. Néstor y Cristina tomaron aquellas banderas históricas de soberanía política, independencia económica y justicia social, las aggiornaron a este tiempo histórico y las hicieron realidad con sus políticas. Particularmente desde los sectores juveniles y con el importante papel de los funcionarios militantes, la clave del futuro próximo está en continuar en la senda de la batalla contrahegemónica, contra el sentido común neoliberal que aún persiste entre nosotros, tarea que habrá dado sus frutos el día en que haya una Mirtha Legrand o una Susana Giménez compañera.

El mandato de las urnas y los próximos debates

2011 2015

Por Feliciano Fernández

La elección de un candidato tiene múltiples determinaciones, por lo que el resultado electoral condensa las motivaciones de esa decisión. En los medios masivos se pasaron una semana analizando la contundencia del resultado, y entre las sesudas explicaciones se escuchaba: la bonanza económica, la asignación universal, el luto, la creación de empleo, el gasto social, etcétera. En cierta medida, el enemigo está desorientado, y generalmente sus reflexiones arriban a la conclusión de que la oposición política, fragmentada y carente de ideas, no fue capaz de forzar una segunda vuelta. En este rumiar de la derrota, los comunicadores de la oposición lo que no manifiestan como analistas es que las ofertas electorales que se oponían al Frente para la Victoria no estaban dispuestas a debatir sobre la profundización del modelo y la defensa de los intereses populares, única manera de presentar una oferta competitiva, algo que muy pocos candidatos de la oposición pueden hacer, porque sus conductas durante más de cuatro años fueron antagónicas al modelo y a los intereses populares. En términos sencillos, para ellos la inflación está originada en el gasto público o los incrementos salariales, y no manifiestan nada sobre los formadores de precios. Como contrapartida, el discurso de cierre de campaña de Cristina pone en evidencia que el Frente para la Victoria (FPV) es la única fuerza política que sin titubeos opta por los más humildes frente a los intereses de las corporaciones. Palabras que tienen el respaldo de decisiones de Estado en coyunturas de este voltaje (No al ALCA, deuda externa, retenciones, amenazas de despidos en 2008, etcétera). Al gobierno se lo puede criticar por las transformaciones que falta realizar, pero no se le puede señalar una sola decisión de Estado que tenga un costo político contrariando la voluntad popular.

La contundencia de la derrota no señala la incapacidad de la oposición, sino la inviabilidad de representar con consenso popular los intereses de los poderes fácticos. La única expresión con capacidad de hacerlo, el FAP, está absolutamente limitado por los antecedentes del progresismo en el Estado y la sumisión al poder económico. Es inobjetable que el mandato popular es la defensa irrestricta de los intereses de las grandes mayorías, la autonomía del Estado frente a las corporaciones y la producción de un orden social justo con la integración de todos los compatriotas, donde la magnitud de la diferencia en el resultado electoral es el indicador de que existe una sola fuerza y un solo liderazgo al que se le puede confiar este mandato: el FPV y Cristina, respectivamente.

La configuración de las relaciones de poder

Las expresiones de poder real y su dinámica requieren canalizar sus intereses en estructuras políticas con capacidad de vincular y legitimar su privilegio en decisiones de Estado (corporaciones, embajadas, iglesia, etcétera). Hoy carecen de un proyecto político que logre consensos en las mayorías y de liderazgos que cumplan esa función. Hasta la esperanza blanca, Mauricio Macri, tiene que conseguir varios cómicos para disimular con sustento popular sus intereses particulares. Si se observa el plano institucional, los únicos territorios opositores al FPV son la provincia de San Luis, Santa Fe y la CABA. En la categoría de Presidente solamente ha perdido en San Luis, por lo que el sistema político de partidos tiende a estructurarse como partido único. Ante esta situación la oligarquía tiene como única salida encontrar dentro del FPV los liderazgos que viabilicen sus intereses y los expresen hacia dentro del Estado para legitimarlos en decisiones políticas. Esta acción solamente es posible si en paralelo, desde el mercado interno o el externo, se toman iniciativas que debiliten el poder del gobierno nacional y el liderazgo sin mediaciones que ejerce Cristina. En ello es de esperar que también intervenga la Iglesia jerárquica, asumiendo la defensa de los más humildes y responsabilizando al gobierno de lo que hacen las corporaciones que controlan el mercado. Este tipo de acciones ya las hemos vivido durante la confrontación con el sector sojero y la ley de medios. La diferencia en esta oportunidad es que buscaran liderazgos "críticos" dentro del FPV, en vez de la oposición deshilachada por la voluntad popular. Sus maniobras tienen como objetivos detener el proceso transformador y obligar al gobierno a mediar su liderazgo a través de las estructuras políticas del FPV que sean condescendientes con los intereses de las corporaciones. El escenario ideal para ellos, tal cual

lo propiciaron durante 2008-2009, es generar condiciones que legitimen en el pueblo el imaginario de una crisis, poner al gobierno de rodillas y socorrerlo con los liderazgos "críticos" que cooptaron en el FPV. En el proceso también se generan condiciones para que la esperanza blanca crezca en consenso electoral, de forma tal que puedan tener un oficialismo y una oposición funcional a sus intereses.

Las medidas desestabilizadoras desde el mercado ya están en marcha. Se pueden verificar en la fuga constante de divisas y sus intervenciones en el mercado cambiario. En ello tienen expectativas de forzar una devaluación, la cual impactaría sobre los precios internos, colocando a los trabajadores como responsables de una espiral inflacionaria por las demandas salariales y demoliendo de esta forma la alianza estratégica que hoy existe entre los trabajadores y el gobierno.

Nos parece desacertado trabajar la hipótesis de que la oligarquía intentará diluir el poder de Cristina hacia el final de su mandato. La acción sería muy evidente, y no tendrían tiempo de construir una alternativa política funcional a sus intereses, hasta podrían encontrarse con limitaciones en la comunicación masiva, porque estaría resuelta la desinversión del grupo Clarín. Es muy inocente confiar en que la magnitud del resultado electoral impide a las corporaciones y al imperialismo poner en marcha un dispositivo para debilitar el consenso popular. Por el contrario, ya lo hicieron a comienzos de 2008. Hay que entender que la oligarquía no sólo pretende obtener un resultado económico en las corporaciones que controla, sino que su rol histórico ha sido el control estratégico del país, para expresar sus intereses particulares como el interés general del pueblo, única forma de que el pueblo no avance en sustentar decisiones políticas de Estado que construyan un orden de justicia e igualdad.

Desde dónde configurar un plan político para los próximos cuatro años

El objetivo político del FPV en los próximos cuatro años debe ser el fortalecimiento cotidiano del gobierno nacional, donde la profundización del modelo es resolver las contradicciones existentes con las corporaciones de manera favorable para nuestro pueblo, incrementando el consenso y la organización popular para respaldarlo. Estas contradicciones tienen manifestaciones en lo político, en lo económico y en lo social, no están tabicadas en estas categorías, sino por el contrario están altamente correlacionadas, se expresan en estas dimensiones al sólo efecto analítico. Por otra parte, la resolución de las contradicciones se pueden postergar en el tiempo cuando existe suficiente margen de maniobra para neutralizar el carácter antagónico de los intereses en pugna. Por ello lo ideal es puntualizar aquellas contradicciones que no cuentan con ese margen de maniobra y actuar sobre las mismas.

En lo político

La contradicción impostergable en su resolución es sacar al conglomerado de oportunistas reciclados sin horizonte ideológico del FPV. Son un espacio fértil para cualquier acción que desplieguen las corporaciones. Tuvimos sobradas muestras de su conducta para adjetivarlos de esta forma: la soledad de Néstor y Cristina en el acto de la ESMA, el silencio cuando se bajó el cuadro de Videla, los silencios y ausencias en los momentos decisivos: la Cumbre de Mar del Plata, la quita de la deuda, la confrontación con los sojeros, la estatización de las AFJP y la ley de medios. En todas estas situaciones un considerable número de espacios institucionales carecieron de iniciativas destinadas a movilizar al pueblo en los territorios donde intervienen. Su grado de lealtad tiene relación directa con sus intereses personales. Si gobernase el Che, muchos gobernadores e intendentes andarían con la boina y la estrella de cinco puntas, y si lo hiciese Hitler, lucirían el emblemático bigotito. Jamás encontraremos en ellos una argumentación de lealtad al pueblo, y por extensión al gobierno nacional que defiende sus intereses. Aspiran a que Cristina termine su mandato con un grado de debilidad tal que neutralice su intervención en las decisiones sobre el futuro del FPV, y que la contracara de esa debilidad muestre sus liderazgos como única alternativa para afrontar la crisis que instalan los poderes fácticos. Son tiempistas viejos, saben que no hay reelección y que cuentan con la oligarquía para producir un vacío de poder que los posicione en lugares inmejorables para satisfacer sus intereses individuales. No es una cuestión apocalíptica la que se plantea, es solamente el recuerdo del Cordobesismo de De la Sota, o el Salteñismo de Urtubey, o las manos atadas del gobernador bonaerense. Ejemplos sobran.

Si la militancia y los dirigentes que apuestan a una real transformación de nuestra patria carecen de la voluntad política para derrotar a este conglomerado de oportunistas varias veces reciclados, la oligarquía contará con una fuerza política que le brinde sustento popular para imponer sus intereses. Esto no es nuevo, el menemismo ha sido la expresión más acabada de este tipo de estrategia. En esto no tenemos todo el tiempo del mundo. 2013 es la

primera batalla para garantizar los paradigmas que dan sustento a los gobiernos populares. Necesitamos liderazgos dispuestos a construir una fuerza política que sea la referencia de las demandas populares, que tengan capacidad para vincularlas al Estado con propuestas transformadoras, brindando consenso y organización suficientes para respaldar las decisiones de gobierno que respondan a ellas. El desarrollo de herramientas para insertarse en el espacio social por parte de la militancia debe ser acompañado con un alto grado de autonomía para deliberar sobre la agenda pública, acrecentando el activo militante y organizando territorial y sectorialmente al pueblo para defender sus intereses y poder expresarlo rotundamente en la competencia electoral de 2013. Sirven de muy poco los compañeros que asumen liderazgos colectivos, mantienen a la militancia entretenida con actividades que no disputan poder al enemigo y a la hora del cierre de listas se encaminan felices a mendigar la consideración de un lugar por el esfuerzo realizado.

En las próximas batallas la caja o el prontuario para disciplinar oportunistas no alcanza, se necesita una fuerza que sea el centro del dispositivo del FPV, con referentes que no dejen de lado las convicciones, que tengan capacidad de neutralizar las acciones de desgaste sobre el gobierno, y una auténtica vanguardia popular para respaldar las decisiones y expresar las demandas populares en propuestas hacia el estado. El diseño de una política vertebradora de todos los compañeros que defienden honestamente este proceso es imprescindible, tanto en la formulación de objetivos políticos, como en niveles orgánicos de protagonismo y referentes confiables para mantener inalterable el proceso colectivo.

En lo económico

Como dato objetivo de las contradicciones a resolver está la brecha entre el precio de los bienes a valores internacionales y el salario a valor local. Esta asimetría es la que permite a las corporaciones obtener una tasa de ganancia obscena, donde el capital acumulado lo transforman en dólares y lo giran al exterior, por el nivel de trasnacionalización existente y la articulación de las corporaciones a estrategias globales, donde el centro de rotación del capital sigue siendo Wall Street. El control que ejercen las corporaciones sobre el mercado les permite decidir sobre la evolución de los precios internos, socavando el poder adquisitivo de los trabajadores y deslegitimando el instrumento de las paritarias y el rol de los sindicatos. El proceso inflacionario produce otra brecha entre la evolución de precios internos con el precio de las monedas extranjeras, forzando una devaluación para que las variables converjan, lo cual impactaría sobre los precios internos, generando las condiciones para una espiral inflacionaria.

El Estado necesita de manera urgente realizar modificaciones estructurales sobre los instrumentos de política económica que tiene a su disposición. Primero modificar la ley de inversiones extranjeras sancionada por Videla y Martínez de Hoz y perfeccionada por Menem y Cavallo. Se necesita cuantificar la inversión directa recibida del exterior y estipular los tiempos de retorno, como también reglamentar qué parte de las utilidades pueden remitir a la casas matrices y qué parte deben capitalizar en el país. Debemos romper con la falsedad ideológica de que las inversiones externas generan riqueza, lo único que genera riqueza es el trabajo, y el Estado argentino tiene que contar con suficiente soberanía para determinar cómo se retribuye la inversión y cómo se retribuye el trabajo y se forma capital propio en el país. En ello es coherente que se busquen los mecanismos institucionales para denunciar los tratados que nos atan al CIADI.

El segundo instrumento de Estado debe ser la soberanía monetaria. El dinero depositado en el sistema financiero es el ahorro de los argentinos, y es otra falsedad ideológica que la entidades financieras deban tener libre disponibilidad sobre él. No puede ser que hoy se estén pagando descubiertos a una tasa cercana al 60% anual y se descuenten cheques al 9% mensual, o se cobre un 40% en el crédito otorgado por medios de pago electrónicos. El spread de los bancos en cualquier parte del mundo no supera el 2%: es la diferencia entre la tasa pasiva (plazos fijos) y la tasa activa (prestamos). En consecuencia, se debe poner fin a ley de entidades financieras vigente, pasando a considerar los depósitos como ahorro de los argentinos y otorgando al Banco Central la facultad para fijar su disposición y la utilidad de los bancos por operarlos, ya que es el Banco Central el que responde por ellos. De esta manera se pueden orientar los créditos al sector productivo y al consumo popular, modificando la actual tendencia de usura y orientación del crédito al consumo suntuario.

El otro instrumento que requiere el Estado para alcanzar soberanía monetaria es modificar la Carta Orgánica del Banco Central. No puede ser que bajo otra falacia ideológica se sostenga que su rol es defender el valor de la moneda con respaldo de moneda extranjera. El Banco Central debe ser el instrumento financiero de la política económica del gobierno, y es inconcebible que esté limitada su capacidad de brindar asistencia financiera al Estado en

tiempo y cuantía. La moneda es sobre todas las cosas un instrumento de crédito. Lo son los pesos, los dólares o los euros. Todavía ninguno de los cráneos que agitan la bandera de que la emisión es inflación nos ha explicado por qué la base monetaria de cualquier país europeo representa del 70% al 100% del PBI, en tanto que en la Argentina apenas alcanza el 13%. Ni hablar de los yanquis, cuya base monetaria es cinco o seis veces su PBI. El mejor respaldo de la moneda argentina es el incremento constante de riqueza y la excelencia en calidad de vida de los 40 millones que habitamos el territorio.

El modelo es absolutamente antagónico a los instrumentos que posee el Estado para el control del flujo de capitales, el control cambiario y los instrumentos financieros de su política económica. Estos instrumentos tienen la firma de los representantes más recalcitrantes de la oligarquía y el imperialismo. Por otra parte, si el Estado cuenta con estos instrumentos puede ampliar la financiación hacia la economía, respondiendo al consumo postergado en los sectores populares y a las infraestructuras que demanda un sistema económico actualizado tecnológicamente.

En lo social

De la misma forma en que se han fijado objetivos para 2020 en el sector agrícola, industrial y de turismo, necesitamos tener metas en lo social que constituyan la justificación de las medidas que se toman en lo económico y que expresen claramente un orden de justicia y felicidad para nuestro pueblo. Las herramientas económicas que mencionamos deben estar articuladas a los planes estratégicos, para erradicar el déficit habitacional; brindar sustentabilidad a todas las ciudades y pueblos, agregando valor a los consumos con mano de obra local; desarrollar un sistema multimodal de transporte basado en el ferrocarril; cambiar la matriz energética; nivelar la calidad educativa hasta alcanzar el estándar del Colegio Nacional de Buenos o el Otto Krause; consolidar un sistema integral de salud en el marco de una ley nacional, que recupere el sentido carrillista de un pueblo produciendo salud, y no hospitales abarrotados de enfermos. Todas estas cuestiones convergen hacia el pleno empleo, erradican en su despliegue el trabajo no registrado, dignifican a miles de jóvenes que no tienen trabajo, limitados hoy para acceder a estudios universitarios, y origina una matriz distributiva que garantiza los grados de libertad que brindan tener vivienda, trabajo, educación, salud y protección a quienes no pueden hacerlo por sus propios medios.

Si resolvemos estas contradicciones favorablemente habremos cumplido holgadamente con el mandato de las urnas, creando condiciones insuperables para alcanzar la unidad nacional y determinaciones significativas para la integración política de nuestro continente. Sería un error imperdonable considerar que el mandato de las urnas no está dirigido a resolver estas contradicciones, y comprar el discurso del enemigo que explica el resultado electoral por la bonanza económica y la baja calidad de los dirigentes opositores.

Conclusiones

Si se resuelven estas contradicciones, también se puede avanzar en el plano constitucional, recuperando un sentido nacional y patriótico, donde se requiere desterrar un falso federalismo que se ha trocado en un feudalismo tardío. El Estado nacional, por voluntad de los representantes de todo el pueblo argentino, debe establecer los criterios soberanos y los derechos sociales como piso para las decisiones federales. Es una payasada absoluta que si una provincia no adhiere a una ley de interés para todo el pueblo argentino se considere federalismo a esa decisión política.

En otro orden de cosas, es bueno recordar que este proceso comenzó en 2001. El "que se vayan todos" representa el repudio a los poderes fácticos y por añadidura a la dirigencia política genuflexa que los representaba. En ese momento el pueblo argentino se sacó de encima la derrota del 76. No eran solamente los políticos los que recibían la repulsa del pueblo en la calle, las caras visibles de las grandes corporaciones y las entidades financieras se encontraban en igual situación. Néstor fue el mejor intérprete de ello, el que pudo observar con toda lucidez que el pueblo estaba para más, no para menos. Cada decisión de gobierno que representaba un avance sobre los poderes fácticos era la que revertía el consenso de un 22% a un 60% de imagen positiva.

Es verdad que su muerte tiene un impacto directo sobre el consenso electoral, pero ello no se debe a una actitud pietista de nuestro pueblo hacia Cristina. La lectura que corresponde es la del reconocimiento tardío de nuestro pueblo a la valentía de confrontar con los poderes fácticos, sabiendo que con ello perdía poder institucional y comunicacional, y que en el fragor de esa batalla era consciente de que se le iba la vida.

Resolver las contradicciones que señalamos es transitar hacia el horizonte de la liberación. Es dimensionar el concepto de profundizar el modelo. Es fortalecer con hechos del presente el orgullo de ser peronistas, y darle sentido a nuestra militancia.

La democracia por-venir, la urdimbre y la trama

Por Franca Bonifazzi

Un filósofo antiguo consideraba pertinente realizar la analogía del arte de tejer con el de la política, a los fines de reflexionar sobre su sección asociativa (organizativa, arquitectónica). En este sentido, cabría dar lugar a dos partes en dicho entrelazamiento de hilos. Por un lado, aquel tejido que correspondería a la urdimbre, las hebras que se han retorcido con el uso y se han vuelto resistentes, dispuestas en línea recta. Por otra parte, deberíamos considerar la trama, aquellas hebras de torsión laxa con una flexibilidad que les permite entrelazarse con la urdimbre y resistir al estiramiento del proceso de apresto.

Tan recurrente como dilemática, la dimensión organizativa retorna regularmente en el peronismo. A lo largo de los años del actual gobierno nacional se ensayaron distintas estrategias de organización, se priorizó la movilización y resultó eficaz electoralmente, teniendo hoy una legitimidad que excede límites etarios, provinciales y de clases sociales. Sin embargo, dicha reafirmación a escala nacional bajo el liderazgo indiscutido de Cristina Fernández de Kirchner distó en muchas provincias de la performance de los candidatos locales –el caso emblemático es Santa Fe–, y este hiato es un problema político, pese a que el kirchnerismo sabe gobernar bajo esta situación, pero se conservan muchos escenarios que hubiésemos querido que cambiaran.

En números anteriores de esta revista se describieron las bondades de fortalecer el Partido Justicialista, arguyendo que a partir del mismo se podrían orientar doctrinariamente las políticas de ministerios y legisladores, y a la vez para vincularlas con distintos sectores sociales. Sin embargo, dicha aseveración dista significativamente de la realidad actual. El discurso de los movimientos sociales se afincó en considerar caduca la representación política desde el Partido Justicialista. Lo más relevante no es preguntarse si realmente dicha interpretación es cierta, sino sobre la eficacia que obtuvo en términos argumentativos para acercar a miles de personas a la política a través de esa forma organizativa.

Durante los años anteriores al kirchnerismo se configuró un mapa político donde el péndulo oscilaba entre una estructura demasiado laxa del Partido –al punto tal que se tornó una trama disyuntiva y maliciosa con las propias banderas que se decía levantar– y, en el otro extremo, un argumento de los movimientos sociales, fogueados al calor de la resistencia contra experiencias nefastas como la expresión neoliberal en su versión más cruda, que los volvió urdimbres rígidas reacias a mixturarse con las impurezas de los impíos del "partido". Me sirvo de esta ilustración binaria, que tampoco resulta claramente explicativa, pero sí predomina en las imágenes que se construyeron sobre los años noventa.

Entrelazar dicha urdimbre con la trama no fue una tarea simple y sin contradicciones para el gobierno, aunque sí resultó exitosa al fin, al ver los resultados de las elecciones de octubre. Ahora bien, el axioma de mediados de los cincuenta, "la organización vence al tiempo", sufrió una deriva por el propio Perón en los años setenta, cuando pronunció el apotegma "sólo la idea vence al tiempo". Situados en este proceso metamórfico, deberíamos repensar las estructuras organizativas antes descritas.

Democracia y dispersión

En el primer apartado destacábamos la representatividad y la legitimidad del proceso de transformación iniciado en 2003. Permanecía latente el interrogante sobre la capacidad de las estructuras organizativas para poder afrontar la "lucha por la idea" en nuestro tiempo. En este punto, el foco debería ubicarse más en la democracia que en la representación, o en cómo hacer que la representación en el movimiento sea lo más democrática posible para permitir ganar la batalla cultural. Por otro lado, también deberíamos interrogarnos sobre la proliferación de organizaciones en los últimos años, y acerca de la posibilidad que abre este escenario. El Partido –como cualquier organización– no se encuentra inmune a la "ley de hierro de las oligarquías" que describía Michels, o más bien a la lógica dedocrática de la birome y el papel. Casualmente, el armado de listas de los vencedores en las últimas elecciones no se destacó por intentar representar las distintas fuerzas territorialmente legitimadas, sino más bien se entrampó en la lógica antes descripta. En suma, deberíamos preguntarnos cuántos peronistas podrían garantizar hoy una praxis tendiente a orientar doctrinariamente el Proyecto Nacional, cuántos dirigentes, funcionarios o legisladores peronistas estarían interesados en ello, y a cuántos peronistas les

ocupa o preocupa una formación de cuadros que, más allá de un adoctrinamiento, permita entablar debates para pensar la política y las políticas.

En relación a los movimientos sociales, primero cabe aclarar que no existe una definición que precise qué decimos cuando los nombramos. Generalmente se los considera estructuras difusas y agentes de cambio social. Este último aspecto refiere a su capacidad de cuestionar la forma de distribución de poder y recursos, y a la vez disputar los símbolos e interpretaciones creadas en una sociedad. A partir de transgredir los causes prefijados de la política convencional, aprovechando las oportunidades y aperturas en ella, presionando al poder político por una reivindicación o una protesta social, como identidad, territorio, discriminación, ambiente, feminismo, derechos laborales, civiles o humanos, se configura su modus operandi. Sin embargo, se dificulta el pensar su rol actual y su vinculación con un gobierno que amplía, que realizó sus demandas, en los términos hegelianos de realización, salvando a aquellos que aún operan cuestionando y reclamando por nuevas reivindicaciones, como los movimientos de derechos humanos, mujeres, trans y homosexuales, pueblos originarios, etcétera. El resto de los movimientos sociales acoplados bajo la consigna de "defender el modelo" permanecen en un lugar que queda más del lado del actor expectante que del productor de nuevos derechos a partir de nuevas reivindicaciones. Sólo algunos ejemplos para citar no tan felizmente, como "Sueños compartidos" de Madres de Plaza de Mayo, pudieron transformar su accionar, una vez realizadas por parte del Estado sus reivindicaciones, por una propuesta concreta de pensamiento, acción y concreción de políticas y de política.

Ahora bien, este problema obliga a redefiniciones, no sólo de las estructuras clásicas de representación como lo es el Partido (y los partidos), sino que también compete a los movimientos sociales. No existe un a priori que pueda ser la receta mágica para la profundización de un proyecto político. Cabe a las fuerzas orgánicas comprender por qué aún muchas permanecen en un rol de "actores a la expectativa de" y no pueden incorporar con facilidad a espectadores activos en este proceso de cambio que hoy no se hallen contenidos en el tejido asociativo de la política. Numerosos simpatizantes del proyecto político, claramente expresados en la legitimidad electoral, difícilmente puedan ser incorporados a las estructuras de representación hoy existentes.

Carecemos de la posibilidad para arribar a una unidad de concepción que nos lleve a una unidad de acción. Claramente el problema no reside en las dificultades de unidad de concepción, porque mayoritariamente los actores que acompañan el proyecto nacional coinciden en sus grandes lineamientos generales y en el liderazgo de Cristina, por lo cual no hay correlación entre la unidad de concepción y la de acción. Entonces, cabría buscar figuras intermedias entre una compacta "unidad de acción" y la diversidad y pluralismo de la lógica fragmentaria que poseen las formas de organización y representación actual.

Efectuando una digresión, el "divide y vencerás" fue padecido por gran cantidad de movimientos sociales, arrastrándolos a la lógica mezquina de pelearse por migajas, dividiendo antes que aunando fuerzas en los territorios locales. Por otra parte, ¿cuáles son las herramientas concretas que tendría el Partido para sostener su construcción política, cuando, salvando las distancias locales, mantener una Unidad Básica es una odisea al lado de abrir un local de un movimiento social financiado nacionalmente? En suma, el Estado aún implementa sus políticas a partir del oenegeísmo, ya que fue limando de a poco el poder de los movimientos sociales, y el Partido poca injerencia tiene en estos asuntos. Peor aún, hay movimientos sociales identificados con la construcción de un ministerio, disputando el acceso más o menos mediado a los recursos del Estado por tener influencia con esa esfera administrativa.

Al margen de la cuestión relativa al financiamiento o los recursos, deberíamos encontrar otras formas que articulen mejor a los distintos "espacios", pensar un poco más en qué consistiría el Consejo para el Proyecto Nacional, que podría ser una buena alternativa o punto intermedio entre "los partidos o la fragmentación política" como únicas posibilidades. Claramente permanecen importantes masas de simpatizantes y adherentes al proyecto que no encuentran su estructura de contención.

Difícilmente pueda realizarse en dispersión una discusión –lo más democrática posible– dentro del movimiento sobre las concepciones o las dilemáticas actuales. Hoy es necesario garantizar la pluralidad para poder ampliar al máximo el espectro político a representar. Al mismo tiempo, el desafío se presenta en la agilidad que posea esta expresión de la multiplicidad, ya que el problema de la democracia no tiene que ver con el tamaño de sus fases deliberativas, con la proliferación de organizaciones y espacios, sino con la rapidez en la decisión. En este sentido, la rápida canalización de las demandas obliga a una cercanía entre el dirigente y el pueblo para resolver el problema del hiato político en las segundas líneas, y sólo puede ser lograda con la articulación de diversas expresiones dentro del mismo. Reflexionar sobre esta unidad ha de ser la tarea del peronismo para pensar cuál democracia por-venir queremos.

El rol del intelectual: impugnación a una lógica de la tragedia

2011 2015

Por Sara Perrig

A través de la historia, y ya en las tribus más primitivas, los intelectuales eran siempre ancianos, quienes por su larga experiencia, su capacidad contemplativa y sus conocimientos adquiridos y afianzados mediante el contacto con lo transmitido de generación en generación, eran capaces de perpetuar en los más jóvenes todo aquello que los constituía como seres pensantes, capaces de nombrarse y de nombrar al mundo, único medio de apoderarse de él y de su propia intelectualidad. En tales circunstancias, el intelectual no sólo era considerado como un hombre sabio, sino también venerado hasta el límite del misticismo. Así, el chamán, el brujo, el consejo de ancianos, regían los destinos de los hombres preservando lo heredado, pero tratando de enriquecerlo y comprenderlo en su más profundo significado, para lo cual en muchos casos se valían de alucinógenos en su afán de alcanzar las profundidades del misterio que veía la luz con la luz de sus ojos. El tiempo, la historia y la evolución del pensamiento científico no han logrado borrar el estado "alucinógeno" del trabajo intelectual, ya que la luz del misterio sólo puede revelarse en la utopía que sirve de plataforma de lanzamiento, sostén y combustible de quien está verdaderamente comprometido con su tarea de diseñar un futuro desde las entrañas del pasado. Es así como el intelectual –el chamán, el brujo– debe seguir siendo aquel que, alucinado por la revelación del misterio, es capaz de trabajar sobre la base de los entramados sociales para hacer realidad sus deseos de nombrar, apropiarse y cambiar al mundo.

El imaginario colectivo de una sociedad está sustentado por la interrelación de todos y cada uno de los imaginarios individuales de quienes la conforman. En este sentido, el intelectual puede romper ciertas estructuras del mismo para abrir brechas, atajos, por qué no abismos, que liberen lo meramente establecido para convertirlo en futuro. Sin embargo, jamás podrá lograrlo si, primero y ante todo, no rompe con las estructuras de su propio imaginario. Y he aquí la audacia, el riesgo y el trabajo titánico del intelectual. Audacia, porque nunca será bien visto, siempre será resistida la ruptura de lo establecido, "más vale malo conocido que bueno por conocer"; riesgo, porque en el vértigo de la ruptura, el intelectual puede disgregarse, mutilarse, extraviarse; trabajo titánico, porque romper posee una connotación de violencia, y no es sencillo romper sin violentar, pero además y por sobre todas las cosas, no es sencillo suturar las brechas, los atajos, los abismos, sin el peligro de dejar cicatrices dolorosas, cuando no llagas incurables.

El vértigo y la inmediatez de la sociedad actual, marcada a fuego y cibernética por las comunicaciones cada vez más arraigadas en la cultura de la imagen, han distanciado al hombre de ese estado reflexivo donde el misterio es capaz de revelarse como una forma de modificar el futuro. Así, el hombre ha superado incluso el teclado de la PC para expandirse, como una inabarcable constelación de imágenes que ingresa a los hogares a través de la pantalla, cada vez con más canales de comunicación a los que se accede durante las 24 horas los 365 días del año, y que no transmiten otra cosa que aquello capaz de obligar al cautivo-cautivado a permanecer frente a la pantalla la mayor cantidad de horas posibles –y por qué no imposibles– los 365 días del año. De esta forma, el hombre-mujer, contemplativo de los signos del pasado y la naturaleza capaces de acercarlo al conocimiento y proponerle así la posibilidad de la ruptura de lo establecido como un medio de apropiarse del futuro, ha pasado a ser un consumidor contemplativo de la imagen de un formador de opiniones que le demuestra que su pasividad y su conformismo son la única posibilidad de sobrevivir en un mundo cada día más ajeno por lo enajenado.

La construcción política de una realidad con alcances globales arrastra, por un lado, la desilusión con el por venir de la revolución y, por el otro, la ratificación en el sujeto-cliente de que se puede vivir sin pensar. El desarrollo de los medios de comunicación, la informatización de la sociedad y la vertiginosidad anónima de la red virtual relegan la pluma y la máquina de escribir a un pasado arrinconado en la memoria, al mismo tiempo que los grandes intelectuales son pantallas que dominan las agendas y reflejan la "verdad" de lo social con máximas moralizantes. Plantear el significado de la globalización como un nuevo ordenamiento atravesado por las experiencias y las narrativas de los sujetos que lo constituyen supone reinventar el lugar del pensamiento intelectual ante un universo marcado por el entrelazamiento de múltiples desigualdades. ¿Es necesario recuperar la gramática de ideas del pasado o debemos construir nuevas formas de pensar? ¿Puede una sociedad compleja carecer de actividad intelectual crítica?

La investigación social, a menudo, requiere nuevos conceptos que le permitan evitar la reproducción del status quo dominante. No obstante, éstos carecen de absoluta originalidad en tanto siempre son una resignificación del pasado que intenta mirar el presente y, por qué no, el futuro, readaptándose a nuevos procesos y realidades. Nuestra motivación debe ser señalar las desigualdades que atraviesan a los diferentes grupos sociales y adoptan un carácter fijo y naturalizado, a fin de despejar las relaciones de fuerza que subyacen a su construcción y sostenimiento político. En la medida en que las formas de poder no son totalidades sistémicas cerradas, la tarea intelectual consiste en explotar, reabrir y profundizar aquellas ocasiones que dejan entrever su condición de inestabilidad. El pasado permite escribir el presente y delinear el futuro a partir de su propia trama histórica, pero lo interesante es aumentar la presencia de la impugnación a una lógica de la tragedia que parece eliminar toda potencialidad emancipatoria.

Cuándo, dónde y de qué manera despertar cuestiones que han sido olvidadas o desplazadas por arcaicas –como la necesidad de una planificación socialista de reestructuración económico-política o el simple hecho de detenerse y contemplar el mundo– dependerá del compromiso permanente que el intelectual adopte en un escenario que a menudo se presenta como atemorizado, receloso y antipopular. El rol del intelectual crítico envuelve la necesidad de incentivar la voz de los que no tienen parte como una de las metas más gratificantes que puede tener el pensamiento social. Implica, en otras palabras, mantener la humildad frente a las propias categorías de análisis y reconocer que la realidad siempre es mucho más compleja que la teoría. La sociedad actual requiere de un intelectual reflexivo que cuestione todo aquello que se presenta como un poder cultural hegemónico, que se comprometa en otorgar sentido a la realidad cuando ésta se presenta como autosuficiente y uniformada por las grandes emisiones mediáticas o el abuso de políticas totalizantes.

Las desigualdades sociales múltiples y entrelazadas que atañen a mujeres, homosexuales, niños, ancianos, inmigrantes, minorías étnicas, culturales y religiosas, entre otras, suponen la necesidad de impedir que se cierre el horizonte temporal, el horizonte a futuro de la igualdad. El pensamiento intelectual debe tener una mirada multidisciplinar de la sociedad, debe aprovechar la lectura de la realidad para enriquecer sus propios postulados teóricos y no partir de presupuestos conceptuales que terminen sobredeterminado su actividad reflexiva. Muchas veces, los presupuestos conceptuales son "naturalizados", tomados como un todo capaz de cualquier explicación, desconociéndose que también son producto del obrar humano y, por ende, de sus propios errores. El entrelazamiento teórico-práctico, siempre y cuando vaya acompañado de una reflexión crítica, puede enriquecer el pensamiento y la acción despejando las ideas que se ocluyen en la fachada del consumismo y la dominación social de la imagen.

Pensamiento de lo ausente, de la justicia y de la igualdad, abrumado por un sesgo de utopía en su pretensión de cambio, el intelectual no debe encerrarse en los muros de la academia, sino cruzar el umbral que le permite una retroalimentación con la realidad que, aunque imperfecta, conlleva nuevamente la promesa –o la esperanza– de una sociedad más igualitaria. Toda vez que los egoísmos se adormecen en la posibilidad de un trabajo social conjunto, vemos la ocasión de cuestionar los límites discursivos y materiales que relegan ciertos grupos a la clandestinidad y la sumisión. El desafío del intelectual –del brujo y del chamán– no debe ser brindar una mirada omnicompresiva del mundo sino, justamente, mostrar que éste se compone de grietas, huecos y vacíos por los cuales es posible introducir el conflicto, el movimiento y la reversión (contingente) de la desigualdad. Nunca se acaban los recuerdos, las predicciones, la locura, el presente, el pasado, el futuro y su cruce en la historia.

Debates actuales sobre democracia en América Latina: calidad institucional y neopopulismo

Por María Cristina Reigadas

Calidad institucional y neopopulismo son dos visiones que hoy compiten en los actuales debates sobre la democracia en América Latina. La cuestión de la calidad constituye el eje central de los debates sobre la post-transición democrática. En cuanto al neopopulismo retoma, desde otros marcos teóricos e ideológicos, los temas centrales del populismo histórico latinoamericano. La siguiente exposición apunta a ofrecer una reconstrucción del debate en términos histórico-conceptuales y está focalizada en dos de sus principales representantes y referentes: Guillermo O'Donnell y Ernesto Laclau. Previamente ubicaré éstos en el debate más amplio sobre la democracia contemporánea y en relación a las anteriores discusiones sobre democracia en Latinoamérica.

El debate contemporáneo sobre la democracia

Paso a mencionar dos preocupaciones compartidas por el pensamiento político contemporáneo sobre el estado actual de la democracia, que creo relevantes para la comprensión del debate latinoamericano. En primer lugar, la de su creciente precariedad y vulnerabilidad. Más allá de que estos rasgos le son constitutivos (y a su reconocimiento ha contribuido el llamado pensamiento débil), muchos autores alertan sobre la regresión del sistema democrático.[1] Hipótesis que no deja de ser inquietante, dada la experiencia de los totalitarismos en la primera mitad del siglo XX en Europa y de los golpes de Estado y dictaduras militares en América Latina y en muchas otras regiones del Tercer Mundo, después de la segunda guerra mundial. En ambos casos la hipótesis es paradójica, ya que el principio de la democracia se ha expandido a escala mundial[2] y pareciera no haber lugar en Europa para nuevos totalitarismos y en América Latina para recaídas en el autoritarismo.

En apoyo de la tesis pesimista, están los crecientes fenómenos de marginación y exclusión, la "irrelevancia" de la gente (Castells), la alianza entre biopolítica y pastoral cristiana (Foucault), la creciente anomia y reclusión en lo privado, que se traduce en despolitización, la desconfianza hacia las instituciones y las personas, la discriminación al extranjero y la exacerbación de 'ismos' (clasismo, sexismo, racismo). Podría resumirse la cuestión distinguiendo tres aspectos de la crítica situación de la democracia: a) la crisis de lo político, en cuanto organización cooperativa de la vida social y como praxis transformadora, b) de la política, en particular del modelo representativo, y c) de los políticos, como clase y corporación.

Sin embargo, estos fenómenos conviven con otros, de sentido si no opuesto, al menos distinto (ya conocemos las dificultades para distinguir entre lo nuevo y lo viejo en tiempos de crisis): los nuevos movimientos sociales, en torno a derechos humanos y las llamadas nuevas ciudadanías, vinculadas a cuestiones de género, de los pueblos aborígenes, ambientales, ecológicas, etcétera; las nuevas formas del descontento popular, el 'renacimiento' religioso y las formas de solidaridad social y participación que el mismo conlleva, la resignificación de lo privado y lo público, la inversión del sentido negativo de la desconfianza, transformada en herramienta de garantía democrática (por ejemplo, la 'contrademocracia' de Pierre Rosanvallon), las nuevas formas

1. Caillé, A. (2008): "Um totalitarismo democrático? Nao, o parcelitarismo", en P. H. Martins, A. Matos y B. Fontes, Límites da democracia (2008).
2. La actual ola de democratización en los países árabes es prueba de la creciente expansión de la democracia. Sin embargo, sería preferible evitar la connotación eurocéntrica de una idea de democracia (la occidental) expandiéndose por el mundo y revisar la multivariedad de experiencias e ideas de democracia en la historia mundial. Véase, Sen, A., La démocratie des autres.

de vínculos entre sociedad, Estado y mercado, y entre lo local, nacional, regional inter y transnacional. Sea cual fuere el caso, hoy la cuestión de la democracia no puede eludir dos cuestiones básicas: una, la relación entre ética y política, tanto en el nivel de la macroética institucional como en el de la microética referida a los fundamentos y legitimación del lazo social. Otra, la relación entre democracia y bien-estar: ¿puede haber bien-estar[3] sin democracia, o en democracias restringidas, fragmentarias, delegativas, plebiscitarias? Por el contrario, ¿es legítima la democracia sin bien-estar?

Estas preguntas son centrales en el actual debate sobre la democracia, que excede en mucho la reducción de la democracia al acto electoral (aunque éste es su punto de partida) y que apunta a repensar la democracia en términos de procesos complejos, dadas, por un lado, su singularidad y especificidad histórica y, por otro, su ineludible normatividad. Estos aspectos requieren no sólo dar cuenta del sujeto de la democracia (quién-quiénes), del qué (sistemas de representación y participación), del cómo (procedimientos de construcción y legitimación de decisiones, instituciones y liderazgos), sino del dónde y cuándo (circunstancias geopolíticas e históricas) y del para qué (bien-estar, justicia) y para quién (universalidad). Por cierto, las respuestas son diversas y dependen de entrelazamientos teóricos, ideológicos y políticos, y en modo alguno conclusivas.[4] Más aún, los atolladeros en los cuales se encuentra la democracia urgen a pensar no ya respuestas, sino a formular nuevas preguntas.

En segundo lugar, el pensamiento político contemporáneo distingue, al menos, tres matrices en el debate sobre la democracia: la representación, la participación y la deliberación. Estos modelos no son excluyentes, pero tampoco sus diferencias conceptuales son solamente de énfasis.[5] La crisis de la política suele estar asociada al fracaso de la representación en cumplir las promesas electorales en las cuales se basa. Si bien la representación es, por definición, ajena a la transparencia, dado que se constituye mediante un interjuego de presencias y ausencias, ambigüedades y tensiones, la crítica actual subraya el total oscurecimiento de la relación y aun su ruptura. Para su corrección, se proponen complementariamente otras formas de representación[6] y diversos mecanismos para recuperar la transparencia y la rendición de cuentas. En esta dirección se desarrolla el pensamiento de la calidad institucional de Guillermo O'Donnell. El modelo participativo critica la distancia, cuando no la ruptura del vínculo representativo, y promueve el protagonismo de los ciudadanos en las decisiones públicas. Su modelo es sin duda Rousseau y la democracia directa. En esta matriz se desarrolla la revalorización del populismo en la obra de Ernesto Laclau.

La deliberación[7] en tiempos de crisis (el tercer protagonista), que enfatiza el diálogo y los argumentos basados en razones en la construcción de

3. Utilizo el término 'bien-estar' en un sentido similar al de Amartya Sen, en su teoría del desarrollo como libertad de capacidades, y para distinguirlo del concepto bienestarista del mismo.
4. He desarrollado estos temas en Reigadas, M.C., "The new vocabulary of democracy" (páginas 9-33), en Eichner, Klaus, Fontes, Breno (compiladores) (2009), Politik und gesundheit. Familie, Soziale Netwerke und gesundheitspolitik. Family, Social Networks and Healthcare.
5. Entre la amplísima bibliografía al respecto, además de las obras clásicas sobre el tema, cabe mencionar a J. Godbout: "Ha representacao sem representatividade?"; P. H. Martins: "O embaraco democrático e os desafíos da participação"; A. Matos, "A democracia limitada pela organizacao social", en Martins, P.H., Matos, A. y Fontes, B., (2008), Limites da democracia; Reigadas, M.C., "Los déficits de la democracia en la Argentina: ¿Porqué no la democracia deliberativa?", en D.J. Michelini, R. Maliandi, J. De Zan (compiladores) (2007), La Ética del Discurso. Recepción y crítica desde América Latina; Revista Electrónica Argumentos (8 de octubre de 2007), "Reinterrogando la democracia en América Latina". Conversaciones entre Isidoro Cheresky, Liliana De Riz, Ernesto Laclau y Vicente Palermo.
6. Mainsbridge, J. (2003) se refiere a formas anticipadas, giroscópicas y surrogatorias que constituirían correcciones de la representación basada en la promesa.
7. La deliberación es un componente esencial no sólo de las teorías democráticas modernas, sino también de las antiguas, tanto en Occidente como en Oriente. Véase Sen, A., op. cit. Una de las teorías sobre democracia deliberativa más influyente en la actualidad es la de Jürgen Habermas. Se encuentra desarrollada a lo largo de su extensa obra, especialmente en Facticidad y Validez (1998). Una versión más abreviada puede encontrarse en "Tres modelos de democracia normativa", en Habermas, J., (1999) La inclusión del otro.

la voluntad política y de la opinión pública, está ausente del núcleo de preocupaciones de ambos autores y de sus respectivas ideas de democracia, y aparece, inclusive, como objeto de crítica. Situación tanto más sorprendente por cuanto el modelo discursivo deliberativo plantea importantes aportes a una política ética dialógica para una sociedad global compleja, plural y desigual.

La democracia en el pensamiento latinoamericano

En cuanto a la inscripción del debate actual latinoamericano en debates anteriores, hay que recordar que la democracia siempre ha estado bajo sospecha, y no sólo en Latinoamérica. Entre nosotros, desde los inicios del siglo XIX, la democracia fue exaltada por su dimensión utópica, asociada a las ideas de razón, libertad, fraternidad y solidaridad, a la vez que temida, en virtud de la sinrazón de los pueblos. El establishment intelectual y político asumió una versión restringida de la soberanía popular y el resultado fue la construcción de una república sin ciudadanos y la sustitución de los derechos democráticos del presente por la promesa de su goce futuro, mediante la educación racional de la voluntad, aún inmadura para el pleno ejercicio de la ciudadanía. Dos siglos después, encuestas e informes ratifican estos pensamientos y los temores que los sustentan: los ciudadanos latinoamericanos siguen considerándose aún menores de edad en términos de su capacidad para la vida democrática y siguen manifestando su deseo de tutela (por parte del Estado), al punto de culpabilizan a éste por ignorar (ellos, los ciudadanos) sus propios derechos.[8]

Estos temores también estuvieron presentes en los debates sobre modernización y democracia en el siglo XX.[9] Basta recordar que las teorías de la modernización de la posguerra sostuvieron la necesidad de la democracia política y del imperio de la ley, a la vez que admitieron que, para garantizar el despegue hacia el desarrollo quizás fuera necesario tolerar regímenes no del todo democráticos. Las críticas que la sociología de la dependencia y la filosofía de la liberación realizaron a las teorías de la modernización y a sus supuestos desarrollistas, en la década del 70, introdujeron el punto de vista de la economía política mundial en el análisis de las condiciones sociales y políticas de Latinoamérica, pero no modificaron la desconfianza hacia la democracia. Más aún, ésta fue interpretada como una máscara de los intereses burgueses o como la expresión del antipueblo y del imperialismo, dependiendo de la matriz marxista o nacional-popular de la interpretación. Las críticas a la democracia formal fueron brutales. Luego vinieron los golpes de Estado.

La cuestión de la democracia obsedió siempre a Gino Germani, uno de los mentores de las teorías de la modernización y de gran predicamento en Latinoamérica, en especial en Argentina, en donde fundó la carrera de Sociología y el Instituto de Investigaciones que hoy lleva su nombre. Tanto en la etapa inicial de sus trabajos sobre democracia como al final de su vida, Germani planteó con igual dramatismo ético el problema de la modernidad: ¿cómo reconstruir alguna forma de vida común a partir de individuos guiados por sus intereses particulares? ¿Cómo lograr consensos en sociedades plurales, fragmentadas, desiguales? Hacia el final de su vida, su desencanto se profundizó. En el Congreso Internacional "Los límites de la democracia", realizado en 1980 en Roma, junto con Norberto Bobbio, Germani nuevamente manifestó su pesimismo sobre el futuro de la democracia, no ya en Latinoamérica, sino en el mundo, dada la crisis de gobernabilidad, la oscilación entre la fragmentación y concentración del poder, la necesidad y, a la vez, incapacidad para planificar la acción en sociedades democráticas atravesadas por lógicas pluralistas e individualistas, la creciente interdependencia e internacionalización de la política y el aumento de la vulnerabilidad física y social. 30 años después, ¿ha cambiado la situación?

De la transición a la post-transición democrática

En los años 80 surge en Latinoamérica un conjunto de pensadores que, inspirados en los procesos de transición democrática en la España post-franquista, construyen un campo teórico orientado

8. Véase PNUD Argentina (2004) y (2005): Informe para el Desarrollo Humano; Encuesta "Democracia, corrupción y clientelismo" (2003), UB; PNUD (2004): Democracia en América Latina.
9. He analizado estos debates en varios artículos, entre ellos: Reigadas, María Cristina: "Democracia y posmodernidad", Nuevo Proyecto, Revista de Política, Economía y Ciencias Sociales; Reigadas, María Cristina: "Modernización e identidad en el pensamiento argentino contemporáneo. Revisando el argumento de la inferioridad" (2000), Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales; Reigadas, María Cristina: "Liberación y democracia o cómo ir más allá de lo políticamente correcto", en Auat, Alejandro y otros (2006), Globalización, región y liberación, Filosofía y Pensamiento Latinoamericano (Adolfo Sequeira, compilador); Reigadas, María Cristina: "Entre el olvido de la historia y el empezar de cero" (2006), en Cuadernos Argentina Reciente 3, Miguel Talento (editor).

a analizar y dar respuesta a los complejos problemas planteados por el pasaje del autoritarismo a la democracia en sus respectivos países. Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter fueron figuras señeras en este movimiento. Básicamente las preocupaciones giraron en torno a la refundación del Estado de Derecho y la recuperación de las instituciones del Estado mediante la idea de pactos y contratos, la vigencia de los Derechos Humanos y la emergencia de una sociedad civil plural, diversa y poblada por nuevas ciudadanías.[10] El diagnóstico generalizado coincidió en señalar las debilidades de la cultura política como fuente de las experiencias autoritarias. En estas teorías, la idea de conflictividad social centrada en los conceptos de lucha de clases o antagonismos del campo popular, que habían dividido el terreno ideológico y político en los 70, fue reemplazada por la noción más antigua (aunque siempre moderna) de sociedad civil, cuyo retorno fue celebrado en nombre del pluralismo de los nuevos movimientos sociales, las nuevas ciudadanías y los nuevos derechos.[11]

En los 90, la oleada neoliberal debilitó las funciones de protección, seguridad y bienestar del Estado, al punto que la ciudadanía debió organizarse para suplir su retirada. El sociocentrismo sucedió al estadocentrismo y, sin dudas, este pasaje fue ambiguo y controvertido. Al compás de las necesidades locales y de las alianzas con organizaciones sociales inter y trasnacionales, se multiplicaron los movimientos sociales y de protesta, los clubes de trueque y las asociaciones voluntarias, cuyas acciones parecieron desmentir los pronósticos de apatía, indiferencia y desmovilización ciudadana. Sin embargo, el retorno y la recreación de la sociedad civil no fueron sencillos ni su lectura resultó transparente. Estado y sociedad civil quedaron en muchos casos enfrentados, atravesados por desavenencias y sospechas mutuas: los funcionarios y políticos, recelosos de la competencia que eventualmente socavaría su poder, dedicaron ingentes esfuerzos a controlar y cooptar estas organizaciones y, en el caso de fracasar, optaron por abandonarlas a su suerte. Las organizaciones y movimientos, por su parte, oscilaron entre las ansias de autonomía y –a la vez dependencia. Así, como fuera señalado, entre otros, por Evelina Dagnino, se pasó del "regreso del actor" y del "retorno de la sociedad civil" (80s) al "tercer sector" (90s) y, gradualmente, con la inminencia de la crisis de 2001, a la rehabilitación del pueblo en un intento por aggiornar la noción de "campo popular y nacional", rehabilitación a la cual políticos e intelectuales kirchneristas han dedicado y dedican importantes esfuerzos ("la madre de todas las batallas").

La crisis argentina de 2001, producto de las reformas económicas y sociales de los 90 y resultado extremo del experimento social del neoliberalismo, dio lugar a protestas expresivas, heterogéneas y complejas. En ella muchos creyeron ver el surgimiento de experiencias cuasi revolucionarias y viejos mitos se reactualizaron, entre ellos, el de nuestra excepcionalidad social y política. Estas protestas, que criticaron duramente la democracia formal y sus instituciones, no se apartaron sin embargo de ella. Pero el sobredimensionamiento discursivo de la participación popular y la irrupción masiva de la protesta no deben hacernos olvidar la distancia entre la fuerza del discurso y la realidad efectiva de las prácticas participativas, muy baja en América Latina, tanto en las organizaciones sociales como políticas.[12] Por otra parte, las exigencias de participación no siempre han estado o están acompañadas de la valoración de la democracia. Por cierto que nadie querría abrazar un régimen no democrático y mucho menos volver al pasado del autoritarismo militar. Sin embargo, esta defensa convive ambigua y confusamente (inclusive en las mismas personas) con su descalificación, al punto de sostenerse que bien se podría prescindir de la democracia en función de sus escasos logros. Y si bien encuestas realizadas con posterioridad a las citadas muestran un importante descenso en su valoración negativa, el alto grado de indiferencia por la democracia sigue siendo significativo,[13] como así también los índices de desconfianza interindividual y en las instituciones políticas, incluida la confianza en las elecciones.[14]

10. La bibliografía sobre el tema de la transición democrática es vastísima. Señalo aquí dos obras fundacionales: O'Donnell, G. (1982): El Estado burocrático autoritario: triunfos, derrotas, crisis (1966-1973) y O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Philippe y Whitehead, Laurence (1989): Transiciones desde un gobierno autoritario. A la obra de O'Donnell hay que sumar los aportes de Albert Hirschmann, Juan Carlos Portantiero, Emilio De Ipola y Héctor Leis, entre muchos otros.
11. Al respecto hay que mencionar la contribución de Alain Touraine, con su obra El regreso del actor.
12. Véase el Informe de Participación Ciudadana en América Latina (2005), realizado en ocho países de América Latina por la RID (Red Interamericana para la Democracia), Fundación Conciencia, GADIS (Grupo de Análisis y Desarrollo Institucional y Social) y FINES (Fundación de Investigaciones Económicas y Sociales).

En cuanto a la calidad de la democracia –y esta cuestión constituye el núcleo de las teorías de la postransición– el estudio mencionado en la nota anterior muestra que la gran mayoría considera muy importante participar, pero no lo hace. Un 3% participa en partidos políticos (frente al 15% de otros tiempos), un 13% conoce los procedimientos existentes sobre control ciudadano y rendición de cuentas (accountability vertical) y solamente un 4% los utiliza. Igualmente escasa es la valorización de lo público, como así también la observancia de las normas. Sorprende, también, la alta conformidad de los ciudadanos con la información suministrada por las autoridades respecto de las cuestiones públicas, a pesar de las evidencias respecto a su insuficiencia.

¿Cómo revertir, entonces, estos déficits? ¿Qué significa mejorar la calidad de la democracia, democratizar la sociedad y el Estado, teniendo en cuenta que la primera suele criticar la clase política sin proponer alternativas y el segundo suele estar monopolizado por una clase política que decide sin participación ciudadana? ¿Qué dicen estos debates sobre la relación entre democracia y bien-estar? ¿Y entre ética y política?

Los debates actuales sobre democracia en Latinoamérica

Una vez caracterizados los problemas y contextos, veamos quiénes son, entonces, los referentes clave de la mainstream del pensamiento político desde la cual se produce la autocomprensión de nuestra realidad política. Señalo, primero, las coincidencias biográficas: edad, nacionalidad, sexo, ambos exiliados, con exitosas carreras académicas de predicamento nacional e internacional, O'Donnell en Estados Unidos, Laclau en Inglaterra, en el campo de la ciencia política y filosofía política, respectivamente. Ambos vuelven a la hora del retiro y se reinsertan institucionalmente en Argentina, su país de origen, con alto prestigio y reconocimiento académico, ejerciendo influencia en funcionarios y políticos. O'Donnell fue reconocido Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires y Laclau es intelectual de consulta de la actual presidenta, habiendo colaborado activamente en la última campaña electoral.

Sin embargo, la coexistencia del regreso y la similitud de las preocupaciones –y quizás de las expectativas– no autoriza a señalar que ambos hayan tenido igual protagonismo. El impacto de O'Donnell, en cuanto cientista de la transición y postransición democrática, quedó opacado en la segunda mitad de la primera década del siglo XXI por el afianzamiento del populismo, legitimado ahora por distintas estrategias mediáticas y discursivas, entre las cuales no ha sido menor la difusión y divulgación de La razón populista de Laclau, de notable impacto en sectores académicos, intelectuales y periodísticos vinculados a los medios gubernamentales, además de su activa presencia en varios países latinoamericanos. Tanto más notable es la difusión de este texto, teniendo en cuenta su complejidad teórica y discursiva. Si bien ambos escriben sobre los mismos temas, no lo hacen sobre los mismos problemas: mientras O'Donnell se concentra en la calidad de las instituciones y en la necesidad de democratizar el Estado, Laclau lo hace en la construcción del sujeto popular hegemónico. También es diferente su proveniencia disciplinaria y sus estilos discursivos: O'Donnell ha sido abogado antes de abrazar la ciencia política, y Laclau fue historiador antes de dedicarse a la filosofía. La prosa de O'Donnell es clara y austera, mientras que Laclau ha convertido a la retórica en método y a la contradicción y paradoja en recursos del pensamiento. En cuanto a sus respectivos talantes, O'Donnell sostiene hoy una visión más pesimista de las democracias en Latinoamérica, mientras que Laclau considera que éste es el momento más feliz de su vida. Políticamente hablando, se entiende.

O'Donnell: consolidación y calidad de la democracia

Mientras que las teorías de la transición democrática se centraron en el pasaje del autoritarismo a la democracia, las teorías de la postransición lo hacen en su consolidación, sustentabilidad y calidad, cuestiones que por cierto no son ajenas al modo en

13. Hago referencia a una encuesta sobre calidad de la democracia realizada entre 2003 y 2007 en la Secretaría de Gestión de la Presidencia de la Nación, durante la gestión de Martha Oyhanarte y en cuyo diseño participó G. O'Donnell. Fuente: Oscar Ozlak, conferencia en el Congreso de la Sociedad Argentina de Análisis Político, Córdoba, julio de 2011. Sin embargo, en relación a estudios anteriores, en estas encuestas se observan progresos respecto de la valorización de la democracia, por ejemplo: la tolerancia a la represión por parte del poder ejecutivo en situaciones de crisis o a la existencia de democracia sin congreso ni partidos se ha reducido desde un 42% inicial en el 2004 en casi un 25%.

14. Véase Barómetro de las Américas (2009-2011). En una escala de 1 a 7, la tasa de confianza en las elecciones es de 2,8 y en Argentina de -0,1.

que se realizó la transición, a los actores que en ella participaron y a la peculiar historia y cultura política de cada lugar. Mientras que en la transición el énfasis estaba puesto en las reglas de juego, ahora se trata de consolidar e institucionalizar estas nuevas reglas, lo cual implica por cierto cuestiones mucho más complejas, ya que se deben incluir factores económicos, socioestructurales e institucionales de difícil evaluación.

En un señero trabajo de 1994, publicado en Journal of Democracy,[15] O'Donnell inaugura la etapa de la postransición. Allí define a las democracias consolidadas como aquellas en las que todos los actores principales aceptan las reglas del juego democrático, tal como son definidas en una concepción minimalista de la democracia y cuando ninguno de los actores usa recursos que no son aprobados y que, por ende, están excluidos del juego democrático. Sin embargo, observa, la mayoría de las democracias de América Latina han sobrevivido sin consolidarse, dando lugar a democracias delegativas en las que predomina un poder ejecutivo discrecional, sin que medien mecanismos de accountability, ni horizontales ni verticales.[16] En las democracias delegativas el que gana una elección tiene derecho a gobernar como quiera, sin más límites que la realidad de las fuerzas de poder y el tiempo de su mandato. El carisma (y no la legalidad) vertebra estas democracias, caracterizadas por el déficit de mecanismos institucionales formales y por estar dominadas por ciudadanías de baja intensidad en un contexto de renacimiento de la cultura populista. En ellas el presidente, más cercano al ideal político hobbesiano que lockeano, es la encarnación misma del país y custodio de sus intereses. Las democracias delegativas, mezcla de movimientismo y tecnocracia, limitan la representación republicana al acto eleccionario, son plebiscitarias y decisionistas, y evitan la rendición de cuentas, tanto horizontal como vertical, por considerarla un peligro para el ejercicio sin obstáculos de su poder. Dada su debilidad institucional, no pueden considerarse democracias consolidadas, aunque sí pueden ser duraderas. Por cierto que el desarrollo de la democracia delegativa no es igual en todos los países latinoamericanos, dado que emerge con más fuerza en países con tradición populista (Argentina, Brasil, Perú), mientras que países como Chile o Uruguay, cuya herencia social-demócrata es más influyente, son los que han consolidado regímenes democráticos menos reñidos con el ideal representativo.[17]

Determinar las causas de la democracia delegativa es una tarea compleja y las respuestas de las teorías de la postransición democrática son variadas: cuestiones estructurales, de agencia, culturales. Para O'Donnell se trata de una combinación de factores, históricos, socioeconómicos y culturales, entre los cuales subraya el peso de la tradición caudillista latinoamericana. Esta evaluación pesimista, compartida por informes anuales como el de Freedom House, que testimonian el fracaso de la mayoría de los estados latinoamericanos en mejorar el área de Derechos Humanos y libertades políticas, no es sin embargo unánime dentro del campo de la postransición democrática.[18] Pero más allá de las diferencias, sus teóricos manifiestan sorpresa y desencanto frente a los escasos logros de la democracia en la región, medida en términos de fortaleza institucional, liderazgos y empoderamiento de la sociedad civil. Pero si es difícil decidir cuándo una democracia es estable y consolidada, más aún lo es evaluar su calidad, dado que requiere juicios de valor que implican comparar la realidad con algún tipo de ideal.

Esta cuestión remite a la pregunta acerca del carácter normativo o realista del concepto de democracia. En el primer caso, se corre el riesgo de ser excesivamente severo en la evaluación, en el segundo, demasiado conservador. En esta última dirección, Manuel Garretón sostiene que el miedo al conflicto y el esconder los problemas reales ha sido una de las causas de los bajos rendimientos de la democracia en el periodo postransición. Sea cual fuere el caso, se trata de una discusión insoslayable en las teorías de la postransición democrática. Al respecto, O'Donnell plantea la necesidad de ir más allá de las definiciones mínimas de democracia, a fin de dar cuenta de la complejidad y singularidad de sus realizaciones y de abandonar las nociones importadas y teleológicas de democracia, que suponen por igual la inevitabilidad de su profundización como la imposibilidad de regresiones autoritarias.

O'Donnell encara sistemáticamente estas cuestiones, con el objetivo de dar cuenta de la especi-

15. O'Donnell, G., "Delegative Democracy", en Journal of Democracy 5, 1 (1994): 55-69.
16. La accountability horizontal se refiere a los mecanismos de supervisión y control realizados por otras instituciones del Estado, mientras que la vertical es aquella ejercida por el electorado y por las asociaciones autónomas de la sociedad civil.
17. Según Larry Diamond, en 1996 sólo siete naciones en América Latina eran democráticas o antidemocráticas, mientras que 15 se mantenían en el medio de los extremos.
18. Diamond y Plattner, 1996.

ficidad de la experiencia política latinoamericana y evitar su comprensión en términos de distorsión o copia de otras experiencias y modelos. En El estado burocrático autoritario (1982), Transiciones desde un gobierno autoritario (1989) y Democracias delegativas (1994) ha pensado la democracia desde los contextos históricos, mientras que en sus dos últimas obras, Disonancias. Críticas democráticas a la democracia (2007) y Democracia, agencia y Estado (2009), aborda la revisión de la teoría democrática, respecto de la cual señala la existencia de aceptables desacuerdos pero preocupante confusión. En Disonancias aborda la problemática de la postransición desde el problema de la evaluación de su calidad, que implica dos cuestiones: por un lado, la ya señalada reformulación de la teoría de democracia, y por la otra, una cuestión práctica, la democratización del Estado, desde la perspectiva de la accountability horizontal. En Disonancias, O'Donnell se propone ser menos severo con los resultados de las democracias reales y, para ello, rechaza el normativismo y se declara realista.[19] Reconstruyo brevemente su argumento: 1) opta por 'salvar los fenómenos', "dado que no se puede condenarlas (a las democracias latinoamericanas) como mera farsas cuya única verdad es encubrir siniestros intereses";[20] 2) se desembaraza de la noción de consolidación, por vaga y teleológica, un concepto sin sentido, ya que ¿hacia dónde debería consolidarse? La idea misma de la consolidación no hace sino ratificar los modelos eurocéntricos de pensamiento; 3) cuestiona la existencia de un corpus claro y consistente sobre la democracia, que bastaría con aplicar y, en todo caso, corregir, premisa en la que creyó durante largo tiempo (los conceptos de democracia son destilaciones de la historia y de la situación actual del Noroeste); 4) propone remover este supuesto falso y eurocéntrico, mediante la construcción de una sociología política históricamente orientada, que sepulte la división internacional del trabajo académico entre productores de teoría política sin más, de alcance universal, y los eternos proveedores de data a los centros procesadores de aquéllas, confinados en los estudios de área.

Sin embargo, la consistencia de la crítica no se condice con los resultados, ya que en un giro inesperado construye un modelo axiomático –sumamente cuestionable desde la propuesta comparativa de la sociología histórica y desde los presupuestos de la epistemología contemporánea– desde el cual nuevamente retorna a los mínimos del canon (o de cierto canon) democrático (Schumpeter más Dahl más la accountability) que le permiten, finalmente, justificar que se puede calificar a un país como democrático, "aunque existan serias deficiencias en lo que se refiere a la efectividad de varios derechos civiles y sociales".[21] Sin duda, la opción por el realismo lleva a O'Donnell a recalar nuevamente en los mínimos democráticos noroccidentales como criterios de evaluación para la reconstrucción de la teoría democrática.

El otro acento está puesto en la democratización del Estado, cuestión poco tratada según O'Donnell en la teoría democrática. Aquí, la accountability horizontal es el concepto central, como instrumento para mejorar las instituciones y superar el carácter delegativo, supermayoritario y cesarista de las democracias latinoamericanas. Esta propuesta, centrada en el Estado, es equilibrada, en Democracia, agencia y estado (2009), por el acento puesto en la ciudadanía como microfundamento de la democracia en tres sentidos básicos: a) como agencia ciudadana, no sólo en relación a las libertades políticas, sino civiles, sociales y culturales, b) como personería legal y c) como dimensión moral, en el sentido de apertura, inclusión, ampliación de oportunidades y de capacidades para el desarrollo humano.

Ahora bien, la comprensión de la cuestión ética plantea algunas dificultades. Por un lado, O'Donnell afirma la dimensión moral de la democracia, en un sentido cercano a la noción deweyana de forma de vida y al concepto de Amartya Sen de democracia como desarrollo de capacidades y, por el otro, postula un concepto realista de democracia, ajeno a toda normatividad. El problema reside en su visión dicotómica y polarizada de lo real y lo normativo, que constituyen dos órdenes mutuamente ajenos. Por un lado, está la democracia real y por otro la democracia ideal (aunque real en otros lugares), que funciona como un mandato exterior teleológico en relación a los procesos sociales "reales". En este sentido, O'Donnell pareciera colocarse por fuera del "giro lingüístico" de la filosofía contemporánea. Similar rechazo adopta en relación al consenso normativo, al estilo habermasiano, al cual considera inapropiado por fundarse en idealizaciones, pero

19. Es interesante observar esta inclinación al juicio benévolo, que contrasta con la dureza del juicio en la década anterior, y teniendo en cuenta que, al mismo tiempo que desarrolla su teoría, O'Donnell no oculta su pesimismo.
20. O'Donnell, G. (2007), Disonancias, Críticas democráticas a la democracia, página 13.
21. Ibid., 80.

al que dedica significativamente poca atención, a pesar de constituir un concepto clave de la teoría democrática. Por cierto O'Donnell no rechaza el consenso, pero lo reduce a su dimensión fáctica, eliminando del mismo toda dimensión normativa. Ahora bien, ¿cómo compatibilizar una visión moral de la democracia con procedimientos carentes de toda normatividad y legitimados solamente en virtud de su pura facticidad? ¿Cómo distinguir consensos justos de consensos injustos? Sin duda este es un punto clave para el desarrollo de la propia teoría de O'Donnell y para su objetivo de ampliar y profundizar la calidad de la democracia, al cual no ha dedicado la suficiente atención.

Ernesto Laclau: populismo y democracia radical

Desde la filosofía política postmarxista, Ernesto Laclau radicaliza la noción de democracia en La razón populista[22] y la identifica con la construcción (populista) de los sujetos políticos. Como ya señalé, si bien comparte con O'Donnell la preocupación por la democracia, sus perspectivas y focos de análisis son muy diferentes. Ciertamente el problema de Laclau no es la calidad institucional, sino la construcción del sujeto popular. Sin embargo, Laclau, como O'Donnell, aunque de modo muy diferente, debe sortear el obstáculo eurocéntrico y la consecuente cuestión de evaluar qué es y qué no es democrático. Pero Laclau elige una estrategia completamente diferente. Utilizando la noción gramsciana de hegemonía, redefinida con los aportes del psicoanálisis lacaniano y del postestructuralismo, en particular la teoría del discurso, coloca al populismo en el centro de lo político e invierte su valoración habitual. De ser anómalo, deficitario, irracional, un fenómeno marginal, en fin, en la historia y teoría política, pasa a constituir el núcleo de toda política democrática, para luego ser identificado con la política tout court. Estas inversiones, descentramientos, deslizamientos y solapamientos semánticos requieren un intenso ejercicio retórico, a cuyo juego se entrega Laclau con fervor, aunque al precio de oscurecer el concepto mismo de democracia, en una noche en la que todos los gatos son pardos. Por otra parte, la crítica más interesante al eurocentrismo no se encuentra en su pensamiento político, sino en sus escritos filosóficos, en los cuales aborda insistentemente el problema de las relaciones entre lo universal, lo particular y lo singular.

¿Qué es lo político y la democracia para Laclau? Brevemente, el momento de construcción de hegemonía, cuando una demanda particular asume la representación de muchas otras, el momento en el cual las diferencias dejan de ser tales y de ser respondidas separadamente por el sistema institucional de agregación de intereses (como en el liberalismo), para construirse como cadenas de demandas heterogéneas, pero equivalentes, en su oposición común al elemento excluido en relación al cual se totalizan. Esta operación de articulación hegemónica da origen a una nueva forma de subjetividad política y organiza el campo de lo político antagónicamente: nosotros y los otros, el pueblo y el antipueblo.[23] En este momento de emergencia del pueblo y de producción de lo político, el populismo y la democracia coinciden. Este proceso es contingente, lo cual significa que no hay sujetos preconstituidos ni destinos prefijados (al estilo del marxismo o del populismo tradicional). No hay identidades políticas esencializadas, previas a su irrupción en la arena pública.

La emergencia del pueblo es un momento de plenitud social, en el cual la retórica y el afecto tienen un rol privilegiado. El líder otorga identidad a la cadena de demandas, al articular y dar nombre a los elementos heterogéneos, de modo tal que una determinada particularidad se asume como universal, un universal que nunca se totaliza como tal y que funciona como un horizonte de posibilidades y expectativas, siempre abierto, que otorga sentido y plenitud a las demandas singulares. Que el movimiento provenga de abajo y que lo universal funcione como un horizonte de referencia inalcanzable es lo que diferencia una sociedad democrática de una totalitaria. Aunque muchas veces estos dos aspectos terminen por expresar tendencias contradictorias en el pensamiento de Laclau.

Si lo político se define en términos de antagonismo, queda fuera de ello la gestión burocrático-administrativa, cuya dinámica pareciera quedar vinculada (al menos en Occidente) al marco simbólico del liberalismo y cuya función es eliminar los conflictos y gobernar por consenso. Siguiendo a Chantal Mouffe, distingue democracia y liberalismo, cuya articulación es contingente: aquélla es una forma universal productora de sujetos populares que puede albergar una pluralidad y diversidad de marcos simbólicos, entre los cuales se encuentra éste.[24]

22. Laclau, E. (2005), La razón populista.
23. Cit. por E. Laclau, ibid., 68.

También en Laclau la ética asume un carácter problemático. En primer lugar ausente y luego, a instancias de discípulos y críticos, presente como ética decisionista. La decisión corresponde al momento contingente de articulación hegemónica de las demandas. La decisión se funda a sí misma: es un momento de ruptura, de libertad y de emancipación, y como tal no reconoce historias ni contextos en su producción. En el terreno político la decisión corresponde al líder, en cuanto interpreta el sentido de la articulación hegemónica.

Ahora bien, si la decisión política se agota en la mutua legitimación entre la subjetividad popular y el líder, ¿cuál es el papel de las instituciones? ¿Y el de la deliberación que lleva a la decisión? ¿Cómo se fundan los consensos, o son éstos innecesarios y reemplazados por la sagacidad del líder? ¿Cómo juzgar críticamente y cómo distinguir una decisión democrática de otra que no lo es? ¿Cómo saber si favorece la igualdad, la justicia, la inclusión? ¿Y quién lo sabe? ¿Es autosuficiente el movimiento de construcción del pueblo? ¿Cómo distinguir un populismo 'bueno' de otro 'malo'? ¿Es todo marco, cualquier marco simbólico, compatible con la democracia? No hay lugar para estas respuestas ni para las mediaciones en la democracia de Laclau. La democracia radical es muda respecto al qué hacer y cómo seguir. No es que se esperen recetas prácticas de una teoría, pero sí criterios y conceptos que nos pongan en camino, al menos, de discernir lo justo de lo injusto, lo igual de lo desigual. Para Laclau, ni la deliberación ni el consenso que surge de ella fundado en razones, son necesarios para la democracia. Dado que lo político es antagonismo y conflicto, las decisiones surgen de las posiciones de fuerza y poder que puedan exhibir los contendientes. Dado que este antagonismo es agónico, y que no tiene resolución (la misma equivaldría a la sutura totalitaria), el consenso es imposible, excepto para la no política de los sistemas de gestión burocráticos.

Paradójicamente, la democracia de Laclau, que subraya la participación popular y funda lo político en el lazo afectivo-emocional entre el líder y el pueblo, se asemeja más a una 'fórmula' abstracta que a un producto histórico. En esto se observa la victoria del postestructuralismo, que minimiza que los sujetos participen con sus vidas, sus historias o sus cuerpos, por sobre el marxismo gramsciano. El temor al esencialismo lleva a sobreestimar el instante y la decisión, en los cuales finalmente Laclau vuelve a perder la historia. Esencializa el conflicto, sin advertir que conflictos y desacuerdos se instalan sobre un fondo de experiencias previas compartidas, aquello que constituye un mundo de la vida, por mínimo que sea.

Reflexiones finales

El acento puesto en la calidad de las instituciones o en la construcción del sujeto popular soslaya, en mi opinión, que la democracia es una política ética y que su dimensión ético-normativa no debe buscarse en algún deber ser exterior a la especificidad histórica, ni en el instante de la decisión, sino en las condiciones mismas de toda comunicación intersubjetivamente fundada, es decir, en las pretensiones de validez que ejerce todo hablante humano cuando busca entenderse con otra persona acerca de algo. Es en la praxis comunicativa donde deben buscarse las condiciones de posibilidad de consensos razonados que, lejos de eliminar los conflictos, constituyen los medios adecuados para su resolución, o al menos, para su intento. Es en las conversaciones cotidianas y en los discursos públicos de todo tipo donde se desarrolla la capacidad de argumentar y dar razones, necesaria para tomar decisiones colectivas. Ni la democratización del Estado a partir de decisiones tecnocráticas garantiza per se la democratización de la sociedad, ni la decisión legitimada por el origen o por la interpretación privilegiada del líder constituyen condiciones suficientes de una ciudadanía activa, orientada por criterios de justicia e igualdad.

Hay tres cuestiones fundamentales ausentes o insuficientemente tematizadas en la concepción de la democracia de O'Donnell y Laclau: 1) la dimensión microética del respeto, la dignidad, el reconocimiento mutuo y la confianza, 2) la dimensión macroética de los procedimientos y procesos deliberativos, cuyo objetivo es la producción de consensos intersubjetivamente fundados que son resultado de aquéllos y 3) la vinculación y tematización concreta entre demo-

24. No puedo detenerme aquí en la crítica a esta concepción de la relación entre liberalismo y democracia moderna, pero en Facticidad y Validez J. Habermas ha demostrado exhaustivamente la co-originariedad entre ambos y la mutua imbricación entre derechos individuales y soberanía popular y entre libertad individual y libertad colectiva. Dicha co-originariedad es, por cierto, contingente, pero histórica. Hay derechos individuales porque ha habido un acto de soberanía colectiva que ha puesto en juego los presupuestos de igualdad y de libertad. Pueden separarse con fines analíticos, pero la idea misma de democracia presupone la idea de igualdad y libertad: el pueblo es libre para darse su propia ley, y todos los miembros del pueblo pueden afirmar su voluntad colectiva.

cracia y bien-estar, es decir, una teoría democrática que contemple las exigencias del desarrollo humano (aunque en esta dirección apunta el último libro de O'Donnell). Las tres cuestiones remiten a la ineludible dimensión ético-normativa de la democracia.

Para finalizar, una observación final y una pregunta. La observación subraya el vínculo existente entre las prácticas sociales y los modos de su autocomprensión. La pregunta indaga, más concretamente, entre las dificultades ético-normativas de estas teorías y las dificultades de la democracia latinoamericana. Quizás ese vínculo debería ser objeto privilegiado de reflexión y diálogo entre filósofos políticos y cientistas sociales.[25]

25 Este artículo fue escrito antes del fallecimiento de Guillermo O'Donnell. Mi modesta contribución al actual debate de ideas en Latinoamérica no hubiera sido posible sin su extraordinaria contribución al desarrollo del pensamiento político en el continente y a su inmensa pasión por entender nuestra compleja realidad.

Bibliografía

Ansaldi, W. (director) (2007): La democracia en América Latina, un barco a la deriva, Buenos Aires, FCE.

Caillé, A.: "Um totalitarismo democrático? Nao, o parcelitarismo", en P.H. Martins, A. Matos y B. Fontes, Límites da democracia (2008), Recife, Editora Universitaria UFPE.

Cheresky, I., De Riz, L., Laclau, E. y Palermo, V., Critchley, S., Marchart, O. (compiladores) (2008): Laclau. Aproximaciones críticas a su obra, Buenos Aires, FCE.

Floria, C.: entrevista en Cuadernos Argentina Reciente. La democracia Argentina (1983-2008), número 6, Miguel Talento, editor (2009), Buenos Aires.

Godbout, J.: "Ha representacao sem representatividade?", en P. H. Martins, A. Matos y B. Fontes, Límites da democracia (2008), Recife, Editora Universitaria UFPE.

Habermas, J. (1998): Facticidad y validez, Trotta, Madrid.

Habermas, J. (1999): La inclusión del otro, Barcelona, Paidós.

Laclau, E. (2003): Contingencia, hegemonía universalidad, Buenos Aires, FCE.

Laclau, E. (2005): La razón populista, Buenos Aires, FCE.

Laclau, E. (2008): Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política, Buenos Aires, FCE.

Mainsbridge, J.: "Rethinking representation", en The American Political Science Review, volumen 97, número 4, noviembre 2003, páginas 515-528.

Martins, P.H.: "O embaraco democrático e os desafíos da participacao"; en P.H. Martins, A. Matos y B. Fontes, Límites da democracia (2008), Recife, Editora Universitaria UFPE.

Matos, A.: "A democracia limitada pela organizacao social", P.H. Martins, A. Matos y B. Fontes, Límites da democracia (2008), Recife, Editora Universitaria UFPE.

Munck, G. y L. Wolfson: "Una revisión de los estudios sobre la democracia: temáticas, conclusiones, desafíos", en Desarrollo Económico, volumen 41, número 164 enero-marzo 2002.

O'Donnell, G. (2007): Disonancias. Críticas democráticas a la democracia, Buenos Aires, Prometeo.

O'Donnell, G., "Delegative Democracy", en Journal of Democracy 5, 1 (1994).

O'Donnell, G.: "Reflections on contemporary South American Democracies", Journal of Latin American Studies, volumen 33, agosto 2001.

O'Donnell, G. (2007): Disonancias. Críticas democráticas a la democracia, Buenos Aires, Prometeo.

Reigadas, M.C.: "Los déficits de la democracia en la Argentina: ¿por qué no la democracia deliberativa?", en D.J. Michelini, R. Maliandi y J. De Zan (compiladores) (2007), La Ética del Discurso. Recepción y crítica desde América Latina, Río Cuarto, Ediciones del ICALA.

Reigadas, M.C.: "The new vocabulary of democracy", en K. Eichner y B. Fontes, (compiladores) (2009), Politik und gesundheit. Familie, Soziale Netwerke und gesundheitspolitik-Family, Social Networks and Healthcare, Universidad de Hamburgo- Instituto de Sociología, Programa de Posgraduación en Sociología, Universidad Federal de Pernambuco, Hamburgo, Alemania, Lit. Verlag Dr. W. Hopf, Berlin, páginas 9-33.

Reigadas, M.C.: "Liberación y democracia o cómo ir más allá de lo políticamente correcto", en Alejandro Auat y otros (2006), Globalización, región y liberación, Filosofía y Pensamiento Latinoamericano, Adolfo Sequeira (compilador), Editorial Del Copista, Córdoba.

Reigadas, M.C.: "Democracia y posmodernidad", en Nuevo Proyecto, Revista de Política, Economía y Ciencias Sociales, CEPNA, Buenos Aires, número 5-6, 1988.

Reigadas, M.C.: "Entre el olvido de la historia y el empezar de cero", en Cuadernos Argentina Reciente, número 3, Miguel Talento, editor, Buenos Aires, 2006, páginas 86-95.

Reigadas, M.C.: "Modernización e identidad en el pensamiento argentino contemporáneo. Revisando el argumento de la inferioridad", en Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales, Asociación de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales, Segunda Época, año XXV, número 22, Buenos Aires, octubre de 2000.

Revista Electrónica Argumentos (8 de octubre de 2007): "Reinterrogando la democracia en América Latina", conversaciones con Isidoro Cheresky, Vicente Palermo, Ernesto Laclau y Liliana De Riz.

Sidicaro, R.: "Notas sobre problemas de nuestra democracia", en Cuadernos Argentina Reciente. La democracia Argentina (1983-2008), número 6, Miguel Talento, editor (2009), Buenos Aires.

Informes y encuestas

PNUD Argentina (2004): Informe para el Desarrollo Humano.

PNUD Argentina (2005): Informe para el Desarrollo Humano.

Universidad de Belgrano (2003): "Democracia, corrupción y clientelismo", encuesta.

PNUD (2004): Democracia en América Latina.

RID (Red Interamericana para la Democracia), Fundación Conciencia, GADIS (Grupo de Análisis y Desarrollo Institucional y Social) y FINES (Fundación de Investigaciones Económicas y Sociales) (2005): Participación ciudadana en América Latina

Barómetro de las Américas, 2009-2011.

La tranquilidad de tener todo asegurado

0810-222-2444

www.provinciaseguros.com.ar

Provincia Seguros

Con el respaldo de toda una Provincia.

Buenos Aires LA PROVINCIA
GOB. DANIEL SCIOLI

LOS PRÓXIMOS CUATRO AÑOS

Aportes a la actualización doctrinaria
por Enrique Martínez
La consolidación del kirchnerismo
por Ricardo Rouvier
Un Estado al servicio del Proyecto Nacional
por Claudia Bernazza
Hay claves en el camino del pueblo
por Alicia Pierini
Tarea fina
por Tomás Aguerre
Gobernar es crear trabajo
por Guillermo Pérez Sosto y Gabriela Agosto
Más que una declaración de principios
por Mariano Fraschini y Nicolás Tereschuk
El Estado perturbador
por Carlos Caramello
La hora de las mayorías
por María Belén O'Brien
Más allá de las elecciones, opciones por un proyecto
por Carlos Campolongo
Esperanzas y desafíos del peronismo para el siglo XXI
por Guillermo Justo Chaves
Una agenda para los estados provinciales
por Eduardo Bustelo y Horacio Cao
La alianza estratégica Argentina-Brasil
por Mario Rapoport
Desarrollo sustentable: políticas públicas para una civilización en crisis
por Mario Rabey
El desafío político cultural por el sentido común
por Pablo Rodríguez Masena
El mandato de las urnas y los próximos debates
por Feliciano Fernández
La democracia por-venir, la urdimbre y la trama
por Franca Bonifazzi
El rol del intelectual: impugnación a una lógica de la tragedia
por Sara Perrig

ESTUDIOS

Debates actuales sobre democracia en América Latina: calidad institucional y neopopulismo
por María Cristina Reigadas